



UNIVERSIDADE FEDERAL DO CEARÁ
INSTITUTO DE CULTURA E ARTE
PROGRAMA DE PÓS-GRADUAÇÃO EM FILOSOFIA

VÍCTOR EUGENIO AVILÉS ROLDÁN

EI PAPEL DE LAS PULSIONES EN LA CONFORMACIÓN DE LA MORAL

FORTALEZA

2018

VÍCTOR EUGENIO AVILÉS ROLDÁN

EL PAPEL DE LAS PULSIONES EN LA CONFORMACIÓN DE LA MORAL

Dissertação apresentada ao Programa de Pós-Graduação em Filosofia da Universidade Federal do Ceará, como requisito parcial à obtenção do título de Mestre em Filosofia.

Orientador: Prof. Dra. Maria Aparecida de Paiva Montenegro

FORTALEZA

2018

Dados Internacionais de Catalogação na Publicação
Universidade Federal do Ceará
Biblioteca Universitária

Gerada automaticamente pelo módulo Catalog, mediante os dados fornecidos pelo(a) autor(a)

R649e

Roldán, Víctor Eugenio.

El papel de las pulsiones en la conformación de la moral / Víctor Eugenio Roldán. – 2018.
123 f.

Dissertação (mestrado) – Universidade Federal do Ceará, Instituto de cultura e Arte, Programa de Pós-Graduação em Filosofia, Fortaleza, 2018.

Orientação: Profa. Dra. María Aparecida de Paiva Montenegro.

1. pulsões. 2. teorias pulsionais. 3. moral freudiana. 4. Freud. I. Título.

CDD 100

VÍCTOR EUGENIO AVILÉS ROLDÁN

EL PAPEL DE LAS PULSIONES EN LA CONFORMACIÓN DE LA MORAL

Dissertação apresentada ao Programa de Pós-Graduação em Filosofia da Universidade Federal do Ceará, como requisito parcial à obtenção do título de Mestre em Filosofia.

Aprovada em: 12/04/2018.

BANCA EXAMINADORA

Prof. Dra. María Aparecida de Paiva Montenegro (Orientador)
Universidade Federal do Ceará (UFC)

Prof. Dra Karla Patricia Holanda Martins
Universidade Federal do Ceará (UFC)

Prof. Dra. Clara Virgínia de Queiroz Pinheiro
Universidade de Fortaleza (UNIFOR)

AGRADECIMIENTOS

A mi madre, que siempre será la primera citada en cualquier historia de mi vida, al menos en aquellos lugares en los que me decida a escribir un agradecimiento, y es que, si he de ser sincero, siendo opcional esta sección, no pensaba usarla, y no por no ser agradecido, sino porque no me gusta “ensuciar” la espontaneidad y honestidad emotivas, con sugerencias institucionales; intentaré entonces, hacerlo con un estilo emotivo y poco formal.

Agradezco a todos los que hicieron posible este trabajo, particularmente a mi orientadora, pues ella fue de gran auxilio no sólo académico sino anímico, dándome ánimos primero para escribir el texto, posteriormente haciéndome sentir que mi trabajo no era satisfactorio, sin por ello, quitarme ánimos de continuar; y por último, en la felicitación frente a la versión final.. Le agradezco entonces, su trabajo deconstructivo de mi tesis. Tanto más porque, en realidad, mi tema era otro y fue modificarlo, no por una imposición suya sino como sugerencia. Misma que habiendo sido seguida, me ha dejado muy satisfecho. La dedicación mostrada por la Dra. Aparecida fue muy elogioso para mí y requirió de un gran acopio de paciencia suya, pues aunque yo sin problema conseguía entablar una conversación, mi portugués no era suficiente para escribir un trabajo de maestría. Y mi conocimiento de Freud también era muy limitado.

Agradezco también a mi familia internacional, no por la elaboración del presente trabajo, sino, como le comentaron a una amiga costarricense, por sus títulos anexos: el de resiliencia, y adaptación cultural. En fin, a todas las personas que han sido parte de la historia de estos dos años, y a los organismos que la hicieron posible, la OEA, CAPES y la UFC.

Agradezco, claro, a mi padre, a mi hermana, mi tía Lulú; así como a mis primos y demás familia (Fon, Juan Pablo, Jesús y otros) y amigos (Fany, Belem, Oscar R, Oscar B, Eduardo, Marisela, Sandy y otros) pues han sido parte no sólo de estos dos sino de estos 35 años de vida. Finalmente, deseo agradecer también a mi abuela materna, que ya no está por estos rumbos. Por último, a Colombia y Venezuela, donde estuve no menos de lo que estuve en Brasil. Estuve en ellos por la plática y amistad constante con personas de estos países. Hubo otros, claro, por ejemplo Perú, Salvador, Haití, Costa Rica, Ecuador; pero los recuerdos más entrañables son de estos dos países: (Laura, Fermín, Edwin, Jessica, Jovanny) (José, Angélica, Mighay, Rossy). Por último, a “la manada”, “las comilonas” y a los otros mexicanos que también estuvieron conmigo en esta aventura (Gaby, Guillermo y Rubén)

RESUMEN

Esta disertación propone examinar las diferentes teorías pulsionales a lo largo de la obra de Freud, con el objetivo de desprender de ellas una reflexión acerca de la moral. Es justamente debido a las mudanzas en la concepción de las pulsiones que no podemos presentarlas como un concepto final, sino en construcción a lo largo de la obra, y dotado de diferentes matices según la época, aunque, por otro lado, las subsecuentes teorías más que opuestas, son en realidad complementarias.

En lo que respecta a la primera formulación de la teoría, fechada en 1905, el principal punto a destacar es que se enfoca casi únicamente en las pulsiones sexuales, mientras que a las de yo (o de autoconservación) las menciona muy someramente. Posteriormente, en la segunda teoría, las pulsiones del yo, adquieren relevancia a partir de la obra *Introducción al Narcisismo* de 1914. En 1921, ambas pulsiones, sexuales y de auto conservación, devienen componentes de una pulsión más abarcante: la pulsión de vida, a la que le contrapone, completando el dualismo, la pulsión de muerte. En 1923 será publicado un nuevo texto de Freud, “*El Yo y el Ello*” donde manteniendo vigente la tercera teoría pulsional, presenta una nueva terminología con gran repercusión en las posteriores obras del autor.

Es en el marco de las diferentes teorías que veremos la relación de las pulsiones con la moral, siguiendo tres elementos distintivos: la renuncia. el deseo y la culpa.

A partir de la inevitable renuncia a la satisfacción pulsional, se constituye la cultura, bien sea procesada en el modelo preferible de la sublimación y produciendo obras de arte o de innovación científica, tecnológica, etc; o bien, lo sea en el modelo patogénico de la represión, tornando neurótica a la sociedad. De una forma u otra, la sociedad surge a partir de la renuncia a la satisfacción de las necesidades pulsionales y de sus diferentes destinos.

Posteriormente, respecto de la segunda nota; será deseo homosexual sublimado el que una a los hombres en una sociedad, así como fue también el deseo heterosexual el que despertó sentimientos agresivos que derivaron ulteriormente en un parricidio original, del cual, mediante la culpa, se instituyen esquemáticamente las normas morales y religiosas de toda sociedad. En este contexto, la sociedad, según Freud, es producto del elemento civilizador: el superyó.

Palabras-llave: Freud. Moral freudiana. Pulsiones. Teorías pulsionales.

ABSTRACT

This dissertation proposes to examine the different drive theories throughout Freud's work, with the aim of detaching from them a reflection about the moral. It is precisely due to the changes in the conception of the drives that we cannot present them as a final concept, but in construction throughout the work, and endowed with different nuances according to the time, although, on the other hand, the subsequent theories, rather than opposed are actually complementary.

With regard to the first formulation of the theory, dated 1905, the main point to note is that it focuses almost exclusively on sexual drives while those of self (or self-preservation) are mentioned very briefly. Later, in the second theory, the drives of the self-acquire relevance from the work *Introduction to Narcissism* of 1914. In 1921, both drives, sexual and self-preservation, become components of a more comprehensive drive: the drive of life, which opposes it, completing the dualism, to the death drive. In 1923 a new text by Freud will be published "The Ego and the Id", where maintaining the third drive theory, presents a new terminology with great repercussion in the later works of the author.

It is within the framework of the different theories that we will see the relationship of the drives with the moral, following three distinctive elements: the resignation. the desire and the guilt.

From the inevitable renunciation of drive satisfaction, culture is constituted, either processed in the preferable model of sublimation and producing works of art or scientific and technological innovation, etc. or, in the pathogenic model of repression, rendering neurotic the society. In one way or another, society arises from the renunciation of the satisfaction of drive needs and their different destinations.

Subsequently, regarding the second note; it will be sublimated homosexual desire that unites men in a society, just as it was also the heterosexual desire that aroused aggressive feelings that subsequently led to an original parricide, of which, through guilt, the moral and religious norms of every society are schematically established. In this context, society, according to Freud, is a product of the civilizing element: the superego.

Keywords: Freud. Feudian moral. Drives. Drive theories

SUMARIO

1	INTRODUCCIÓN.....	10
2	JUSTIFICACIÓN.....	15
2.1	¿Por qué Freud?.....	15
2.1.1	<i>El escenario en la Dialéctica de la Ilustración</i>	16
2.1.2	<i>Esbozo de Ética Nihilista</i>	21
2.2	¿Por qué las pulsiones?.....	23
3	ANTECEDENTES PRE-PSICOANALÍTICOS.....	27
4	LA PRIMERA TEORÍA DE LAS PULSIONES.....	32
4.1	El primer ensayo: Las Aberraciones Sexuales.....	33
4.2	El Segundo Ensayo: La Sexualidad Infantil.....	35
4.3	El Tercer Ensayo: Las transformaciones de la pubertad.....	37
5	LA SEGUNDA TEORÍA DE LAS PULSIONES.....	39
5.1	Narciso y La historia del Yo.....	39
5.2	Narciso y Edipo.....	44
5.3	Narcisismo primario y secundario.....	48
5.4	Estímulos y Pulsiones.....	50
5.5	Pulsiones y Destinos de Pulsión.....	52
5.5.1	<i>Orientación a la Propia Persona. Evolucionismo</i>	54
5.5.2	<i>Transformación en lo Contrario</i>	54
5.5.3	<i>Satisfacción Directa: La posibilidad imposible</i>	55
5.5.4	<i>La Represión</i>	57
5.5.4.1	<i>Lo inconsciente</i>	57
5.5.4.2	<i>Destinos Pulsionales adicionales</i>	59
5.5.5	<i>La Sublimación</i>	62
5.5.5.1	<i>Leonardo da Vinci</i>	63

6	LA TERCERA TEORÍA DE LAS PULSIONES.....	65
6.1	Repetición.....	67
6.2	La comprensión de las pulsiones de vida y muerte.....	67
7	EL PAPEL DE LAS PULSIONES EN LA CONSTITUCIÓN DE LA MORAL.....	74
7.1	Moral sexual ‘cultural’ y nerviosidad moderna: Renuncia.....	74
7.2	Tótem y Tabú: Deseo y Culpa.....	79
7.3	La moral en el marco de la última etapa. (1920 – 1939).....	86
7.3.1	<i>La Segunda Tópica y la Teoría de las Identificaciones</i>	92
7.3.2	<i>Los procesos de defensa del Yo</i>	105
7.3.3	<i>El porvenir de una Ilusión</i>	105
8	CONCLUSIÓN.....	112
	REFERÊNCIAS.....	115

1 INTRODUCCIÓN

El tema de la presente disertación es la revisión de las teorías freudianas de las pulsiones, con el objetivo de desprender de ellas una reflexión sobre la moral. En este sentido, nuestro interés por la obra de Freud es eminentemente filosófico. Considerando la vastedad del campo teórico acerca de la moral, la primera pregunta a responder aquí, habrá de ser el porqué de la elección por el psicoanálisis. ¿Por qué Freud? De igual forma, responderemos, el porqué de la elección de las pulsiones como tema. Es importante destacar que el tema del primer capítulo desborda el tema de la disertación, pues más que la mera justificación del tema, es la exposición del marco filosófico que orienta mis lecturas al campo psicoanalítico; así como la presentación general de mi preocupación filosófica de la cual la presente disertación es un prólogo, o, de forma más precisa, la capitalización del conocimiento psicoanalítico que, en trabajos futuros, me habrá de auxiliar para la exposición de una ética¹ de formulación propia. Dicho de otra manera, la justificación, en que citaré principalmente la obra de la Dialéctica de la Ilustración de Max Horkheimer y Theodor Adorno, es la narración de lo que en filosofía me empujó al presente tema, ergo, será una breve síntesis de la obra mencionada. Debido a lo anterior, los capítulos subsecuentes a la justificación no desarrollan lo que ahí es anunciado; esto quiere decir, aquello que es presentado en la justificación no implica una promesa de desarrollo en los capítulos posteriores, por el contrario es tan sólo el relato del motivo a partir del cual surgió el interés en el psicoanálisis, de forma que mientras en el primer capítulo expondré la Dialéctica de la Ilustración, en los siguientes, abandonándola, me centraré, exclusivamente, en la obra freudiana, con las pulsiones y su relación con la moral como hilo conductor. Es ésta, asimismo, la razón por la cual presento la justificación del tema como un capítulo independiente y no como parte de la introducción, puesto que no será desarrollado ni concatenado con el resto. La razón de ello es que la presente disertación es el primer paso en la formulación de una ética nihilista; paso consistente en la adquisición de las herramientas psicoanalíticas, particularmente de las diferentes teorías pulsionales, y pues el primer paso se entiende mejor cuando se observa de

¹ Por supuesto, ética y moral no son sinónimos, no obstante a menudo se confundan sus significados, y encontremos, por ejemplo en Kant, el término moral significando lo que para nosotros sería ética. Siendo entonces conscientes de la dificultad de interpretación y empleo de estos dos términos, y puesto que no es un tema presente en Freud, evitaremos entrar en el tema de su diferencia por razones de espacio. Por otro lado, puesto que, el capítulo llamado Justificación es, sobre todo una contextualización de mi interés por la obra de Freud en el escenario más amplio de la reflexión filosófica contemporánea sobre las conductas humanas, usaremos el término 'ética' más cercano a nuestros intereses, mientras que para hablar de la obra freudiana, emplearemos el término 'moral'.

forma clara, la meta del camino, hemos juzgado importante presentar el panorama general en el capítulo primero, llamado por lo antedicho: “Justificación”.

Resta ahora presentar la metodología: y aquí no queda sino especificar que tomaré de base las Obras Completas de Freud en su versión en español, y me ayudaré, en algunas ocasiones con las versiones portuguesa y menormente, la alemana.

Relacionado también con la metodología, y debido a las mudanzas en el pensamiento freudiano, hablaré primeramente de las pulsiones, no como un concepto acabado sino en construcción exponiendo para ello, las diferentes teorías pulsionales en orden cronológico. Sólo entonces abordaré el tema de la relación que tienen ellas con la moral, así como, una breve reflexión sobre la actualidad de la obra freudiana

La razón es uno de los atributos de los que la humanidad más se enorgullece, como también de todos sus productos: el lenguaje, la ciencia, las artes, o bien, para hacer un resumen, la civilización; más tal vez la humanidad se vanaglorie más de lo que debería, pues pudiendo ser ella una escalera rumbo a una vida libre y feliz, se ha tornado en vez de ello, en vehículo a una vida enferma.

En ella, la civilización, los seres humanos tenemos nuestra prisión, pues pudiendo ser libres, no lo somos y el motivo de ello es la renuncia excesiva que nos ha sido exigida para poder construir la civilización: aquella de la satisfacción de nuestras pulsiones. Mas ¿qué son estos elementos cuya renuncia nos ha sido exigida? Como ya hemos anunciado, en el presente trabajo recorreremos la teoría de las pulsiones de una forma expositiva para culminar con un capítulo en que analicemos la relación que guardan ellas, las pulsiones, con la moral. El objetivo personal, no obstante aquí no vaya a ser abordado por razones de formalidad académica, es la búsqueda de una civilización un poco menos enferma, pues en lo que se refiere a la renuncia dicha, no tenemos alternativa.

Antes de continuar, sería bueno hacer dos aclaraciones:

Primeramente, si bien es nuestro interés la felicidad como fundamento ético, Freud no la vislumbra como objetivo a ser alcanzado por el psicoanálisis, tampoco como algo a ser obtenido en la vida humana, siendo pensada, antes, en la condición de una ilusión. Una segunda e importante aclaración, es que la renuncia a la satisfacción pulsional es entendida,

en la obra freudiana, como una cosa buena, pues es renuncia al incesto, al canibalismo, a los deseos de matar y otros igualmente egoístas que imposibilitarían la convivencia en la sociedad. Tal renuncia es entonces benéfica, no obstante, pues no es reflexionada, a menudo sobrepasa límites saludables y nos priva de una mayor satisfacción pulsional.

A decir verdad, así como no tenemos opciones en lo que respecta al abandono forzado, tampoco las tenemos alrededor de su satisfacción. Lo que las pulsiones buscan, consiguen (habremos de matizar posteriormente esta afirmación); de manera que la renuncia, debido a la falta de otra alternativa, apenas puede considerarse como tal, simultáneamente, podemos agregar que nuestra conciencia que ha abdicado, es en relación con el contenido de lo abandonado, demasiado pequeña y débil, como igualmente frágil si comparada con la civilización demandante. La renuncia es entonces nuestra, sólo en cierto sentido, pues también es ajena por no ser consciente. Podemos quizá, percibir una contradicción: pues no tenemos alternativa y debemos renunciar a la satisfacción de las pulsiones, sin embargo, tampoco la tenemos y debemos satisfacer las pulsiones. La contradicción está presente porque aún no hemos matizado la segunda premisa: “Lo que las pulsiones buscan, consiguen”. El matiz, ya se verá, no tiene que ver con que las pulsiones no sean demandantes, sino con que hay muchos caminos o medios para conseguir la satisfacción.

Habiendo trazado el curso de nuestro trabajo, deberemos hablar de la teoría freudiana de las pulsiones, y aquí, lo primero que debemos hacer es recordar que Freud no tuvo una teoría de las pulsiones, sino, por lo menos, tres.

“Por lo menos” tres, porque podríamos hablar de una etapa previa, a manera de antecedentes y, también, porque dos años después de publicada la tercera teoría pulsional (1921) donde Freud presenta “el segundo dualismo”², introduce lo que se conoce como “La segunda tópica”, en cuyos términos explicará tanto las diferentes neurosis y psicosis, y tendrá, asimismo, un eco en el planteamiento del tema moral. No obstante lo anterior, consideramos que dicha segunda tópica es más una mudanza de términos que una cuarta teoría pulsional, máxime porque en la misma obra en que presenta tal segunda tópica, “El yo y el ello” (1923), enuncia nuevamente las pulsiones de vida y muerte inauguradas sólo dos años antes.

Por último, en lo que respecta a las pulsiones, nos resta decir que las diferentes teorías pulsionales son en realidad, complementarias.

² El primer dualismo es el de las pulsiones sexuales y las de auto conservación.

En la primera presenta, principalmente, la pulsión sexual, en la segunda pone énfasis también en las pulsiones del Yo sin restarle importancia a las sexuales, en la tercera unifica las dos previamente presentadas en una única pulsión más englobante llamada pulsión de vida a la que le opone, completando el segundo dualismo, la pulsión de Muerte. Todavía en el marco de la tercera teoría pulsional, agrega también una nueva terminología: la “segunda tópica” no obstante.

En lo que respecta a la relación de las pulsiones con la moral, debemos destacar que la obra moral freudiana corresponde más con la última época, mientras que, durante la primera tienen más fuerza sus pretensiones científicas. No obstante, ni una ni otra característica son exclusivas de sus respectivas épocas, de modo, que encontramos referencia a la moral, en algún sentido desde la obra “Proyecto de una Psicología Científica” en que declara, por ejemplo: “*el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales*” (1992a, p. 363), y destacadamente, en la obra “Moral Sexual Civilizada y Nerviosidad Moderna” (1908). Paralelamente, en 1921, año de la formulación de la tercera teoría pulsional, presenta también en algún sentido, un aparato psíquico siguiendo el modelo presentado en el Proyecto. De forma que cuando decimos que la obra moral de Freud corresponde principalmente a la última etapa, ello quiere decir, solamente, una mayor concentración.

Por último, entrando en materia de la relación que las pulsiones tienen con la moral, ellas tienen a la renuncia como punto de partida, ello, según la obra referida arriba de 1908, es decir, en el marco de la primera teoría. Posteriormente, además de la renuncia, en *Tótem y Tabú* (1913) están presentes el Deseo (sexual) y la Culpa como los detonadores morales de la sociedad en un ejercicio de abstracción antropológica. Deseo y Culpa funcionando como vínculos de unión, el primero a partir de la sexualidad y el segundo consecuencia del asesinato del padre original posteriormente introyectado por todos los miembros de la sociedad y proyectado en la sociedad a manera de leyes civiles y religiosas. *Tótem y Tabú* es por su fecha de publicación, parte de la primera teoría pulsional, y por la misma razón, muy cercana también a la segunda que tendrá lugar un año después.

De igual forma, así como las pulsiones de vida y muerte son más englobantes que las sexuales y de auto conservación (que son constitutivas de la pulsión de vida), sus relaciones con la moral son también más generales; siendo por ejemplo, la pulsión de muerte

causa de las guerra, según una carta dirigida a Einstein explicándole en términos de su teoría, la razón de los conflictos bélicos en los que el mundo estaba inmerso por esos momentos.

Por último, correspondiendo a la tercera época, y utilizando la terminología de la segunda tónica (yo, ello y superyó) está presente la teoría de las identificaciones o transformaciones eróticas, en donde los pueblos llevarán la marca moral del parricidio, es decir, en algún sentido, también aquí encontraremos una complementariedad más que una oposición entre las diferentes épocas.

2 JUSTIFICACIÓN

El autor que el presente trabajo tiene como tema, es el padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, no obstante el programa de maestría para cuya acreditación se expone la presente tesis, es Filosofía, de manera que esto en sí mismo ya da lugar a la interrogante por la elección del tema; sobre todo porque, además de Freud no ser considerado filósofo, él mismo, por su parte, no tenía una buena opinión de lo que es filosofía juzgándola como un “desperdicio de facultades intelectuales”. De forma que...

2.1 ¿Por qué Freud?

A la base de toda ética existe o suele existir, la premisa implícita de una mejora; ya sea de una ética dialéctica como la heraclíteica, fundada en el conocimiento de uno mismo, ya una práctica como la aristotélica o una deontológica como la kantiana, el supuesto necesario es la creencia de que seremos mejores siendo éticos que no siéndolo. El paradigma de este encomiable y provechoso desarrollo, es quizá el que habita en la obra platónica: sólo la preocupación ética-dialéctica, según Platón, nos puede liberar de las cadenas y sacar de las penumbras de la caverna, sólo filosofando (y en Platón esto implica siendo justos), podremos emprender el camino hacia una divinización, cuya meta última es la comunidad con la idea del Bien.

Hacia el Bien es que se dirige el filósofo, como si éste fuera la flecha, y aquél el blanco: hay un progreso; hay un camino que debemos seguir y una meta que alcanzar

Es entonces cuando, estando en medio del sendero, la maleza comienza a crecer y no está clara ya la vereda que debemos seguir, volteamos la vista atrás y al contrario de lo que dice la canción, no hay senda alguna frente a nuestros ojos, al contrario también de lo que dicta “cantares”, tampoco hay estelas en la mar³. : extraviados por ello en el punto medio entre el origen y el destino, tenemos la brújula rota y, aun cuando permanezca (como por inercia) en nosotros la intención de caminar, la dirección de nuestros pasos es indistinta: puesto que el destino es inescrutable; la meta no está ni lejos ni cerca. No está.

Perdóneseme haber usado una alegoría, pero me parece que la imagen es esclarecedora: la ética es el camino a seguir cuya meta es el Bien, pero, si el fundamento se pierde, y se duda que haya un progreso, entonces somos como ciegos caminando ya sólo por

³ ... / caminante no hay camino, / se hace camino al andar / al andar se hace camino / y al volver la vista atrás se ve la senda / que nunca se ha de volver a pisar / caminante no hay camino / sino estelas en la mar /...

inercia: no hay un camino que sea preferible a otro. Dudamos que haya de verdad un progreso, sí un cambio (los pasos continúan y cambia nuestro lugar y perspectiva) pero como la cercanía o lejanía con respecto de nuestra meta es en absoluto inescrutable, no podemos afirmar si hay, bien progreso, bien decadencia.

Es esto la consecuencia de aquella frase en que la cultura asiste al funeral del fundamento: “Dios ha muerto”; es el lóbrego escenario que siguiendo a Nietzsche, Horkheimer y Adorno plantearon en su obra: “Dialéctica de la Ilustración”, y en el que, aunque brevemente, ingresaremos, en el intento de responder la pregunta inicial: ¿Por qué Freud?

2.1.1 El escenario en la Dialéctica de la Ilustración

“La ilustración, en el más amplio sentido de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo y constituirlos en señores” (ADORNO, T. HORKHEIMER, M. 1998, p. 59)

Así, con esta cita de Horkheimer y Adorno comienzan el texto que conserva siempre este ambiguo sentido de: “liberar a los hombres del miedo” ocasionado por la angustia que se siente ante la muerte, ante lo otro que puede obrar en contra nuestra, emprender acciones hostiles de las cuales sólo ocupando nuestra razón podremos, y ello sólo hasta cierto punto, escapar, no obstante, según veremos, lo que de verdad habremos de conseguir es tan sólo, la modificación de unas amenazas por otras.

¿Cuáles son los peligros? Aquí Horkheimer y Adorno no se circunscriben a sólo un peligro ni a sólo un temor; sino que hablan de varios estadios de la evolución humana: el salvaje, el mitológico, el filosófico y el científico. De forma que la ilustración es el medio por el que escapamos de un riesgo, esto es, salimos de una etapa e ingresamos en otra; por eso no es del todo exacto decir que según los autores, ilustración es simple desmitologización, no obstante la cita: *“el programa de la ilustración era el desencantamiento del mundo. Pretendía disolver los mitos y derrocar la imaginación mediante la ciencia”* (ADORNO, T. HORKHEIMER, M. 1998, p. 59). Ello no es falso sino incompleto, pues podemos hablar de la ilustración desde una perspectiva kantiana, es decir, como el proceso racional mediante el cual nos hacemos independientes, autosuficientes y así evitamos las explicaciones metafísicas por preferir otras “científicas” que nos empoderen; pero también podemos usar el concepto de una forma más general, es decir, como “explicación racional”, en esta generalidad ya no cabe

sólo la ciencia, sino que incluye también la religión, la mitología, la astrología, en fin, cualquier explicación que hagamos del mundo y con la que consigamos un cierto nivel de comodidad. ¿Por qué comodidad? Porque aun cuando los dioses que nos rodeen sean hostiles con nosotros, el conocimiento sobre sus deseos, voluntades y caprichos, nos abre la posibilidad de laberintear los peligros y entonces, respirar un tanto más calmadamente; mientras que si lo otro se nos presenta como absolutamente incierto, en cualquier momento el cielo se cae o el piso desaparece; o un rayo me parte en dos, mientras que, si no es el azar sino el enojo de Zeus o Thor lo que provoca mi fulminación por medio del rayo, entonces quizá pueda hacer algo por contentarlos y así, mantener la vida, y es que de esto trata todo: miedo.

Dicho de otra manera, le tenemos miedo a todo lo que nos puede causar daño, ¿y qué nos puede causar daño? Definitivamente no nosotros mismos sino “lo otro”.

Lo otro que puede ser, en la perspectiva más terrible, el caos, en cuyo caso, nuestra vida pende del hilo de una moneda, no siendo más que una cara de los dados que son lanzados al azar. Para escapar del caos es que proveemos a la vida con un sentido, creando para ello la religión. Este es entonces el primer miedo (Caos) y posterior salida (explicación religiosa), que entrados en sus ventajas, no sólo nos cuida sino que da a nuestra vida un sentido, y muy pronto conseguimos una preciada axiología, con la vida eterna como premio a la bondad de nuestra alma (en el caso de algunas religiones). Esta explicación racional es entonces, la primera ilustración: la ilustración mitológica.

Estamos entonces sujetos y baja la cerviz ante los dioses, lo que, claro, no parece un escenario muy cómodo, pero que nos ofrece, al menos, la posibilidad de permanencia. Ahora cuidamos nuestra vida; somos esclavos de un amo temible, cierto, pero esclavos vivos que pueden, mediante el reconocimiento de su inferioridad respecto de unos dioses que pueden ser hostiles, respirar de vez en vez; no es entonces precisamente comodidad, pero sí menos incomodidad.

Cuando posteriormente se hable de la ilustración como el momento histórico al que Kant se refirió en su texto “¿Qué es la ilustración?” Cuando se presente su definición como la liberación del hombre de su culpable incapacidad. Y de continuidad al optimismo y responsabilidad racional que había tenido inicio desde el renacimiento, continuado con la modernidad bajo los auspicios de Descartes y, finalmente, llegado a la época kantiana, estaremos hablando tan sólo de un tipo nuevo de ilustración.

Pero los mitos que caen víctimas de la ilustración eran ya producto de esta. En el cálculo científico del acontecer queda anulada la explicación que el pensamiento había dado de él en los mitos. El mito quería narrar, nombrar, contar el origen: y con ello, por tanto, representar, fijar, explicar. (ADORNO, T. HORKHEIMER, M. 1998, p. 63)

Una vez superado el caos, nos enfrentamos a un nuevo temor: los dioses, y es que, “Frente a los dioses permanece sólo quien se somete sin reservas. El despertar del sujeto se paga con el reconocimiento del poder en cuanto principio de todas las relaciones” (ADORNO, T. HORKHEIMER, M. 1998, p. 64). Claramente, ante un nuevo peligro es menester una nueva salida. Tal es la descripción kantiana en la que el hombre busca en su propia razón la emancipación de su culpable incapacidad, o, en palabras de Horkheimer y Adorno, “El mito se disuelve en ilustración y la naturaleza en mera objetividad.” (ADORNO, T. HORKHEIMER, M. 1998, p. 64). También podríamos decir: “la ilustración mítica se disuelve en ilustración científica.

El cambio de ilustración, por otro lado, no es gratuito: tiene un precio y es alto: “*Los hombres pagan el acrecentamiento de su poder con la alienación de aquello sobre lo cual ejercen*” (ADORNO, T. HORKHEIMER, M. 1998, p. 64).

El desolador escenario horkheimiano consiste en que mientras busquemos liberarnos del miedo (ilustrarnos) lo único que conseguimos es acentuarlo, como si buscando escapar de la caverna del lobo por el miedo que le tenemos a este animal, le pidiéramos que nos escondiera en sus fauces.

Ante cada resistencia espiritual que encuentra, su fuerza no hace sino aumentar. Lo cual deriva del hecho de que la Ilustración se reconoce a sí misma incluso en los mitos. Cualesquiera que sean los mitos que ofrecen resistencia, por el solo hecho de convertirse en argumentos en tal conflicto, esos mitos se adhieren al principio de la racionalidad analítica que ellos mismos reprochan a la ilustración. La ilustración es totalitaria. (ADORNO, T. HORKHEIMER, M. 1998, p. 62)

Si en la ilustración mitológica le seguíamos teniendo miedo a los dioses (ya nos habíamos liberado del miedo del azar) en la ilustración científica ocupamos el lugar que tenían los dioses y nos quedamos solos; antes los animales, las cosas, todo lo que nos rodeaba tenía con nosotros, por decirlo de alguna forma, una relación de hermandad, al fin y al cabo todo como nosotros, estaba sujeto al dominio de los dioses, pero ahora que nosotros tenemos su lugar, nos encontramos solos; las cosas y todo nuestro derredor, ya son meros conceptos cuyo fin es su utilización, dicho de otra forma, más cercana a la de los autores, hemos convertido a la naturaleza en mera mercancía. El ser humano ya no ve a la naturaleza como algo en sí, sino como en algo para él.

La dialéctica de la Ilustración describe el ascenso ilimitado del antropocentrismo y junto con su ascenso, de su simultánea vertiginosa caída. Es la fe en la razón, y su derrumbe. La razón enferma de dominio.

El hombre paga el “cambio de señores”, esto es, su propio ascenso como el nuevo Dios, con una alienación respecto del mundo en que vive, no está ya en comunión con la naturaleza, sino que por el contrario, ella no es más que materia de laboratorio, y así, siendo él naturaleza en sentido estricto, reniega de la misma, y la trata en forma ajena, mediatizado con instrumentos; así lo hace el señor burgués que en su poder capitalista, está detrás de su castillo, manejando a las personas como peones: son éstos los que tienen más contacto con el mundo natural; no obstante dicho contacto no sea en función de ellos mismos sino de su patrón. La razón es legisladora del mundo que describe, que somete a conceptos; renegando de su naturalidad, o aceptándola: su naturaleza es ir contra ella misma; es el siervo rebelde.

La razón es como las escobas del aprendiz de brujo: su instrumento de dominio que pronto acaba dominándolo él, sumergiéndolo en un “mar cultural” al que no puede escapar, que lo determina; la razón es el robot, que siendo “instrumento del hombre”, crea los convencionalismos morales y demás “formas de dominio cultural” que acaban moldeando su pensamiento y así, paradójicamente construyendo a sus creadores. Esto que suena abstruso no lo es tanto: la sociedad en que se desenvuelve el hombre está regulada por la producción inconsciente de cada uno de ellos, integrada en un conjunto homogéneo se convierte en cultura y que determina “la forma de pensar, de actuar, de hablar y de toda expresión humana” mediante instrumentos tales como los medios de comunicación, el lenguaje, la educación familiar, de tal forma que todos son, al tiempo que productores de la cultura, también sus compradores.

Es como una fábrica en que todos son tuercas produciendo inconscientemente y determinados a auto consumirse (comprar su propio producto) pero ya no como propio sino como algo ajeno; los seres humanos están determinados por el lugar en el que viven.

“A través de la mediación de la sociedad total, que invade todas las relaciones y todos los impulsos, los hombres son reducidos [...] a simples seres genéricos iguales entre sí por aislamiento en la colectividad coactivamente dirigida.” (ADORNO, T. HORKHEIMER, M. 1998, p. 89).

Horkheimer redacta en un pequeño excurso, una alegoría usando para ello, el pasaje mítico de Odiseo (Ulises) entre las sirenas: Odiseo le pide a sus hombres que lo aten fuertemente al mástil, y que ellos mismos se taponen los oídos (con el objetivo de que no oigan el canto de las sirenas y no sucumban por ello, a su seducción); así, cuando el barco pasa por el lugar de las sirenas, Odiseo escucha el canto, y seducido les pide a gritos a sus hombres que lo liberen; sus hombres sin embargo, así como no escuchan a las sirenas, tampoco escuchan los gritos de su señor, y por lo tanto hacen caso omiso a sus órdenes. Los hombres representan la industria cultural, como el producto racional por excelencia, que, rebelde se niega a seguir los mandatos de su creador.

Los remeros, que no pueden hablar entre sí, se hallan esclavizados todos al mismo ritmo, lo mismo que el obrero moderno en la fábrica, en el cine y en el transporte colectivo. [...] Ciertamente, al pensamiento le ha bastado siempre con determinar concretamente su propia problemática. Él es el siervo a quien el señor no puede detener a placer. (ADORNO, T. HORKHEIMER, M. 1998, p. 89)

El dominio no se paga sólo con la alienación de los hombres respecto de los objetos dominados: con la reificación del espíritu fueron hechizadas las mismas relaciones entre los hombres, incluso las relaciones de cada individuo consigo mismo. Este se convierte en un nudo de reacciones y comportamiento convencionales, que objetivamente se esperan de él. (ADORNO, T. HORKHEIMER, M. 1998, p. 81)

De esta forma, entendemos la industria cultural: como un mercado en que todos compran y todos venden, y a cada intercambio efectuado, pierden libertad, y es que aún aquellos que se precian de exigir productos exquisitos tienen productos para comprar y vender. Ellos, quizá, tengan la ilusión de libertad de la industria envolvente, pero esto es en sí mismo una ilusión, pues su “libertad” fue previamente diseñada y manipulada por la industria cultural totalizadora. Nada se puede pensar fuera de sus límites.

Y no sólo no se puede pensar nada fuera de los límites impuestos por la industria cultural, sino que tiene lugar una homogenización y el ser humano se convierte, al final, en sólo un número de serie despojándole de su humanidad.

La identidad de la especie prohíbe la identidad de los casos individuales. La industria cultural ha realizado malignamente al hombre como ser genérico. Cada uno es sólo aquello en virtud de lo cual puede sustituir a cualquier otro: fungible, un ejemplar. El mismo, en cuanto individuo, es lo absolutamente sustituible, la pura nada. (ADORNO, T. HORKHEIMER, M. 1998, p. 190)

2.1.2 Esbozo de Ética Nihilista

Mi interés, planteado generalmente, para el cual la presente tesis es un estudio introductorio, es la formulación de una ética nihilista, misma que reconozca la pérdida de fundamento, y en lo general, el escenario determinista de la dialéctica de la ilustración.

El camino no ha de ser sencillo, pues antes de comenzar debe enfrentarse con varios obstáculos: el escenario determinista de la Dialéctica de la Ilustración, es uno de ellos, y, pues tenemos aquí un complejo nudo, dividiremos dicho determinismo general, en determinismos constituyentes: psicológico, histórico, lingüístico, cultural. La reflexión sobre los citados determinismos la abordaremos en la Dialéctica de la Ilustración que fue la puerta de entrada al tema, y que contempla al hombre como un ser social, y, ya en materia del hombre, abordaremos, claro, el determinismo psicológico partiendo de posturas psicoanalítica, de las cuales, la freudiana, por ser la fundadora, es también nuestro punto de partida.

Y debemos hacerlo así para, por decirlo de alguna manera, obrar como Descartes que sin ser escéptico reprodujo primero no sólo los contraargumentos a su postura, sino inclusive otros aún más demoledores; de forma análoga, estudiaremos el determinismo en un intento por salir de él. De momento, a manera de hipótesis pretendemos ayudarnos para esta salida de la filosofía sartreana, y a decir, verdad, de otras obras también de corte psicológico, como lo es la de Erich Fromm y la de Abraham Maslow.

Para terminar la justificación del tema, quiero presentar un pequeño esbozo de salida al desolador escenario de la Dialéctica de la Ilustración, antes, por otro lado, del ingreso en el determinismo psicológico.

En la intención de conciliar la posibilidad de una ética con la conjunción de un determinismo esclavizante y es que claramente, el primer requisito para la formulación de una ética es la fundamentación de la libertad, pues en palabras de González, hay "ética" propiamente dicha porque no hay un determinismo absoluto; porque, implícitamente, está presente la libertad; o sea, la capacidad de "opción", de "valoración" y de "decisión"; porque existen, de un modo u otro, alternativas y posibilidades abiertas; por otro lado, si bien la libertad es un requisito, una libertad absoluta (tal como la que se obtiene con la muerte de Dios) es un extremo que toca el escenario de la Dialéctica de la Ilustración.

Como hemos ya dicho, cuando imperaban los mitos y el hombre estaba sometido al poder de los dioses, estaba acompañado por la naturaleza como si fuera ella una hermana: ambos, naturaleza y hombre tenían el mismo fundamento, pero, cuando el hombre es Dios, no existe ya compañía alguna debido a la altura del peldaño. No obstante, es esclavo todavía, y si Horkheimer y Adorno tienen razón, lo será siempre pues la esclavitud, como veremos, es inherente al ser humano, y la ilustración de la que con tanto optimismo habló Kant, es para ellos, el mecanismo mismo de la esclavitud.

Y puesto que toda explicación es ilustración, no hay forma de luchar racionalmente contra ella, pues el empleo del lenguaje es ya un sometimiento a esta manifestación humana. Por lo anterior decimos que la ilustración es inexpugnable y la libertad, sólo una quimera.

De modo que el planteamiento de la libertad como requisito indispensable de la ética necesaria parece tan evidente como absurdo. Evidente, pues sólo si hay opciones, tiene sentido juzgar las acciones, y absurdo si aceptamos las premisas de la Dialéctica de la Ilustración.

Frente al determinismo, frente a la duda sobre la libertad, frente a la pérdida de fundamento, y en general, de cara a la aparente imposibilidad de la ética, llegamos a un “punto muerto” en que no podemos caminar más.

“La Dialéctica de la Ilustración” es un texto cuya lectura puede ser confusa, no obstante hay algo cristalino: el pesimismo. El hombre es esclavo necesariamente. Cuando ejerce sobre la naturaleza un férreo dominio, (esto mediante el instrumento sobre el que, según algunos, posee exclusividad: la razón) acciona un mecanismo que no permite el regreso: la auto esclavización.

Por otro lado, si bien es cristalino el pesimismo, no está por demás destacar que en realidad puede ser, todo, más cuestión de estilo que de fondo, es decir, el conflicto quizá no sea la ilustración, sino la condición humana, en cuyo caso tendríamos que suponer que la esclavitud es inherente, que los grilletes homogenizantes son compañeros inseparables de las capacidades racionales. Desde esta perspectiva, podemos contemplarnos como necesitados de un amo, cuyo nombre es “Identidad” y cuya manifestación es pensamiento y actividad.

Es decir, la razón nos independiza de un amo (el mito) para entregarnos a otro cualquiera que este sea, (ciencia, filosofía, política, etc). Es tan necesaria nuestra esclavitud,

como lo es el respirar; quizá el lóbrego panorama horkheimiano no sean más que términos tenebrosos para referirse a lo que es hablar de un determinismo en la necesidad de Identidad. Una fúnebre manera de hablar y nada más, de manera que hablaremos con verdad si decimos, por ejemplo, “somos esclavos, dependientes de un sin fin de elementos respecto de los que estamos menesterosos; sometidos por ejemplo, a la necesidad apremiante de respirar”. Ello es algo cierto, y sin embargo, las palabras engañan con verdades, puesto que muestra negro lo que es gris. No es más que una visión pesimista de las capacidades humanas.

Somos entonces esclavos de la necesidad de un pensamiento, él es ya ilustración y en nosotros, deviene patrón de conducta. Lamentar nuestra esclavitud a la cultura, podría ser comparado con quejarnos por no poder percibir el mundo más que por medios sensoriales.

2.2 ¿Por qué las pulsiones?

Así como la Dialéctica de la Ilustración, se abre con el tema Ilustración, que es la fe en la razón, la obra *Crítica de la Razón Instrumental*, de Max Horkheimer tiene a la razón como su objeto de reflexión, e identifica dos tipos de ella: La Razón Objetiva y la Razón Subjetiva, donde la primera tiene por objetivo acercarnos a la idea del Bien, al fundamento; mientras que la segunda, es el comercio de medios para llegar a los fines, dicho de otra forma: “*la Razón Subjetiva se revela en última instancia como la capacidad de calcular probabilidades y determinar los medios más adecuados para un fin dado*” (HORKHEIMER, M. 2002, p. 47) , así, el control de la naturaleza y la utilización todo lo que encuentre frente a sí como un medio para un fin, es la naturaleza misma de la razón. La razón subjetiva, es instrumental y está enferma de dominio.⁴

Hemos declarado que la ética parte de la idea general de una mejora, de la orientación de nuestros actos hacia la idea del Bien; idea que durante la fase religiosa de la sociedad, podemos identificar con la cercanía a Dios, o bien, con la obediencia de sus designios o mandatos. Cuando la religión es substituida por la ciencia, la razón objetiva, en tanto que coordinación armónica con el Bien supremo, es abandonada.

⁴ No es de extrañar la visión pesimista de los autores, pues el marco histórico de la obra conjunta de Horkheimer y Adorno: “*Dialéctica de la Ilustración*”, así como de la “*Crítica de la Razón Instrumental*”, cuya autoría es sólo la de Max Horkheimer; es el holocausto y los sucesos funestos en Auschwitz. Debido a ello, defender la neutralidad de lo que a todas luces parece perverso, es psicológicamente muy difícil: es más fácil en su época anhelar un imperativo categórico, y con pesar, considerarlo como sólo una entelequia, que considerar a la razón utilitaria como sólo un instrumento, (y como tal, neutro) al servicio de las pulsiones.

Cuando se pierde el fundamento reconocido como objetivo, como punto final de una teleología ética llegamos a un nihilismo absoluto, y es que, en realidad, la sustitución de una explicación objetiva (o de pretensión objetiva) como es la religión, por otra que mantiene la misma pretensión, destruye ambas: Dios muere y la ciencia que pretende tomar su lugar no lo consigue a cabalidad dejando al hombre desamparado. ¿Qué sentido tiene seguir la religión que se pretende verdad objetiva, cuando su lugar es disputado por la ciencia y la filosofía? ¿qué sentido tiene pensar en un fin al cual las cosas tiendan, si existe no ya una sino una multiplicidad de verdades objetivas a escoger? ¿Podemos escoger las verdades objetivas como si fueran caramelos?!

De esta forma, la pérdida del fundamento deriva en una libertad tan abrumadora como esclavizador el determinismo de Horkheimer y Adorno. Y es que, ante la incapacidad de sustituir a Dios, tiene lugar un nihilismo absoluto, ya que, en algún sentido, el no tener una dirección, límites o un cauce, podría identificarse como libertad absoluta, no obstante, paradójicamente la libertad necesita límites de otra forma, ante su ausencia se paraliza todo, pues destruido la brújula que distingue norte de sur de este y oeste, no hay ya un punto de apoyo con cuya contemplación el ser humano pueda regir sus pasos y comportamientos en pos del ideal.

Finalmente, si todo es cultura y la cultura depende de su ubicación espacio-temporal, entonces no hay algo estable que tenga entre sus facultades la adscripción de adjetivos calificativos tales como bien y mal, en forma objetiva. La razón instrumental se erige como la única útil, desplazando a la objetiva cuyas visiones de verdad totalizante, entran en desgastante y anulador combate entre sí: *“La experiencia de la falta de fundamento se opone a toda especie de afirmación totalizadora”* (GARZÓN, M. 2002, p. 45)

Perdido el fundamento, todo abandona su sitio y el sendero mismo desaparece. “Caminante, no hay camino”, es la única proposición de la canción que permanece verdadera.

El proceso de indiferencia, en donde el yo pierde sus referencias, su unidad, su centro de gravedad que lo jerarquiza todo, implica también por otro lado, el momento de la pluralidad, en el que todos los gustos, todos los comportamientos pueden cohabitar. (GARZÓN, M. 2002, p. 69)

Bajo el golpe de la pérdida de toda ilusión, cuando nos encontramos en la simulación, es decir, en lo que no es ni verdadero ni falso, toda deontología es absolutamente hipócrita. (GARZÓN, M. 2002, p. 81)

Tenemos entonces, en la Crítica de la Razón Instrumental, una visión de la razón en tanto que enferma de dominio, y, simultáneamente, sometida al dominio de las pulsiones en cuyo servicio trabaja.

Es en este escenario, más que en cualquier otro previo donde tiene sentido la pregunta por la interioridad, que propongo, es, si no el nuevo fundamento de la ética, si más que nunca, el punto de partida, cobrando todo sentido la máxima heraclíteo-socrático-platónico de la búsqueda del ethos en la interioridad.

Lo dice bien Garzón: *“No es nuestro intento «superar» a la ética tradicional, representando una «nueva» fundamentación, sino movernos en la ausencia de fundamentos.”* (GARZÓN, M. 2002, p. 25) ; siguiendo a Heidegger, señala Garzón, el ser abandona su lugar como fundamento y adopta el de acaecimiento, de manera que, *“la ontología nihilista no mira al ser como desde un observatorio eterno, sino que se sitúa dentro de su evento tratando de responder a los mensajes que recibe.”* (GARZÓN, M. 2000, p. 18)

“Nada más opuesto a las ideas de [...] los [...] que de forma unánime se pronunciaban a favor de que la razón asumiese un papel rector, incluso preeminente, en la conducta humana, que semejante asignación a la razón de una posición subordinada.” (HORKHEIMER M. 2002, p. 50)

Reanudamos entonces la pregunta, con la absoluta libertad consecuencia de la pérdida fundamento... con la apoteosis de la razón subjetiva que es la coordinación de diferentes medios para fines personales, ¿tiene sentido plantear una ética? ¿no es cierto acaso, como afirma Mercedes Garzón, que toda ética parte del supuesto de la posibilidad de una mejora, de un progreso, de un desarrollo? ¿y es posible plantear un desarrollo sin una atalaya que permita contemplar los valores eternos? ¿tiene sentido después de Heidegger y su explicación del ser como evento y no ya como fundamento?

Ante tales conflictos, no nos asustemos por no encontrar aún un punto de llegada, y sustituyámoslo por un punto de partida: la ética tiene que partir, del reconocimiento de las condiciones de posibilidad que tiene la existencia de un hombre, es decir, de una idea del hombre: pensemos en él (el hombre) como condición suficiente: le son necesarios los consecuentes tanto de racional, como de sometido a su propio producto: la cultura; por ello, sólo resta reconocer lo que somos y vivir lo más felices que podamos: y así, casi sin buscarlo, encontramos un posible fundamento que en su característica de contingente se revela

forzosamente subjetivo y particular. Dicho nuevo fundamento sería simple y llanamente la felicidad, y, como ya el mismo Kant admitía, en mucho mayor medida que la razón, los pulsiones tienen más que decir a su respecto.

Si en un ser que tiene razón y una voluntad, fuera el fin propio de la naturaleza su conservación, su bienandanza, en una palabra, su felicidad, la naturaleza habría tomado muy mal sus disposiciones al elegir la razón de la criatura para encargarla de realizar aquel su propósito. Pues todas las acciones que en tal sentido tiene que realizar la criatura y la regla toda de su conducta se las habría prescrito con mucha mayor exactitud el instinto; y éste hubiera podido conseguir aquel fin con mucha mayor seguridad que la razón puede nunca alcanzar. (KANT, I. 2004, p. 87)

3 ANTECEDENTES PRE-PSICOANALÍTICOS

En “*Estudios sobre la histeria*” (1895) queda claro que los procesos psíquicos envueltos son, sobre todo, unos de los cuales no se tiene conocimiento. Podría decirse, en favor de la simplicidad, que han sido olvidados, por lo tanto, sin necesidad de forzar las palabras, afirmamos que los desencadenantes de la histeria son procesos inconscientes; traumas que no han tenido una respuesta adecuada en el momento que habría sido ideal, y que luego, han sido reprimidos. Su posterior remembranza y correcta expresión, es la cura de la enfermedad.

Pero si en favor de la simplicidad hemos dicho que los desencadenantes de la histeria son traumas que han sido relegados al olvido, claramente es un asunto sobre el cual podemos profundizar y lo haremos, paulatinamente, pues es importante antes destacar algunas dificultades del texto.

“*Estudios sobre la histeria*” fue una colaboración entre el doctor Joseph Breuer y el autor objeto de nuestra tesis. Sigmund Freud. Éste había leído con mucho interés el caso clínico de una paciente que aquel relatara, y tras alguna correspondencia inicial, el resultado fue una recopilación de casos: aquel de Anna O. tratado por Breuer que estimulara al joven Freud, así como luego algunos otros tratados por el futuro entusiasta padre del psicoanálisis. Tal recopilación que ha llegado a nuestras manos, es la que ahora leemos bajo el título de *Estudios sobre la histeria*.

Siendo entonces dos autores, no es extraño encontrar posturas diferentes, además de que el propio Freud mudó la suya durante la escritura, que contiene entonces, posiciones diferentes en un aspecto tan importante para el psicoanálisis como es la sexualidad infantil, tema, por otro lado, que relacionamos con las teorías pulsionales.

El término pulsión no aparece en *Estudios sobre la histeria*, razón por la cual, sólo con muchos trabajos podríamos llamarla una “teoría pulsional”, sin embargo, como hemos dicho, lo relacionamos como una primera visión sobre la sexualidad como determinante de esquemas futuros.

Regresando al análisis del texto, no es solamente el hecho de tener posturas diferentes sobre la sexualidad en una única obra lo que da origen a la confusión, sino que una de ellas, la segunda, tuvo luego mucha fama, razón por la cual, no es difícil llegar a la lectura referida provistos con un prejuicio muy alto, de manera que, si pensamos en la importancia

que dio Freud a la sexualidad, cuyo comienzo estaba situado en la infancia, estaremos cometiendo un error de anacronía, y no obstante diera efectivamente mucha importancia a la sexualidad, aún no había desenvuelto la teoría sexual que ulteriormente le diera fama.

Dos autores, tres teorías diferentes en una única obra no puede sino traer mucha confusión, y sólo avanzando lento conseguiremos evitarla.

Por lo pronto, podemos presentar una explicación general que comprende los diferentes enfoques, y que es continuación de las posturas de un investigador francés por quien Freud sentía mucha admiración, “el grande Charcot” como le llamara. Puede ser enunciada así:

La histeria surge como consecuencia de un evento traumático delante del cual no hubo una reacción apropiada, quedando entonces, las emociones embotelladas en recuerdos de los que el histérico no es consciente. La búsqueda de tal desafortunado evento es la intención de la terapia catártica de Breuer. Ello se conseguía gracias al proceso hipnótico.

Como anticipamos, por otro lado, existen abundantes diferencias entre los autores, mas limitándonos al ejemplo paradigmático, la distinción entre los dos autores, es la naturaleza del evento traumático, pues mientras para Freud, éste era de naturaleza sexual; para Breuer la sexualidad era sólo parte de la esfera humana y no el único desencadenante, de suerte que mientras en el caso de su paciente, la célebre Anna O., es difícil encontrar referencias a eventos sexuales, ellos son muy comunes en las pacientes de Freud.

Recordemos un caso traumático de Anna O., donde similarmente a muchos otros, la sexualidad es por completo ignorada: Breuer nos cuenta sobre un episodio en el que ella contuvo su desagrado al ver que la empleada de su casa diera de beber a agua a un perro en el mismo plato que ella, la paciente, usaba. Por razones de moderación no reaccionó como su sensación de desagrado le impelía.

Por su parte, en los relatos de las pacientes de Freud, la importancia de la sexualidad es mucho más notoria. No obstante, hay un elemento común: la falta de reacción a un evento traumático. Asimismo, el motivo de tal falta de reacción y posterior olvido, es la diferencia que habremos de encontrar entre dos épocas del posterior padre del psicoanálisis.

Como hemos dicho, algunas líneas arriba, lo que presentamos ahora es la sexualidad como elemento determinante de futuros esquemas de comportamiento, y ahí radica

su analogía con las teorías pulsionales, no obstante no lo sea en rigor. Podríamos llamar a este antecedente de las teorías pulsionales como “Teoría de la Seducción”. Tal es la primera postura planteada en “Estudios sobre la histeria” y consistía en que el evento traumático frente al cual no hubo una reacción apropiada, fue la seducción que un infante sufría por parte de un adulto (o adolescente), tras la cual, no había cambios claros en la salud de la víctima, de forma inmediata, pero la semilla de la histeria, ya había sido, por así decirlo, sembrada, o para emplear términos freudianos, “incubada”. Un posterior evento semejante al primero, empero éste en un momento en que la adquirida madurez del sujeto facilitaría la significación del evento como sexual, desencadenaría la histeria, pues no sólo sería entendido este segundo acto, sino también aquel primero, ahora resignificado como una *seducción*, frente del cual, por causa de la ignorancia infantil, no se había tenido una respuesta adecuada, cumpliendo los elementos propios de la histeria: la falta de reacción. La semilla incubada desembocaría en histeria, y su posterior cura sería la rememoración y expresión (de la primera seducción).

Entonces, en esta primera postura freudiana, el evento olvidado no es en verdad, olvidado, sino no significado, y la falta de reacción es debido a esta misma no significación. Así, si Ana O. y la vista del perro comiendo del mismo plato que ella fue ejemplo de la postura de Breuer, la paciente Katharina que a continuación presentaremos, es ejemplo de la primera postura freudiana.

El caso de Katharina es aquel de una niña de dieciocho años que se aproximó a Freud cuando él estaba de vacaciones: ella se sentía sofocada por falta de aire y aunque había acudido al médico, no conseguía salir de su problema. Freud escuchó su historia: los padecimientos habían comenzado dos años antes, en el tiempo en que Katharina, buscando a su prima Francisca, pensó en mirar para dentro de un cuarto cerrado y efectivamente la encontró, mas en una situación inconveniente: en medio de un acto sexual con su tío (padre de Francisca). Aquel suceso, aun siendo negativo, no habría, sin embargo, provocado histeria alguna, por sí solo, e caso es que, siguiendo adelante en el caso, Katharina contó, como es común en los desórdenes histéricos, una serie de traumas sucesivos, que antecedieron a aquel que despertó el problema. Al final, lo más grave para la paciente no fue tanto que su tío estuviese en una relación ilícita con su prima, sino que aquello despertó el recuerdo de una ocasión que el tío había intentado tener una relación similar con ella misma, avance que afortunadamente había sido evitado aun no habiendo sido entendido a cabalidad, desafortunadamente de cualquier manera, había servido de semilla para la posterior histeria.

[...] en un número abrumadoramente grande de ejemplos se demostró, en cambio, que los primeros traumas no habían dejado como secuela síntoma ninguno, mientras que un trauma posterior de la misma clase provocó un síntoma que, empero, no pudo prescindir para su génesis de la cooperación de las ocasiones anteriores, y cuya solución reclamó tomar en cuenta todas las ocasiones. (FREUD, S. 1992f, p. 186)

Fue entonces que advino la mudanza en el pensamiento de Freud. Dejamos que sea el mismo Freud quien relate este equívoco, lo que hace en una obra titulada: *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*.

Y en el avance por ese camino fue preciso superar un error que habría sido casi fatal para la joven disciplina. Bajo la influencia de la teoría traumática de la histeria, originada en Charcot, se tendía con facilidad a juzgar reales y de pertinencia etiológica los informes de pacientes que hacían remontar sus síntomas a vivencias sexuales pasivas de sus primeros años infantiles, vale decir, dicho groseramente, a una seducción. (FREUD, S. 1992c, p. 16)

En un primer momento, Freud encontró que el gatillo que desencadenaba la histeria era la seducción de un infante, después llegó a la conclusión de que tales eventos correspondían, en la realidad, no con hechos reales sino ficticios: deseos de infantes. Cuando los consideró reales, los sucesos no eran entendidos como consecuencia de la inmadurez sexual, reaccionar entonces, estaba limitado por la ignorancia. Cuando tuvo lugar el cambio de pensamiento, la no reacción no fue más por un simple no entender, sino por un no querer entender, dicho de otra forma, no una ignorancia por incomprensión sino una ignorancia voluntaria. No era más que no pudiera recordar sino que no quería hacerlo.

Los recuerdos en esta modificación de su postura no estaban realmente olvidados, sino ocultados de la conciencia por un mecanismo que más adelante fue llamado represión (*Verdrängung*). Los pensamientos así reprimidos serán en obras posteriores, “moradores” de un “lugar” de la psique (el inconsciente), mas, por lo pronto, su represión es solamente el atributo de un pensamiento, esto es, un adjetivo.

En las páginas anteriores debimos mencionar como un hecho de observación que los recuerdos ocultos tras fenómenos histéricos están ausentes de la memoria asequible de los enfermos, mientras que en la hipnosis se los puede evocar con viveza alucinatoria. (FREUD, S. 1992b, p. 185)

El caso de Elisabeth von R. será aquel con el que habremos de ejemplificar la segunda etapa de Freud, donde el trauma es reprimido.

La paciente, una mujer de veinticuatro años, sufría de un dolor muy fuerte en las piernas, siendo así imposibilitada para andar. Antes de enfermar, su padre había muerto, luego la madre y posteriormente una hermana, había caído víctima de afección cardíaca. Los dolores

en las piernas de la paciente habían comenzado poco antes de la muerte de la hermana, que finalmente falleció...

Freud, estaba convencido de que en todo aquello había un secreto aún no revelado y lo descubrió por accidente, cuando en una ocasión en que estaba hablando con ella, el viudo de la hermana fallecida, llegó, preguntando por ella, que entonces, solicitó interrumpir el tratamiento, pues quería atender al cuñado, y el dolor, que se había ausentado por un tiempo, recrudesció súbitamente, posteriormente inquirió Freud sobre el comienzo de tales dolores.

La paciente le contó que cuando la hermana aún estaba con vida, aun cuando convaleciendo en la cama, Elisabeth tuvo un paseo con su cuñado y aun cuando dicho paseo fuese inofensivo, sintió ella un profundo deseo de, ella también, tal como su hermana, tener un poco de felicidad en su vida; un hombre que la ayudase. Tal deseo, además, era lógicamente acentuado por la vida de abnegación y cuidado que Elisabeth había llevado hasta el momento, donde sólo muerte y tragedia parecía acompañarla, primero del padre, luego de la madre y la de la hermana parecía estar cerca. Fue entonces cuando, en ese momento de deseos egoístas que en ella despertara su cuñado, los dolores comenzaron.

La razón de la histeria ahora era clara: el trauma fue el pensamiento de deseo sentido por su cuñado, especialmente uno que tuvo delante del cuerpo de la hermana muerta, a quien amaba profundamente, y aun así el pensamiento advino: 'Ahora él está libre nuevamente y puedo ser su esposa'.

Horrorizada ante tal pensamiento, lo reprimió. Tal es el caso de no querer recordar, propia de la segunda época en contraste con aquel otro de no poder recordar de la primera. Contrita y avergonzada, sus dolores aumentaron, y ulteriormente, cuando su secreto, que lo era también para ella misma, fue revelado y aceptado, los dolores disminuyeron.

4 LA PRIMERA TEORÍA DE LAS PULSIONES

Según dijimos arriba, son por los menos tres teorías de las pulsiones en la obra freudiana; (1905, 1915, 1920), pues podríamos contar a la teoría de la seducción como un antecedente, dado que presenta a la sexualidad como un elemento que desemboca en esquemas histéricos, en cuyo caso, deberíamos recorrer el conteo, y ésta que aquí presentamos como la primera, sería la segunda.

Esta segunda o primer teoría (en adelante la llamaré como primera, eliminando a la Teoría de la Seducción del conteo) corresponde ya propiamente a la etapa psicoanalítica y es formulada por Freud en su obra *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905), cuyo tema, como podemos imaginar por el título, es 29 principalmente la sexualidad, y aunque mencione también a las pulsiones del yo, esto o hace sólo en posteriores reediciones de la obra⁵.

Sobre el problema de las ediciones, García Roza (2008, p. 29) llama la atención: *“Tanto as edições alemãs como as traduções que consultamos hoje em dia são feitas sobre a sexta edição alemã, datada de 1925, a última publicada com Freud ainda vivo.”*

Así, nosotros, que estamos haciendo una exposición de las diferentes Teorías de Pulsiones, tomando en cuenta un sentido cronológico, tenemos aquí un problema; pues quizá la máxima obra en lo que respecta a la primera teoría de las pulsiones, está contaminada con agregados propios de ediciones posteriores al desarrollo de sus subsecuentes teorías pulsionales. Es en este sentido que las obras consultadas: Edição Standard Brasileira das Obras Completas de Freud, así como las Obras Completas en su versión en español han sido de gran ayuda, toda vez que están señaladas las modificaciones realizadas en las diferentes ediciones, permitiéndonos identificar una teoría de otra en el interior de los Tres Ensayos.

Los Tres Ensayos, obra de la Primera Teoría de Pulsiones, es una recopilación de tres asuntos: “Las Aberraciones Sexuales” el primero de ellos; “La Sexualidad Infantil”, y finalmente, “Las Metamorfosis de la Pubertad”.

4.1 El Primer Ensayo: Las Aberraciones Sexuales

Comienza haciendo referencia a un mito, según el cual, *“La fábula poética de la partición del ser humano en dos mitades —macho y hembra— que aspiran a reunirse de*

⁵ Los Tres Ensayos, junto con la Interpretación de los Sueños, es una de las obras que tuvo más reediciones.

nuevo en el amor se corresponde a maravilla con la teoría popular de la pulsión sexual.”
(FREUD, S. 1992w, p. 124)

El mito referido se encuentra en la obra platónica, el Banquete, y corresponde a la participación de Aristófanes, mas hay una diferencia importante. En la obra platónica, Aristófanes cuenta que los primeros seres eran duplos, esto es, de todo lo que nosotros tenemos anatómicamente, ellos tenían el doble: dos cabezas, cuatro brazos, cuatro piernas, dos órganos sexuales, a cuyo respecto, algunos estaban compuestos por dos órganos masculinos, otros más por dos órganos femeninos, y finalmente, otros lo estaban por un órgano masculino y otro femenino (los andróginos). Tales características explicarían tanto la posibilidad del amor homoerótico como aquella del heteroerotismo.

En el caso freudiano, la leyenda presentada no es exactamente la misma que la versión platónica: allí son solamente seres humanos divididos en mitades (hombre y mujer): *“Por eso provoca gran sorpresa enterarse de que hay hombres cuyo objeto sexual no es la mujer, sino el hombre, y mujeres que no tienen por tal objeto al hombre, sino a la mujer.”*
(FREUD, S. 1992w, p. 12)

Ahora, Freud no usa la misma versión platónica de la leyenda, porque si lo hiciera, retiraría a la homosexualidad del campo en el cual había sido inserta a lo largo de la historia, a saber, el campo de la patología. Por otro lado, es interesante que, posteriormente en la obra, hablará sobre el hermafroditismo –tanto físico como psíquico– y dirá que no están ligados necesariamente.

Ese primer ensayo sobre las Aberraciones Sexuales es un debate no concluyente sobre el origen de la homosexualidad, y lo que allí se destaca es la introducción de algunos conceptos presentes también en la formulación de la teoría de las pulsiones de 1915, y no tenemos razón para suponer que tales conceptos hayan mudado en la última formulación de 1920. Nos referimos a los conceptos básicos de objeto y objetivo.

Objeto es, por así decir, el medio por el cual la pulsión sexual buscar alcanzar su objetivo, es decir, la satisfacción. Freud ofrece luego una lista de aberraciones sexuales: personas sexualmente inmaduras y animales como objetos sexuales, así como desvíos en relación al objetivo sexual, que dan preeminencia al acto de mirar, saborear o tocar algunas zonas erógenas o aún fetiches; finalmente a nuestro ver lo que tiene de más importante el ensayo es la visión general de la perversión como una negación del objetivo biológico de la

pulsión. Perversión es, en ese sentido, toda actividad que busca satisfacción sexual y que, sea por el objeto, sea por el objetivo, no conduce a la pulsión sexual al reencuentro con la finalidad biológica del individuo y/o de la especie: la reproducción y/o autoconservación. Así, Freud supone como perverso el acto de mirar o tocar compulsivo, siempre que tales actos no sirvan como preludeo del acto final que es la unión de dos órganos sexuales genitales (masculino y femenino). En este sentido, es importante destacar que la perversión no es pensada por Freud, en modo alguno, en un contexto de moralidad, mas principalmente, de subversión al plano biológico.

Tenemos aquí, así como también en épocas posteriores, una concepción que no se pauta en preceptos morales, ni la mera reproducción de la noción de sexualidad presentada por la biología.

Adicional a lo anterior, es importante subrayar que en su artículo, Freud no habla de los pervertidos como de un grupo de personas locas, malas o enfermas, como según los preceptos estético-morales sería deseable; hace de hecho, virtualmente lo contrario.

Por razones estéticas, se querría atribuir a insania estos y otros extravíos graves de la pulsión sexual. Pero ello no es correcto. La experiencia enseña que entre los insanos no se observan perturbaciones de la pulsión sexual diferentes de las halladas en personas sanas, en razas y en estamentos enteros. (FREUD, S. 1992w, p. 135)

La perversión, en lo que toca a la sexualidad, es a menudo el “punto flaco” de muchas personas que en otros aspectos serían consideradas normales, y, según agrega en el segundo ensayo: “La Sexualidad Infantil”, todos pasamos por una época de perversión polimorfa; esto es, los infantes en el proceso de desenvolvimiento de su sexualidad adquieren muchas perversiones y las mantienen, a menudo, simultáneamente: escopofilia, exhibicionismo, entre otras.

En la historia de desenvolvimiento sexual de todos los seres humanos, por lo tanto, habríamos recorrido un camino cuyo inicio es la perversión; y no es extraño mantener una o más de las perversiones adquiridas. La perversión es común y no exclusiva de los locos. En este aspecto, la diferencia en relación con ellos es sólo una cuestión de intensidad, de grados.

Tal fue, según Mezan (1985), la razón del rechazo que el psicoanálisis tuvo en su época. A la sociedad no le gustó sentirse acusada de tener una sexualidad expresa, que incluso era mayor que aquella del resto de los animales, según un artículo titulado “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna”, sólo tres años posterior a los Tres Ensayos.

La perversión, pensada como atributo compartido por las personas consideradas sanas hacía de la sexualidad, según Freud, una afrenta para los prejuicios morales de la sociedad de su época.

Mas a razão mais profunda do escândalo reside, a meu ver, na abolição radical das fronteiras entre o normal e o patológico a que Freud procede entre 1895 e 1905. Todos os dados que Foucault apresenta coincidem num ponto: o de serem manifestações de anormalidade. As variadas perturbações mentais a que se referem os estudos sexológicos de Krafft-Ebbing e de outros se apresentam, sem exceção, em tarados, criminosos e loucos; as pacientes de Charcot encontram-se na fronteira de doença mental; é a criança masturbadora que tem diante de si um futuro sombrio, poupados à criança virtuosa, e assim por diante. (MEZAN, R. 1985, p. 106)

Otro punto importante en el primero de los ensayos es la identificación de los síntomas psiconeuróticos como expresión de pulsiones perversas.

Para finalizar la exposición de este primer ensayo, “Las aberraciones sexuales” vamos sólo a destacar una característica de las pulsiones perversas: ellas pueden ser seccionadas en dos pares de opuestos, así tenemos, por ejemplo, al sadismo como contraparte del masoquismo y a la exhibición como opuesto de la escopofilia. A esta doble dimensión de las pulsiones, una activa y otra pasiva, Freud le da el nombre de Pulsiones Parciales (*partialtriebe*).

4.2 El Segundo Ensayo: La Sexualidad Infantil

El primer punto a destacar en este segundo ensayo, es su propia existencia, toda vez que, en la época freudiana, nadie hablara expresamente de una pulsión sexual en infantes, acaso, admite Freud, alguien pudiera decir algo sobre la sexualidad de un niño específico, pero tal caso sería tan sólo una excepción. La sexualidad, se consideraba, comenzaba en la pubertad.

No obstante, divergiendo de la postura ortodoxa de su época, Freud encuentra este inicio, precisamente en la infancia, e identificaba a la moral como la causa del olvido en que la propia sexualidad infantil era ocultada de la mayoría de las personas. Tal era, en verdad, una amnesia peculiar.

Ya hemos indicado líneas arriba, que la perspectiva freudiana sobre sexualidad normal, es que aquella somete todas sus dinámicas a la función reproductiva y que todo aquello que discurriese por una vereda diferente, era considerado como perversión, y aún un tierno beso, si tal acto fuese un fin en sí mismo y no fungiera como preludeo que condujera a la unión de los órganos genitales (masculino y femenino) era considerado perverso. En este

sentido, dado el ausente desenvolvimiento genital, todas las manifestaciones sexuales de la infancia son forzosamente perversas, aunque, así como muchas veces el beso es un “camino preparatorio” del acto sexual, así también la sexualidad infantil es un paso previo y necesario en la adquisición de la sexualidad adulta, que tendrá su comienzo en la pubertad.

Así, Freud presenta la sexualidad como un desenvolvimiento en fases o etapas, siendo la pubertad, la última de ellas.

Dichas cuatro fases por las que debemos pasar son: la primera, la oral; la anal, la segunda; la tercera es la fálica, seguida por un período de aparente reposo llamado “latencia” y, finalmente, la última fase que será tema del tercer ensayo.

Estas etapas tuvieron, a pesar de las críticas provenientes del medio científico y religioso, una gran repercusión entre los adeptos del psicoanálisis, pues abrieron la posibilidad a la contemplación de las patologías mentales como resultado de una fijación en una u otra de ellas. Dicha fijación sería consecuencia de la dificultad, por parte de la libido, de renunciar a antiguas zonas de placer, sobre todo de frente a las inevitables frustraciones vinculadas al Complejo de Edipo.

Al apuntar a la naturaleza sexual de las fases de desenvolvimiento humano, Freud establece una importante vinculación entre ellas y el proceso de conocimiento del mundo que se inicia en la fase oral. Así, el infante se orienta a las cosas y las lleva inmediatamente a su boca, las reconoce; y en una de aquellas ocasiones, en la acción específica de la nutrición, siente el torrente de leche tibia, a lo que se atribuye una sensación análoga a las de un orgasmo. Situación respecto de la cual está en condición de dependencia.

Esa vinculación implica una tentativa de control, por parte del psiquismo, sobre lo que inicialmente es desconocido (el mundo). Cabe señalar que esto remite al doble carácter activo y pasivo de la libido, como formas de obtención de placer (ya arriba hemos hablado sobre las pulsiones parciales). Primeramente el placer es obtenido de forma pasiva, a partir de un conjunto de acciones envueltas en el proceso de nutrición, higiene y demás cuidados por parte de la madre (o de quien ejerza tal papel). Sólo posteriormente el infante intenta controlar su propia obtención de placer, entrando en la forma activa de la pulsión. Esta oscilación entre las formas pasiva y activa de la obtención de placer se manifiestan en todas las fases de desarrollo libidinal. Así, conforme lo hemos mencionado arriba, la libido oral obtiene placer primeramente a partir de las actividades de nutrición, que claramente están fuera de su

control; sólo después, descubre la disponibilidad de su pulgar, de modo que alcanza en él un sustituto del seno materno, a diferencia del cual, tiene el control absoluto, llegando a la fase activa de la pulsión y dando comienzo al autoerotismo del que ya tendremos oportunidad de hablar.

Por su parte, la etapa anal tendrá que ver, en su forma pasiva, con la obtención de placer consecuencia de la excitación de la zona anal, resultado de las actividades maternas de la higiene del infante. Su forma activa, será manifiesta en la búsqueda de independencia y control sobre las personas bajo cuyo cuidado está. En ese caso, las heces, consideradas por el infante como una parte de sí mismo de la cual se desprende y presenta como obsequio que da a su madre, presente que claro, puede hacer o negarse a ello, teniendo entonces, a menudo, el significado de rebeldía e independencia, vista la importancia que los adultos parecen darle a todo ello. Finalmente, está presente también el placer resultado de la retención de las heces a través del control de los esfínteres.

Como en el caso de las anteriores, también en la etapa fálica están presentes ambas formas de obtención de placer: pasiva y activa.

La pasiva, nuevamente, es la misma de la que ya se ha hablado: las labores de higiene. Respecto de la activa podemos agregar que el interés del niño en su pene surge sólo cuando consigue ejercer algún control sobre él, de hecho, es este mismo el hecho que la niña parece envidiar al niño: lo que él puede hacer con su pene, por ejemplo, la mayor capacidad de dirigir la corriente de orina, lanzándola más lejos de sí mismo.

4.3 El Tercer Ensayo: Las transformaciones de la pubertad.

Ya hemos señalado que, como consecuencia de los cuidados de nutrición y limpieza que recibe el infante por parte de la persona que cuida de él/ella, sobrevienen sensaciones placenteras esto es, se despierta el aspecto pasivo de las pulsiones sexuales, y más importante aún, tales sensaciones no son anodinas sino que son parte del desenvolvimiento sexual natural, no obstante el horror que todo ello pudiera despertar, pues es natural pensar que *“La madre se horrorizaría, probablemente, si se le esclareciese que con todas sus muestras de ternura despierta la pulsión sexual de su hijo y prepara su posterior intensidad.”* (FREUD, S. 1992w, p. 203). Tales atenciones abren el camino de las fases de

desenvolvimiento sexual, cuya característica común es su naturaleza autoerótica⁶, esto es, independiente de un compañero. Con la llegada de la pubertad, los sexos ya han alcanzado su madurez y adoptado el papel que tendrán hasta el final, por lo que se acentúan las diferencias en los desarrollos sexuales de hombres y mujeres; ahora la pulsión ha dejado de ser autoerótica y/o incestuosa y comienza la búsqueda de los objetos sexuales, actividad para cuya consecución, todas las pulsiones sexuales actúan conjuntamente.

En el caso del hombre, por ejemplo, la nueva meta es la descarga de los productos sexuales. *“La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción; se vuelve, por así decir, altruista.”* (FREUD, S. 1992w, p. 189)

Un punto particularmente importante y que debe ser destacado, es que, El Complejo de Edipo, que Freud mencionara en su obra magna, la Interpretación de los Sueños, encuentra en este tercer ensayo, una mención y si bien no lo hace una alusión al mito griego, expresa su dinámica básica: amor por la madre y consecuencia, rivalidad con el padre.

Según nuestra opinión, el aspecto más importante del Complejo de Edipo en el marco de la presente obra, es la función que desempeña en las futuras elecciones de objeto: ellas serán ecos de los objetos infantiles, o bien, heredarán de él, sus padrones de elección.

El hecho de que el primer enamoramiento serio del joven, como es tan frecuente, se dirija a una mujer madura, y el de la muchacha a un hombre mayor, dotado de autoridad, es un claro eco de esta fase del desarrollo: pueden revivirles, en efecto, la imagen de la madre y del padre. Quizá la elección de objeto, en general, se produce mediante un apuntalamiento, más libre, en estos modelos. (FREUD, S. 1992w, p. 208)

Y, así como las posteriores elecciones de objeto son ecos del Complejo de Edipo, así también en los casos de padecimiento posterior a una experiencia infeliz en el amor, ocurrirá un retorno de la libido para aquellos objetos preferidos durante la infancia.

⁶ Cuando el placer es consecuencia de los cuidados recibidos, ello es tan sólo su forma pasiva y no obstante la presencia de otra persona sea requerida, entendemos el autoerotismo de esta etapa, porque tanto en la forma pasiva como en la activa, el objeto sexual es uno mismo. El placer se consigue con la estimulación de la zona erógena en cuestión; dicho de otra forma, son fases masturbatorias, con prácticas como el chupar el dedo.

5 LA SEGUNDA TEORÍA DE LAS PULSIONES

La segunda formulación de la teoría de las pulsiones es publicada en 1915 en la obra *“Pulsiones y destinos de pulsión”*. No obstante, es importante destacar que ya un año antes Freud había publicado un tratado, que, de hecho, fue la razón misma de la reformulación. Nos referimos a la obra: *Introducción del narcisismo* (1914).

“Introducción del Narcisismo” es, por otro lado, quizá la obra más importante en lo que se refiere a las teorías pulsionales, pues es como hemos dicho, el punto a partir del cual se hace necesaria, una reformulación de la teoría pulsional, y, además de ello, es también el germen de la siguiente modificación a la teoría que derivará en la tercera formulación.

Para entender mejor el narcisismo, retrocederemos un poco retomando este concepto en el marco de la primera teoría, y esbozaremos, sus consecuencias en la tercera teoría, aún no tocada. Consecuencias que llegado el momento, retomaremos en una profundidad mayor.

5.1 Narciso y La historia del Yo

En su obra, *Las Metamorfosis*, Ovidio nos cuenta la historia de un hermoso joven, que fue castigado por Afrodita debido al excesivo orgullo que tenía de sí mismo, mostrándose por ello, indiferente al amor incondicional que recibía de una ninfa llamada Eco. El castigo consistió en que Narciso eventualmente se enamoró apasionadamente de sí mismo y encontrando su reflejo en las aguas de un río, no consiguió jamás apartarse de él, ni para las tareas más indispensables de la vida. De manera que eventualmente muere y es transformado en la flor que lleva su nombre.

Narciso, es, por otro lado, junto con Edipo, la gran alegoría freudiana a lo largo de su obra. Ella remite al interés en el propio yo, en menoscabo del interés por lo que no es yo.

De esta forma, desde el título queda sugerida el nuevo elemento fundamental en la teoría pulsional: el yo. Tal es que lo que esta teoría (1914, 1915) tiene de diferente respecto de la anterior (1905): la inclusión de las pulsiones del yo, o bien, de auto conservación; no obstante, cabe señalar que si bien Freud aborda tales pulsiones en los Tres Ensayos, tales menciones son, si no única, sí principalmente, realizadas en reediciones de la obra, correspondiendo entonces, no a la época de la primera sino de la segunda de sus teorías. Ello, claro, adicional al hecho de que los Tres ensayos están enfocados en la sexualidad. Tenemos entonces, poca redacción concerniente al Yo.

Entre los “*Tres ensayos sobre teoría sexual*” (1905) y “*Introducción del Narcisismo*” (1914) podemos agregar, tuvo lugar la introducción de las pulsiones del yo, en un texto titulado: “*La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis*” (1910).

La innovación principal de esta época, por lo mencionado arriba, no puede ser en sentido estricto la inclusión de las pulsiones del yo, sí sin embargo, la relevancia que tales pulsiones obtienen como resultado de su complicada imbricación con las pulsiones sexuales, que por otro lado, también tienen cambios importantes, el principal de todos ellos, es el de los prolijos detalles y matices con que se reviste el concepto de la libido presentado anteriormente en el primer párrafo de los Tres Ensayos: “*El lenguaje popular carece de una designación equivalente a la palabra «hambre»; la ciencia usa para ello «libido»!*” (FREUD, S. 1992w. p. 123)

Tales especificaciones sobre la libido fueron, de hecho, la razón del cambio de una teoría por otra, así como en un contexto biográfico, aquello fue causa y consecuencia del cisma psicoanalítico que implicó la separación del que fuera seguidor y amigo de Freud, Carl Gustav Jung. La importancia de ello radica en que tal polémica sirve de marco contextual bajo el cual es más fácil comprender la nueva teoría, toda vez que la obra fue una respuesta a las modificaciones jungianas del concepto en cuestión en 1913.

Apunta la comentadora Thompson (1969, p. 18) que “*Jung redefiniu o termo libido, considerou-o uma energia da vida geral*”, ante lo cual, Freud respondió con el tratado objeto de nuestras presentes reflexiones. Ahí el psicoanalista austriaco amplía el concepto de libido, mas no por ello lo dessexualiza, de hecho, ocurre precisamente lo contrario, según destaca Montenegro.

Assim, em última análise, o conceito de narcisismo vem consolidar a “supremacia” da teoria da libido.[...] Com efeito, ao se introduzir o narcisismo como o componente libidinal das pulsões do ego, descarta-se a possibilidade, proposta por Jung, de dissolver o carácter eminentemente sexual da libido, por ocasião de uma extensão desse conceito para a noção de um interesse generalizado. O conceito de narcisismo atesta exatamente o inverso, ou seja, qualquer interesse humano está carregado de investimentos libidinais. (MONTENEGRO, M. 1990, p. 133)

Esta innovación, la “sexualización” del yo, ocurre cuando, tras presentar las dos clases de pulsiones, éstas se acercan entre sí en varios puntos, de los cuales, el primero a destacar, es el concepto de apoyo: esto es, las pulsiones sexuales se apoyan inicialmente en las de auto conservación y sólo posteriormente se independizan; claramente, el desenvolvimiento de las fases de desarrollo sexual adquiere una concepción diferente, pues no es sólo la

sexualidad la que se desenvuelve a través de estas fases o etapas, sino el propio Yo. Las etapas de desarrollo sexual, y del yo, estuvieron unidas desde el comienzo, pero ahora ello gana un destaque.

Este es un punto en el que vale la pena que nos detengamos: el concepto de desarrollo, presente no sólo en el desenvolvimiento de la libido en las diferentes fases sexuales, sino, en lo general, en la totalidad de la obra freudiana, pudiendo casi describir a Freud como aristotélico: todo tiende a su fin; en el caso del desarrollo sexual, éste tiende a la función reproductiva; más adelante en el segundo dualismo, la vida tiende a la muerte; y las pulsiones tienden a su satisfacción. La teleología freudiana, presente en los diferentes aspectos de su obra, hace pareja con otro sello distintivo: la noción de “conflicto”.

El “conflicto” no es sólo aquel presente en las pulsiones sexuales y de autoconservación (en la presente teoría), o aquella otra que ya veremos luego entre las pulsiones de vida y muerte, sino en la gran generalidad de los conceptos freudianos: el proceso secundario se opone al primario, el inconsciente a la conciencia, la libido objetal a la de libido del yo, y la censura es opresiva del deseo. Quizá quede mejor explicado diciendo que la teleología freudiana es resultado de elementos contrapuestos. Tal es entonces el desarrollo freudiano, y el que ahora vemos, es el desarrollo del yo, donde los principios fundamentales en oposición, en una visión general, son Narciso y Edipo, funcionando a manera tanto de opuestos como de complementos. (MONTENEGRO, M. 1990) El narcisismo, que aquí nos ocupa, es aquel atribuido al desarrollo normal del ser humano; en ese sentido, el narcisismo primario tenderá al secundario.

El narcisismo, que antes de la obra de 1914 en cuyo análisis estamos, era contemplado como una perversión, ahora tiene un enfoque radicalmente distinto: es una estructura de la personalidad, o por así decirlo, una condición de posibilidad de formación del yo. Hablar del narcisismo es, hacerlo de la historia del Yo, historia en la que hay polémica respecto a cuál es su primer capítulo, así como el límite y diferencias que guarda con el segundo, es decir, ni respecto del origen del yo ni de la diferencia entre los términos de narcisismo primario y secundario hay una ortodoxia clara. Como dice Garcia Roza (2008, p. 65): *“a questão dos dois narcisismos — o primário e o secundário —, esta, sim, deu margem a muita discussão e a alguma confusão. Estou partindo do suposto de que o narcisismo em questão, seja primário ou secundário, é posterior ao auto-erotismo”*.

Todos los autores consultados, coinciden en atribuir al narcisismo su concepción como un principio estructural. La identificación del narcisismo primario como una fase ubicada entre el autoerotismo y la elección de objeto, también es opinión común, no obstante, ya aquí comienzan las diferencias; Montenegro, por ejemplo, reconoce el narcisismo como la fase antedicha.

Conforme já mencionado, o narcisismo é um conceito tardiamente introduzido no esquema do desenvolvimento psíquico-sexual anteriormente formulado, sendo portanto situado entre o autoerotismo e o estágio de escolha objetal. Dessa forma, o narcisismo inaugura um acontecimento de importância fundamental para toda a configuração e dinâmica do psiquismo, pois que representa o estágio em que todas as pulsões parciais teriam “abandonado” o estado de anarquia para se reunirem em torno de uma primeira unidade psíquica organizada – o ego. (MONTENEGRO, M. 1990, p. 50)

Y así como en Montenegro, podemos encontrar también en otros autores citas similares: “*Ce premier moment de reconnaissance du phénomène de narcissisme donne lieu à sa compréhension ultérieure en tant que phase transitoire entre un stade libidinal autoérotique et un stade libidinal objectal.*” (VENDETTE, S. 2009, p. 19)⁷

Montenegro, no obstante, también destaca el período de indiferenciación entre el niño y el mundo externo; paradigmáticamente con su madre con la que está “fundido”. A este respecto, podemos encontrar buen fundamento, más que en la obra que ahora nos ocupa, en aquella un año posterior: Pulsiones y destinos de Pulsión.

El yo se encuentra originariamente, al comienzo mismo de la vida anímica, investido por pulsiones (triebbesetzt), y es en parte capaz de satisfacer sus pulsiones en sí mismo. Llamamos narcisismo a ese estado, y autoerótica a la posibilidad de satisfacción. (FREUD, S. 1992s p. 129)

Pero ¿cuál es este comienzo? pregunta Garcia Roza. En realidad, agrega, eso no tiene importancia, pues no es un inicio en un sentido cronológico de lo que se habla, sino de uno esquemático, esto es, la dualidad de principios de placer y realidad. En este sentido podríamos establecer, la presencia del yo, desde el nacimiento, aunque sólo en tanto que germinalmente, y no obstante nunca termine su formación, no es sino hasta después del Complejo de Castración que alcance la clara hegemonía El Principio de Realidad por encima del Principio del Placer, esto es, que el yo sea finalmente definido.

De esta forma podemos encontrar el narcisismo explicado en términos diferentes: como fase de indiferenciación, como autoerotismo, o finalmente y más común, como la fase intermedia entre el autoerotismo y el momento de elección de objeto. No obstante, las

⁷ Este primer momento de reconocimiento del fenómeno del narcisismo da lugar a su ulterior comprensión en tanto que fase transitoria entre un estado libidinal autoerótico y un estado libidinal objetal.

diferencias entre una postura y otra, son más aparentes que reales: para todas ellas el narcisismo es el desarrollo de formación del yo. Sus diferencias son sólo sobre el punto en que sitúan el inicio del desarrollo.

Para poner una analogía en términos médicos (legalistas y filosóficos) ¿cuándo somos personas? ¿Desde el momento de la fecundación de un óvulo por parte de un espermatozoide tornándolo cigoto? ¿Desde el momento en que el cerebro y sistema nervioso central han sido formados? ¿Desde el momento de nacimiento? La respuesta a tal pregunta posibilita en algunos países la legalización del aborto siempre que éste tenga lugar antes de determinada semana, considerándose que el individuo aún no es una persona...: análogamente, el narcisismo es el desarrollo del yo, y difieren unos autores de otros en el punto en que lo consideran como tal. De cualquier forma, en una u otra perspectiva, para todas ellas es evidente que el narcisismo ha dejado de ser sólo una perversión y ha devenido un proceso estructural.

É importante notar que, anteriormente ao artigo de 1914, o narcisismo era assimilado à perversão – escolha do próprio corpo como objeto de investimento amoroso – e que, a partir do texto sobre o narcisismo, deixa de ser concebido como perversão e passa a ser apontado como forma necessária de constituição da subjetividade. O narcisismo é condição de formação do eu. (GARCIA R, 2008, p. 42)

Hemos dicho que anterior a la Introducción del Narcisismo, éste era visto como una perversión, ello en tanto que orientación sexual hacia uno mismo; mas debemos añadir que además de ser una perversión, era el desencadenante de otra, a saber, de la homosexualidad.

“São apresentados dois caminhos para a escolha de objeto: um por apoio em modelos infantis primitivos e outro, segundo o modelo narcísico, quando o sujeito busca seu próprio ego e por identificação encontra-o em outro.” (FERNANDES, 2002, p. 11).

Esto es materia de los Tres Ensayos, en los que se presenta la no superación de la diferenciación entre los sexos como desencadenante de la homosexualidad, esto es, tras dicho descubrimiento, el niño podía no conseguir conciliar la idea de individuos con un sexo diferente al suyo propio, llegando a concebir, despectivamente, a las mujeres como “castradas”, y tomándose entonces a sí mismo como modelo en las futuras elecciones de objeto. Ahora buscaría amar a otros en la misma forma en la que había sido amado por la madre.

En el texto que ahora nos ocupa, Freud recupera lo dicho previamente, es decir, también en esta época el narcisismo (*narzißtischen Typus*) es un modelo de elección paralelo al que, en la sexualidad normal, surge como herencia del Complejo de Edipo, el “modelo de apuntalamiento” (*Anlehnungstypus*).

Y nos proporciona luego una lista de lo que los individuos aman, de acuerdo con uno u otro modelo: a la mujer nutriz o al hombre protector, es decir, a los ecos del Complejo Edípico según el (*Anlehnungstypus*), o bien, según el modelo narcisista: 1) Lo que uno es, 2) Lo que uno fue, 3) Lo que uno quisiera ser y 4) La persona que fue parte de uno mismo.

En el amor a *lo que uno es o fue*, tenemos de forma general, la inversión. En amar a *la persona que fue parte de uno mismo*, tenemos un amor maternal donde la madre se sigue amando a sí misma en el amor que siente por sus hijos, pues ellos, fueron parte de ella misma. Dejamos para después la exposición del amar lo que uno quisiera ser.

Lo particularmente interesante de estos tipos es que no son excluyentes, sino por el contrario, complementarios.

No hemos inferido que los seres humanos se descomponen tajantemente en dos grupos según que su elección de objeto responda a uno de los dos tipos, el narcisista o el del apuntalamiento; más bien, promovemos esta hipótesis: todo ser humano tiene abiertos frente a sí ambos caminos para la elección de objeto, pudiendo preferir uno o el otro. (FREUD, S. 1992h, p. 85)

Y eso es importante, porque en este sentido, si bien el narcisismo es desencadenante de homosexualidad, el término no se acaba en esta caracterización, como ya hemos dicho y ahora volvemos a ello: es estructura de desarrollo. Uno y otro modelo (*narzißtischen Typus* y *Anlehnungstypus*) corresponden a fases que se presentan sucesivamente primero, y luego, también paralelamente: fases alegorizadas con las figuras de Narciso y Edipo.

5.2 Narciso y Edipo

Hemos hecho algunas páginas atrás una sucinta introducción a este capítulo, y ahí hemos hablado de la teleología freudiana basada en conflictos; durante la época de la primera teoría el conflicto relacionado con las pulsiones es el de las pulsiones sexuales y las de autoconservación. Tal conflicto parece disolverse cuando, en la Introducción del Narcisismo complejiza el término de libido, encontrando dos tipos de la misma: libido del yo o narcísica y libido objetal, que sólo después de una advertencia podríamos identificar como edípica. La advertencia es que el complejo de Edipo nos puede remitir al amor que siente el niño por su

madre o la niña por su padre⁸, y la libido objetal se refiere no sólo a estas primeras elecciones sino a toda elección diferente a la realizada por el propio y la libido objetal se refiere no sólo a estas primeras elecciones sino a toda elección diferente a la realizada por el propio yo.

Ampliando en el Complejo de Edipo, identificamos en tal alegoría, al propio Yo con Edipo que se enamora de Yocasta⁹ (la madre nutriz) y tiene rivalidad con Layo (el padre protector) de forma que el Complejo de Edipo sería el de un amor primeramente incestuoso orientado según sea el sexo del Yo, a Layo o Yocasta (o alternativamente si profundizáramos en el mencionado complejo) y posteriormente a sus ecos. La identificación entonces de la libido con Narciso es la del amor por uno mismo (o bien, homosexual, pues dichas elecciones serían ecos de uno mismo), mientras que la identificación con Edipo sería aquella elección heterosexual, dado que toda elección objetal sería o bien la incestuosa primigenia, o bien posteriores proyecciones de ella.

Retomando entonces el conflicto en virtud del cual se logra la formación del yo: Narciso y Edipo son los combatientes que siguiendo a Montenegro, hacen acto de presencia, en algún sentido, desde una época previa al nacimiento.

Se ha dicho que en el amor a los hijos, la mujer expresa su narcisismo; de forma que sobre su égida nacemos; no obstante, como es verdad de Perogrullo, debió haber previa cópula y concepción, misma que se dio bajo los auspicios de Edipo.

Posteriormente, cuando tras el nacimiento, ya somos nosotros mismos el personaje principal de nuestra historia, Narciso mantiene el dominio de nuestra vida en lo que llama Freud una “perfección narcísica”, donde, incapaces aún de distinguir a nuestra madre de nosotros mismos, tendemos a asimilar al mundo a nuestro propio yo, y, en el correr de los años, las pulsiones sexuales, apoyadas en las de auto conservación están siempre orientadas a

⁸ En la versión del Complejo de Edipo perteneciente a la última teoría de las pulsiones encontramos una reformulación del complejo, en el que, la madre también es para las niñas, su primer objeto de deseo. Una dificultad adicional cuando hablamos del Complejo de Edipo es que toda redacción, propia y ajena, suele estar más enfocada en el niño que en la niña, tanto porque según reconoce Freud, de la sexualidad femenina se conoce poco, como porque, además, es mucho más compleja y no se puede ingresar en ella a no ser que la distinción entre los sexos sea el tema, de otra forma tendría lugar una desviación muy grande. No obstante, si nos es permitido establecer aquí una diferencia importante entre uno y otro complejo, es que mientras que el Complejo de Edipo en el niño se disuelve como resultado del temor a la Castración, es precisamente el complejo de Castración lo que introduce el Complejo de Edipo en las niñas.

⁹ Puede objetarse que Edipo no mató a Layo como resultado del odio que le tenía por ser él su rival amoroso, así, ni Layo sería el Padre Protector ni Yocasta la madre nutriz, en este sentido, la alegoría pareciera no ser exitosa, pero dado que el Complejo tiene este nombre, seguimos con él. De forma que, reconociendo las diferencias con la tragedia griega, Yocasta alegoriza aquí, a la madre nutriz y Layo al padre protector.

nuestro propio cuerpo en una u otra zona erógena, es decir, las pulsiones parciales, son de naturaleza autoerótica.

No obstante, aun teniendo Narciso el control de nuestra vida, Edipo hace acto de presencia también desde el nacimiento, pues ya desde el comienzo entramos en una relación incestuosa y canibalística con la madre, es entonces que llega el padre, y escuchamos por medio suyo o en su representación, una amenaza de castración, misma que desvalorizamos hasta el momento mismo en que descubrimos, en una pequeña hermana o alguna amiga de la infancia, que hay individuos que tienen órganos sexuales diferentes a los propios, entonces damos crédito a la amenaza anteriormente recibida: nuestro amor por Yocasta es entonces reprimido, pero no por ello, Edipo pierde la batalla.

Por el contrario, durante toda la época inicial en que crecimos bajo la égida narcísica, lo hicimos siguiendo el Principio de Placer, pero como si este principio fuera la sombra, la luz, es decir, el Principio de Realidad, le acompañaba siempre, y lo hacía crecientemente; es decir, debimos cada vez hacer más y más concesiones a la realidad. El complejo de castración es la estocada fundamental del Principio de Realidad, o regresando a nuestra alegoría: Edipo se ha hecho más sabio y no nos presenta ya a nuestra madre como objeto sexual sino a personas en las que la madre esté proyectada. A partir de entonces, en una sexualidad normal, será Edipo y no Narciso quien domine nuestra vida.

No obstante, la batalla nunca termina, Narciso y Edipo siempre están presentes, y la lucha diaria, continúa llegada la noche, aunque es ahora Narciso quien domina en lo que Freud llama un periodo psicótico, o una manifestación del Principio de Placer.

La naturaleza de los sueños en tanto que realización de deseos (en su contenido latente) de naturaleza primordialmente incestuosa serán contribución edípica. Mientras que la actividad misma del dormir, esto es, de retirar nuestro interés del mundo externo para concentrarnos en nosotros, será contribución narcísica.

Un punto que ahora debemos tocar para entender mejor los destinos de la libido, es aquel que viene desde tan lejos como el Proyecto de psicología; según el cual, destaca Montenegro (1990), ella se entiende en un sentido económico, es decir, de importancia capital son los procesos de su acumulación y liberación. Donde la primera es sentida como displacentera y la segunda como placentera.

El propio yo, identificado como el reservatorio de la libido, fue, en concordancia con nuestra alegoría, la primera elección (o bien, las propias zonas erógenas pues el yo, según se considera aún estaba en proceso de formación) y lo fue durante toda la etapa autoerótica (en paralelo con los padres alternativamente), de manera que ha acumulado demasiada libido, y debe entonces verterla hacia el exterior, con el fin de no enfermar, saliendo de esta forma, finalmente del narcisismo.

La historia, sin embargo, no acaba con la llegada a la etapa de libido objetal. Durante el proceso de su formación el Yo generó, según unos autores, una imagen de sí mismo, constituida por todos sus deseos. Tal imagen es el Yo Ideal; aquí es sin embargo donde comienza el problema.

Al decir de unos, Freud utilizó dos términos con un idéntico significado obedeciendo quizá a cuestiones estéticas, en realidad no importa la razón, pero los términos de *ichideal* y *idealich*, según ellos, serían sinónimos. Esta imagen en continua formación se convierte en fuente de represión: en las normas culturales, del padre y ascendientes en general; de la tradición en su conjunto. Dicho ideal sería un principio civilizador. Por otro lado, *ichideal* y *idealich* son conceptos diferentes en la opinión de otros.

É importante manter presente que o eu ideal não é uma fase inicial do eu superada e substituída por uma outra que é a ideal do eu, e que uma vez superada desaparece. O próprio parágrafo no qual Freud introduz o conceito de eu ideal no texto sobre o narcisismo é por si só indicativo de que o eu ideal permanece, transformado e acrescentado, no indivíduo adulto. (GARCIA ROZA, 2008, p. 57)

En esta concepción, el yo ideal sería identificado con la perfección narcísica a la cual no se quiere renunciar; sería, también, el objeto de amor narcísico cuya explicación habíamos dejado para después: “el amor a lo que uno podría ser.”

A partir del fortalecimiento de esta imagen surgiría otra entidad, el ideal del yo, que sería el principio civilizador que en la tercera teoría pulsional tendrá eco en el Superyó como destaca Vendette (2009, p. 25) “*On retrouve donc ici les balbutiements théoriques d'un concept clé de la seconde topique, celui de surmoi.*”¹⁰

Eco, que si siguiéramos con la analogía, pues el Superyó como veremos adelante, es el padre introyectado en el yo, a manera de herencia del Complejo de Edipo es entonces, una amalgama de los dos contendientes: Narciso y Edipo.

¹⁰ Se puede encontrar aquí los balbuceos teóricos de un concepto clave de la segunda tópica, aquel del Superyó

5.3 Narcisismo primario y secundario

Si el concepto de apoyo, esto es, si el apoyo que reciben las pulsiones sexuales por parte de las del yo en uno de los puntos de sexualización, otro elemento en que unas pulsiones se acercan a otras es el concepto de “Sentimiento de sí” (*Selbstgeföhls*), traducido en ocasiones con el término de “autoestima”.

Ello lo aduce Freud como ejemplo de la sexualidad presente también en las pulsiones del yo.

Si introducimos nuestra diferenciación entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas, tendremos que admitir que el sentimiento de sí depende de manera particularmente estrecha de la libido narcisista. Para ello nos apoyamos en estos dos hechos fundamentales: en las parafrenias aquel aumenta, mientras que en las neurosis de transferencia se rebaja; y en la vida amorosa, el no-ser-amado deprime el sentimiento de sí, mientras que el ser-amado lo realza. (FREUD, S. 1992h, pp. 94, 95)

Podríamos explicarlo como una inversión fallida: el Yo ha invertido su libido en el objeto amado, retirándola de sí mismo, razón por la que, dice Freud, el enamorado es humilde; no obstante, como si aquello fuese un trueque, la libido perdida la recibe a cambio del ser amado, pero cuando dicho objeto se pierde, la libido invertida pierde su destino y no recibe el trueque pretendido. De forma que tiene lugar un empobrecimiento de su libido.

Como posible resultado de lo anterior, es decir, de una pérdida de objeto, la libido busca una nueva inversión y puede encontrarla en el yo: a esto es a lo que Freud llama, al decir de muchos autores, el narcisismo secundario: “*O narcisismo secundário designaria um retorno da libido ao ego após ter investido objetos externos.*” (FERNANDES, 2002, p. 33)

Resumiendo, el interés de la libido en el yo, es importante destacar, es diferente si ocurre cuando como parte del proceso natural, tiene lugar en los primordios de nuestra vida, o si lo hace como un retorno al yo después de superado. En el primer caso recibe el nombre de narcisismo primario, respecto del cual, nada tendríamos ya que agregar, sólo el destaque de que es compartido por todos, en tanto que condición de formación del yo, razón por la cual ya no es entonces, contemplado como una perversión.

En el caso del narcisismo secundario, tampoco encontramos en él una perversión, pero es, al decir de algunos como Garcia Roza o Fernandes, condición de posibilidad de diferentes desórdenes parafrénicos como es la psicosis, o la melancolía.

Respecto de la melancolía, sólo diremos que es un sentimiento de culpa por una hostilidad inconsciente hacia el fallecido, proyectándose tal hostilidad a menudo reprimida, en

el muerto y orientada hacia nosotros, teniendo lugar todas aquellas manifestaciones propias del tabú a los muertos tocadas en la obra Tótem y Tabú.

La melancolía, la hipocondría, así como en general, las parafrenias como lo es la psicosis de Schreber, son resultado de este narcisismo secundario, y, si pensamos en la psicosis de Schreber, no podemos sino mencionar la característica narcísica primaria de la omnipotencia de la ideas, es decir, la creencia infantil de que los propios pensamientos, son por decirlo de alguna manera: mágicos.

He tomado la designación «omnipotencia de los pensamientos» de un hombre de suma inteligencia, que padecía de representaciones obsesivas y que, luego de restablecido por un tratamiento psicoanalítico, pudo dar pruebas también de su solidez y razonabilidad. [...] No acababa de pensar en una persona cuando ya la tenía frente a sí, como si la hubiera conjurado [...] si enviaba a un extraño una maldición, ni siquiera tomada muy en serio, podía esperar que habría de morir pronto, cargándolo con la responsabilidad de su deceso. (FREUD, S. 1991h, p. 89)

Omnipotencia, que estaba presente en la psicosis de Schreber, en las fantasías infantiles y, por último, en sociedades poco civilizadas. En todos estos casos se muestran estadios narcísicos.

Un tercer aporte a esta extensión, legítima según creo, de la teoría de la libido lo proporcionan nuestras observaciones y concepciones sobre la vida anímica de los niños y de los pueblos primitivos. En estos últimos hallamos rasgos que, si se presentasen aislados, podrían imputarse al delirio de grandeza: una sobreestimación del poder de sus deseos y de sus actos psíquicos, la «omnipotencia de los pensamientos», una fe en la virtud ensalmadora de las palabras. (FREUD, S. 1992h, p. 73)

En el sentido que aquí estamos manejando, si bien ni el narcisismo primario ni el secundario son propiamente perversiones, el segundo podría considerarse como negativo en tanto que detonante de desórdenes y en tal sentido, alejado de la normalidad. No es ésta, sin embargo, la opinión que nos muestra Montenegro, para quien el narcisismo en tanto que desarrollo, también se muestra en el camino trazado del narcisismo primario al secundario siendo entonces, el secundario identificado como el “normal”.

Como hemos visto, para algunos el narcisismo secundario era la vuelta al yo después de la frustración de la libido objetal, esta vuelta, en esta concepción podríamos considerarla como sólo aparente: la libido podría no haber conseguido superar la indiferenciación inicial, y permanecer consecuentemente, en la perfección narcísica; las elecciones de objeto serían en tal sentido, demasiado pálidas o incluso inexistentes. De forma que la permanencia en el primario fuera de la etapa que en el desarrollo normal le correspondiera, sería desencadenante de las diversas parafrenias, tal como se muestra en el

caso Schreber, provisto de detalles asociados a la infancia como es el caso de la omnipotencia de las ideas, paralelamente el narcisismo secundario, sería, la sustitución de principios: “*Com a introdução do narcisismo, essa ficção é modificada quanto ao seguinte aspecto: o eu-prazer coincide com o narcisismo primário, enquanto o eu-realidade é o correlato do narcisismo secundário.*”. (MONTENEGRO, M. 2002, p.221) Es decir, el proceso evolutivo normal.

5.4 Estímulos y Pulsiones

Si muchas son las cosas que sufrieron modificaciones o tuvieron ampliaciones de una teoría de las pulsiones a otra, muchas son también las cosas que no lo hicieron, y que los matices que tuvieron luego, fueron relativamente menores. Tal caso es por ejemplo, la distinción entre el término “estímulo” (Reiz), así como su diferencia con el término “pulsión” (Trieb).

Este elemento tiene sin embargo, una dificultad que antes de continuar debemos superar, para lo cual, se impone un pequeño paréntesis: las diferencias en las traducciones.

Mientras algunas ediciones, tal como la Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud en portugués, o la traducción al español a cargo de Luis López Ballesteros y de Torres, traducen *Trieb* como *Instinto*, sea en portugués o en español; otras ediciones, así como comentaristas actuales han preferido el término *Pulsión* (*Pulsão*, en portugués), como es el caso de García Roza, que nos explica el porqué de su elección.

As teorias sobre a sexualidade vigentes à época de Freud tinham por referência básica a noção de instinto, entendido como um padrão fixo de comportamento, herdado, cujo objetivo era a reprodução da espécie. Essa noção vai ser substituída em Freud pelo conceito de pulsão (Trieb) (GARCIA ROZA, 2008, p 30)

Finalmente, tenemos en pulsión, un término más dinámico; y dejamos el concepto, instinto, para los esquemas fijos de comportamiento, presentes en el resto del mundo animal.¹¹

¹¹ Si bien el concepto de Pulsión es el que es más común usar al referirnos a la obra freudiana, y es el que aquí estamos siguiendo; esta no es mi preferencia personal; pero pues mi predilección por el término instinto no tiene criterios de traducción como fundamento, o de fidelidad con la obra freudiana cuya exposición es aquí nuestra intención, he adoptado a mi pesar, este término. Séame permitido, en esta nota, expresar no sólo mi pueril descontento sino la razón de mi predilección: Los seres humanos renegamos de nuestra naturaleza animal por razones de moralidad y “costumbres” como el mismo Freud señala, y mostramos este orgullo y vanidad antropocéntrica en el uso de términos específicos para la esfera de lo humano: boca-hocico; espalda-lomo; pierna-pata. Buscar tal distinción también precisamente en lo que nos acerca a nuestra animalidad, me parece un antropocentrismo en el que los principales afectados somos nosotros mismos, pues al separarnos por un orgullo vano, de la naturaleza de la que formamos parte, nos alejamos de nosotros mismos y cargamos con las

Y ahora, cerrando por fin el paréntesis sobre la elección del término pulsión por encima del de instinto, diremos que tenemos dos términos presentes en la obra freudiana que están presentes, en sus diferentes etapas. Nos referimos a los conceptos *estímulo* (Reiz), y al polémico *pulsión* (Trieb). Términos que si rastreáramos, el primero en aparecer sería el de estímulo, en la obra no publicada en vida de Freud, *Proyecto de Psicología*. Ahí Freud diferencia dos tipos de estímulos: estímulos endógenos e estímulos exógenos.

Los estímulos exógenos son aquellos que provienen del exterior y son captados por nuestros sentidos, mientras que los endógenos son aquellos, como el hambre o el deseo sexual, que provienen de nuestro interior.

Posteriormente, en la obra *Pulsiones y Destinos de Pulsión* (1915), Freud mantiene tal distinción aunque usa el término Pulsión (*Trieb*)¹² en sustitución del de Estímulos Endógenos (*Endogene Reize*), y deja el de Estímulos para los Estímulos Exógenos.

Así, Estímulos y Pulsiones se diferencian primeramente, en su origen: mientras los Estímulos son externos, las Pulsiones son internas.

Respecto de los estímulos, si no son deseados, pues vienen del exterior, basta una serie, a menudo simple, de movimientos musculares, por ejemplo, ante una luz fuerte cerramos los ojos, si acaso es muy intensa, volteamos el rostro, o simplemente nos alejamos del lugar de donde la luz proviene. Lo mismo puede decirse de un ruido o de la generalidad de la información captada por nuestros sentidos, es decir, de los estímulos. Esto recibe el nombre de Fuga de Estímulos.

La historia es sin embargo, bien diferente cuando hablamos de las pulsiones, pues originándose en el interior del organismo, nos obligan a realizar actos bien diferentes para escapar de ellas; no procediendo del mundo exterior, sino del interior del cuerpo, la fuga es ineficaz contra él. Al estímulo pulsional lo denominaremos mejor necesidad, y lo que suprime esta necesidad, es la satisfacción. (FREUD, S. 1992s)

consecuencias de estrés y neurosis propias que derivan del “querer ser mejor de lo que se es”, ello, asumiendo claro, y probablemente de forma errada, las premisas de que la razón es superior a la animalidad y de que en realidad, el ser racional es en realidad nuestra característica definitoria, o bien, nuestra diferencia específica aristotélica.

¹² Sobre el uso del término pulsión (Trieb), es usado abundantemente también en los Tres Ensayos, y en Introducción del Narcisismo; básicamente, en las obras relacionadas con las teorías pulsionales. Pero aún encontramos menciones en otras obras como son la Interpretación de los Sueños, Estudios Sobre la Histeria, o aún el mismo Proyecto; no es entonces un término nuevo, pero como destaca García Roza en Introdução a Metapsicología Freudiana, son usos aún tímidos, todavía no con la investidura de un concepto parte de una teoría. Su relevancia comenzó en los Tres Ensayos, y a partir de ese momento se mantuvo presente y en relevancia creciente, durante toda la obra de Freud.

En virtud de la exactitud, debemos decir que el término, “pulsiones”, todavía recibe de Freud el atributo de “estímulo”, pues sería un “estímulo para lo psíquico”, aunque también afirma que esta definición podría causar confusión, porque hay casos que son provenientes del interior y no por ello deben ser considerados pulsiones como él las entiende. Podríamos presentar contraejemplos como el de la herida de algún órgano interno; en tal caso el resultado podría ser de un estímulo endógeno de manifestación constante, mas no por su origen ni por su dificultad de fuga, podría ser considerado como una pulsión.

5.5 Pulsiones y Destinos de Pulsión

Habiendo aclarado la distinción entre estímulos y pulsiones, es momento de colocar a un lado los estímulos y concentrarnos en las pulsiones.

Y podemos recapitular: Las pulsiones, constantes, no desaparecen; antes son apaciguadas cuando han sido satisfechas. Así, la pulsión concerniente al hambre sólo es atendida de forma exitosa cuando, actuando de acuerdo con sus exigencias, buscamos y consumimos algún alimento, sin embargo, si este ejemplo es claro en lo que se refiere a su fuerza demandante, no es claro el único posible y otros pueden parecer más difíciles de entender, por ejemplo, la pulsión sexual no presenta la misma urgencia. Dicho de otra forma, la libido puede ser, a diferencia del hambre, sometida al mecanismo de la represión.

En realidad ya hemos hablado de este tema: sobre él dijimos que el destaque de las pulsiones del yo fue lo que hizo necesaria la formulación la segunda teoría pulsional, pues en la primera, presentada en los Tres Ensayos, la tilde estuvo siempre en las pulsiones sexuales.

Señalamos también, que la distinción entre las dos clases de pulsiones no era tan simple, pues, con la inclusión de la sexualidad en las pulsiones del yo, ambas clases de pulsiones a menudo se presentaban entrelazadas. Asimismo presentamos ya los conceptos básicos de objeto y objetivo introducidos en los Tres Ensayos, y en esta época, continúan vigentes de forma explícita, en la obra *Pulsiones y Destinos de Pulsión*.

El objetivo o fin último de toda pulsión, según dijimos, es la satisfacción, sin embargo, donde radican la diferencias es en el cómo es conseguida dicha satisfacción. Como veremos adelante, son muchos los caminos que puede seguir una pulsión en la búsqueda de su meta final (satisfacción). Adicional a ello, también es posible pensar en un fin intermedio, en

cuyo caso el fin es descrito como coartado, mas como establecimos arriba, no borrado. Se tiene ahí una satisfacción parcial, no obstante, satisfacción de pulsión.

Tales diferentes desenvolvimientos que pueden tener los destinos, es el núcleo de la obra *Pulsiones y Destinos de Pulsión*: Freud identifica cuatro de ellos:

- 1) Transformación en el contrario
- 2) Orientación a la propia persona
- 3) Represión
- 4) Sublimación

No obstante Freud mencione cuatro destinos posibles, la obra *Pulsiones y Destinos de Pulsión* contiene una explicación sólo de los primeros dos, pues con respecto al tercero, la Represión, declara que ella exige un artículo aparte y en relación con el cuarto, la Sublimación, al parecer Freud ya había escrito un texto que luego fue perdido y no ha llegado a nuestros días. Por otro lado, tenemos el relato biográfico del pintor florentino, Leonardo da Vinci, que es un preclaro ejemplo de la sublimación.

5.5.1 Orientación a la Propia Persona. Evolucionismo

Ya hemos estudiado el narcisismo. De él dijimos que a diferencia de la época previa en que era una perversión donde el propio yo era el objeto sexual del sujeto; en esta época es “condición de posibilidad” de la formación del yo: dicho de otra forma, el narcisismo es condición evolutiva, de una fase primera a otra que le sucede; en términos de la obra “Narcisismo”, el Narcisismo (primario) se corresponde con la fase infantil de la sexualidad.

Como destino pulsional, también tiene, como veremos, un carácter evolutivo; un desenvolvimiento en fases, y así, los dos pares de opuestos que presenta Freud, los presenta especificando sus etapas: del masoquismo, por ejemplo explica que inicialmente consiste en el ejercicio de violencia contra una persona ajena a uno mismo, posteriormente tiene lugar el abandono de dicho objeto y sustitución por el propio sujeto (en esta segunda etapa ya se ha efectuado la transformación del fin activo en fin pasivo). Por último, nuevamente es buscado como objeto, una persona diferente al propio yo, pero dicha persona, como consecuencia de la transformación del fin activo en pasivo, debe asumir ahora el rol de sujeto activo.

El otro par presentado es el de escopofilia-exhibicionismo: Primero el sujeto se place en la contemplación del propio órgano sexual, posteriormente la libido abandona el propio sujeto y busca un objeto ajeno para contemplarlo (escopofilia activa) y por último, uno mismo es contemplado por una otra persona.

Pero muy lejos de presentarnos solamente un modelo de parejas de opuestos en relación con el objeto (Sujeto-Objeto Externo) o con el fin (activo-pasivo) de la pulsión, Freud, profundiza en el esquema evolutivo de la pulsión.

Podemos descomponer toda vida pulsional en oleadas singulares, separadas en el tiempo, y homogéneas dentro de la unidad de tiempo (cualquiera que sea esta), las cuales se comportan entre sí como erupciones sucesivas de lava. Entonces podemos imaginar que la primera erupción de lava, la más originaria, prosigue inmutable y no experimenta desarrollo alguno. La oleada siguiente está expuesta desde el comienzo a una alteración, por ejemplo la vuelta a la pasividad, y se agrega con este nuevo carácter a la anterior, etc. [...]

El hecho de que en esa época más tardía del desarrollo pueda observarse, junto a una moción pulsional, su opuesto (pasivo), merece ser destacado mediante el certero nombre introducido por Bleuler: ambivalencia. (FREUD, S. 1992s, p 126)

Cuando Freud explica que varía mucho la amplitud de la ambivalencia en las pulsiones de diferentes individuos, grupos humanos o razas, ingresa Freud en un tema que supera la esfera individual y aborda la social.

Posteriormente enfatiza en que la vida de pulsional en épocas primitivas fue mucho mayor de lo que fue en su época, e identifica los casos de amplia ambivalencia, como casos de herencia arcaica. Aquí, nos presenta una visión evolutiva a escala no individual sino social de las pulsiones, visión que ya tendremos posterior ocasión de retomar.

5.5.2 Transformación en lo Contrario

Dice Freud, que hay sólo un caso de este tipo de destino pulsional, pero tal caso adquiere gran importancia en nuestra exposición, pues es en sí mismo, un ejemplo más de la sexualización del yo, que fue, en primer lugar, la razón misma de la distinción de la presente como una nueva teoría pulsional: tal caso es de los opuestos: amor – odio.

En realidad, el amor es susceptible, matiza Freud, de tres opuestos; amar-ser amado, amor-odio y por último, amor (u odio) – indiferencia, pero es el que hemos mencionado primero el que es asunto de nuestro máximo interés: amor – odio.

La razón de ello es porque, no obstante la íntima conexión entre el amor y la vida sexual, Freud expresa su recelo de considerar al amor como una relación entre el sujeto y el

objeto, es decir, no es la libido la que impera en esta relación, sino el propio Yo, pues no es la libido la que ama a una persona, sino un individuo en su completud: un “Yo”.

Freud llega inclusive a afirmar que *“Y aun puede afirmarse que los genuinos modelos de la relación de odio no provienen de la vida sexual, sino de la lucha del yo por conservarse y afirmarse.”* (FREUD, S. 1992s, p. 132)

5.5.3 Satisfacción Directa: La posibilidad imposible

Como dijimos líneas arriba, Freud no hizo más que mencionar los destinos pulsionales de la Represión y la Sublimación, pues juzgó que por su importancia eran tema de artículos independientes; no obstante, pues el tema de nuestra tesis no es el de hacer comentarios al ensayo Pulsiones y Destinos de Pulsión, sino Las diferentes teorías pulsionales en su relación con la conformación de la sociedad, abordaremos tales destinos a la luz de otras obras; pero de momento, pues somos forzados por lo previo a buscar otros textos para apoyarnos, séannos permitido presentar, antes de ellos, un destino lógicamente posible: pues ahí donde algo tiende a algo, como la pulsión tiende a su satisfacción, existen dos disyuntos posibles: su consecución o su no-consecución.

Adicional, si bien hemos dicho que son cuatro los posibles destinos de las pulsiones, bien podría ser hecha una agrupación de todos, los que hemos visto ya y los que nos falta por analizar, en uno solo: censura. Es por causa de la censura que las pulsiones encuentran sólo estos medios de satisfacción y no una satisfacción directa, como podríamos imaginar que conseguirían todas aquellas pulsiones que siendo asequibles, no apuntaran a un afecto considerado por la cultura como un vicio. Sin embargo, debido a que la cultura es muy restrictiva “todas aquellas” serían en realidad, muy pocas; de hecho, pues la cultura es aún más restrictiva de lo que nos podemos imaginar, “todas aquellas” se reduce, a ninguna, pues la cultura no sólo restringe las pulsiones, sino que les proporciona sus medios de satisfacción. La pulsión, concepto fronterizo entre lo psíquico y lo biológico, tiene en la civilización, su nido o cuna, esto es, cuando se manifiesta, lo hace ya siguiendo una herencia biológica. En otras palabras, toda pulsión es acompañada indefectiblemente por la censura, tal si como aquella fuese un ropaje que no pudiera quitarse. En conclusión, inclusive en aquella época “dorada” (no hablo de época en un sentido histórico sino individual) donde la cultura se había desenvuelto menos; en una época regida por el Principio de Placer, la satisfacción no es mencionada por Freud como una posibilidad, y sólo podemos inferirla a partir de otros textos, probablemente se dirá, forzando el argumento de Freud.

En el comienzo de su vida, cada persona vive bajo la “legislación” de una estructura llamada “Principio de Placer”, según el cual, el eje de nuestra vida es la búsqueda de placer y la fuga de todo dolor. Principio que, en la época pre-psicoanalítica nos llevó a placeres alucinatorios haciendo necesaria en tal época un posterior criterio de identificación entre realidad y fantasía.

El primero, cuando en el estado de deseo inviste de nuevo el objeto-recuerdo y entonces decreta la descarga, no obstante que la satisfacción por fuerza faltará, porque el objeto no tiene presencia real sino sólo en una representación-fantasía. Al principio ψ no es capaz de establecer ese distingio, pues sólo puede trabajar siguiendo la secuencia de estados análogos entre sus neuronas. Por eso precisa un criterio que provenga de otra parte para distinguir entre percepción y representación. (FREUD, S. 1992q, p. 370)

Posteriormente encontramos una reformulación en la obra “*Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*” (1911), esto es, cuatro años antes de la obra que ahora analizamos.

Allí Freud lo presenta como el Principio más antiguo, como residuos de una fase de desarrollo en que era el único tipo de proceso mental, dando lugar a nuestra hipótesis sobre la posibilidad de una satisfacción directa. Pues siendo el único tipo de proceso mental, las exigencias de las pulsiones no tendrían límite, a no ser, claro, la realidad, también presente desde el comienzo, (no obstante el examen sobre la realidad aun estuviera en proceso de desarrollo) y aún pudiendo el hambre ser apaciguada con el chupar del dedo, en virtud de la forma alucinatoria del Principio de Placer, ciertamente aquello no podría ser una cosa que pudiera continuar por un tiempo prolongado. El hambre, puede no depender de la cultura sino de procesos internos, empero, el modo que elegimos para lidiar con ella, ya es normado por la civilización; que en el caso particular de este ejemplo, y siguiendo también una herencia biológica, está de origen, ligado con una función caníbal: es claro, que en ese sentido, aún una pulsión tan demandante como lo es la del comer, es sometida a la frustración, haciendo que la satisfacción directa no sea más que una posibilidad teórica.

Resumidamente, si entendemos a la censura no sólo como el impedimento de algunas prácticas sino como la sugestión e imposición de otras, ella habría de ser tan antigua como el Principio de Placer, y derivado de ello podemos decir, que toda pulsión está siempre acompañada de procesos de censura y encauzamiento.

La Censura y el Principio de Realidad, o este sirviéndose de aquella, acompañan al Principio de Placer, convirtiendo a la satisfacción directa en una posibilidad imposible.

Cabe destacar que el Principio de Placer y el de Realidad son de hecho, un único principio en diferentes fases, o dicho de otra forma, el Principio de Realidad es un Principio de Placer que ha entendido y se ha resignado a no intentar la satisfacción directa de las pulsiones. El Principio de Realidad, es el del Placer en que fue instilada la prudencia como resultado de sus continuas frustraciones.

Hemos señalado que el Principio de Realidad comienza su labor desde muy temprano, sin embargo sería conveniente señalar que no es un proceso con un principio y fin determinado específico, por el contrario, se trata de un proceso largo que de hecho, nunca termina.

El relevo del principio de placer por el principio de realidad, con las consecuencias psíquicas que de él se siguen y que en esta exposición esquemática hemos condensado en un único párrafo, en verdad no se cumple de una sola vez ni simultáneamente en toda la línea. Pues mientras este desarrollo se cumple en las pulsiones yoicas, las pulsiones sexuales se desasen de él de manera muy sustantiva. (FREUD, S. 1991b, p. 227)

5.5.4 La Represión

La Represión es el tercer destino mencionado en la obra *Pulsiones y Destinos de Pulsión*. Es abordado en un artículo independiente intitulado: *La Represión*.

El problema que este destino nos presenta es la comunión con temas cuyo ingreso nos alejará de nuestro tema central que es el de las pulsiones, y sin embargo, pues seguimos a García Roza, cuando habla de otros tres destinos pulsionales diferentes a los aquí propuestos, y pues para su exposición es preciso tener claro que la diferencia entre pulsión y representación de pulsión, y con esto, sobre lo que es o no susceptible de conciencia, deberemos aunque sea someramente tocar también el ensayo titulado *Lo inconsciente*.

5.5.4.1 Lo inconsciente

El término de lo inconsciente es usado por Freud en dos sentidos diferentes: el primero de ellos es como adjetivo para describir características de las ideas, y el segundo, como sustantivo, para hablar del aparato psíquico. Esto es entonces, una diferencia importante entre las épocas prepsicoanalítica, y aquella inaugurada con la *Interpretación de los Sueños*.

Posteriormente, aún habiendo ingresado ya a la época psicoanalítica, encontramos dos sentidos del término. Que son el descriptivo y el dinámico. El sentido descriptivo del término corresponde al adjetivo: enuncia de las ideas su lejanía respecto de la conciencia. El sentido dinámico, nos indica no sólo su lejanía, sino su ocultación. Esto es, algunas ideas

están distantes de la conciencia tan sólo porque otras nuevas ideas ocupan su atención, desplazando a las primeras, pues claramente, la conciencia no podría mantener su atención en todo lo que percibimos, durante todo el tiempo: nos enfocamos en unas cosas, y otras pierden nuestra atención y sin mayor dificultad podrían devenir nuevamente conscientes; pero algunas otras ideas, aquellas no sólo lejanas sino ocultas, no pueden devenir conscientes sin la ayuda del psicoanalista.

Una vez establecida la diferenciación entre inconsciente en sentido dinámico y descriptivo, Freud estipula que a lo inconsciente que lo es sólo en sentido descriptivo le llamará pre-consciente, pues son ideas que sin mayor trabajo podrían devenir conscientes, mientras que reserva el nombre de “reprimido” para lo inconsciente en sentido dinámico.

Las ideas inconscientes en sentido dinámico, o bien, reprimidas, son aquellas expresiones verbales de pulsiones a las que la censura ha considerado necesario esconder de la conciencia por razones morales, ideas de pulsiones que ocultadas de la conciencia, son también, alejadas de la respuesta motriz mas no por ello, de la determinación de nuestros actos, entendido ello pasiva o activamente.

No obstante hayamos dicho que las ideas inconscientes son expresiones verbales, cabe destacar, pues la confusión es común, que las pulsiones no pueden ser inconscientes como tampoco pueden ser conscientes, esto es, la conciencia no es un atributo de las pulsiones; y así como las pulsiones no, las emociones tampoco son materia de conciencia.

Opino, en verdad, que la oposición entre conciente e inconciente carece de toda pertinencia respecto de la pulsión. Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la conciencia; sólo puede serlo la representación que es su representante.

[...]

no hay por tanto afectos inconcientes como hay representaciones inconcientes. Pero dentro del sistema Icc muy bien puede haber formaciones inconcientes. Pero dentro del sistema Ice muy bien puede haber formaciones de afecto que, al igual que otras, devengan conciencias. Toda la diferencia estriba en que las representaciones son investiduras —en el fondo, de huellas mnémicas—, mientras que los afectos y sentimientos corresponden a procesos de descarga cuyas exteriorizaciones últimas se perciben como sensaciones. (FREUD, S. 1992g, pp. 173, 174)

En “*Pulsiones y destinos de Pulsión*” (1915), Freud describe las pulsiones como impulsos orientados a una acción, y en ese sentido, tienen las características que hemos mencionado de objeto y objetivo, y podemos agregar, aquellas otras de perentoriedad que es la suma de fuerza o cantidad de trabajo exigida; y de fuente, característica que realmente explica poco. Podemos quizá, entenderlo así: la pulsión sexual nos impele al coito, y en el

impulso radica la pulsión pero el coito mismo no es la pulsión; no es sino el proceso mediante el cual se satisface la pulsión, o bien, es su objetivo. De igual forma que el llanto no es la emoción sino la descarga de la misma.

Las representaciones verbales de las pulsiones es lo que es materia de conciencia o inconsciencia; esto es, el conocimiento que tenemos de ellas, expresándolo en palabras del mismo Freud.

La representación conciente abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra, y la inconciente es la representación-cosa sola. [...] Ahora podemos formular de manera precisa eso que la represión, en las neurosis de transferencia, rehúsa a la representación rechazada: la traducción en palabras, que debieran permanecer enlazadas con el objeto. (FREUD, S. 1992g, p.198)

Tal es el mecanismo de la represión: la ruptura de la liga entre la pulsión y su representación lingüística, ello, en las neurosis de transferencia, así como en las de Conversión, razón por la cual, la expresión verbal del conflicto desencadenante de la histeria reviste, en la cura de tal desorden, tanta importancia. Por otro lado, la negación de las palabras no sólo recae en la idea así reprimida, sino en ideas asociadas, formándose de esta manera, una muralla que dificulta el camino a lo reprimido; tanto mayor cuanto más exitosa es la represión.

5.5.4.2 *Destinos Pulsionales adicionales*

García Roza destaca las dos diferentes posibles representaciones de las pulsiones, las verbales que como hemos dicho, es lo que propiamente es materia del par de opuestos conciencia-inconsciencia; y los afectos, que no son materia de conciencia.

Destaca también, no obstante aquí no lo seguimos, que los cuatro destinos presentados se enfocan en las pulsiones sexuales, y no lo seguimos porque como hemos planteado arriba, el destino de Transformación en lo Contrario parece tener más que ver con las pulsiones de autoconservación que con las sexuales (si bien una liga entre ambas sea innegable); pero la observación más importante es que los destinos de los que Freud está tratando, en su obra son los que sufren las representaciones verbales de las pulsiones y no los afectivos, esto es, las otras representaciones de las pulsiones.

La observación clínica nos constriñe a descomponer lo que hasta aquí concebimos como unitario, pues nos muestra que junto a la representación (Vorstellung) interviene algo diverso, algo que representa [rãpresentieren] a la pulsión y puede experimentar un destino de represión totalmente diferente del de la representación. Para este otro elemento de la agencia representante psíquica ha adquirido carta de ciudadanía el nombre de monto de afecto; corresponde a la pulsión en la medida en

que esta se ha desasido de la representación y ha encontrado una expresión proporcionada a su cantidad en procesos que devienen registrables para la sensación como afectos. (FREUD, S. 1992t, p 147)

En su obra, “*La Represión*” (1915), Freud agrega tres destinos pulsionales a los cuatro planteados previamente:

5) Transformación de Afecto

6) Deslocamiento de Afecto

7) Troca de Afecto

En realidad, pues estos tres destinos pulsionales pueden ser subsumidos en el de represión, podría mantenerse el anterior número cuatro como el de los destinos posibles, y estos tres, así como el destino que sufren las representaciones verbales de las pulsiones, corresponderían, todos ellos, al destino de la Represión.

García Roza destaca que los tres destinos pulsionales adicionales no son en realidad nuevos en lo que se refiere a su teoría pulsional, sino que, muy por el contrario fueron mencionados aún durante la época prepsicoanalítica, en una carta a Wilhelm Fliess datada en el año de 1894, donde además, asocia la Transformación de Afecto con la Histeria de Conversión, el Deslocamiento de Afecto con las ideas obsesivas y la Troca de Afecto con la melancolía.

De esta manera, la represión, como destino pulsional, incluye por un lado la no traducción en palabras de las representaciones verbales de las pulsiones, y también, desórdenes histéricos y neuróticos, dando continuidad a aquella postura de la primera teoría de las pulsiones donde dice: “*La neurosis es, por así decir, el negativo de la perversión*” (FREUD, S. 1992w, p. 150), o donde dice: “*Los síntomas son la práctica sexual de los enfermos.*” (FREUD, S. 1992w, p. 148) Para explicitarlo más aún, ahora con nuestras palabras, de pulsiones sexuales que son reprimidas por razones morales, se derivan trastornos neuróticos e histéricos. Esa idea de entonces, continúa presente.

Es nuestro parecer que las dos teorías principales de la obra freudiana son la de las pulsiones que es tema de nuestra disertación, y la del inconsciente, debido a lo cual, tocan probablemente, toda la obra freudiana y podrían servir como un hilo conductor en una exposición general de la obra, en lo que respecta a la teoría que aquí nos interesa, a saber, la

de las pulsiones, hagamos un recorrido sobre lo que hasta ahora hemos visto y también, sobre lo que podríamos ver.

Hemos mencionado de la teoría de las pulsiones, su división más marcada en un comienzo, en pulsiones sexuales y pulsiones de yo o de autoconservación; cuando hemos presentado cuáles son los destinos posibles hemos debido tocar otro tema clave en la obra freudiana: la represión, presentada como uno de los cuatro destinos, y pues ella es el mecanismo mediante el cual las ideas son llevadas de la consciencia al inconsciente, hemos debido tocar también este tema; lo hemos hecho brevemente en aras de no desviarnos del tema original.

Y ahora, ante la identificación de los destinos pulsionales de las pulsiones, que no son sino los afectos separados de los representantes ideáticos de las pulsiones, y que sufren, también, destinos específicos, nos enfrentamos ahora con una nueva ligación: los desórdenes histéricos y neuróticos, ello porque el primero de los tres destinos adicionales se relaciona con la histeria, así como el segundo con la neurosis obsesiva y el tercero con la melancolía, es decir, en algún sentido con desórdenes parafrénicos. Tenemos por ello, en la teoría de las pulsiones un abordaje idóneo para la obra freudiana, mismo que como hemos dicho, por cuestiones de espacio no haremos más que mencionar muy brevemente.

Sobre la Histeria ya hemos tenido la oportunidad de decir algo y ahora podríamos agregar que Freud distingue dos tipos de histeria: de conversión y de angustia, siendo precisamente la última de las dos, cuyo nombre más común es el de “fobias”, la que toma como ejemplo en su artículo sobre la represión, y así, nos presenta el mecanismo con el que son reprimidas no sólo las ideas traumáticas, sino también, ideas asociadas a ellas, aumentando de esta forma, una muralla que sirve de protección y oculta lo máximo posible aquello que ha sido reprimido, y es necesaria esta protección, porque lo que es reprimido mantiene una constante tendencia a salir a la consciencia. Paralelamente la censura mantiene la tendencia opuesta, dicho de otra forma, el trabajo de la represión no es uno con un término específico, sino que se mantiene constante.

De particular interés es la Neurosis Obsesiva, pues los síntomas que la caracterizan es la expresión máxima de la ambivalencia, esto es, expresan tanto el deseo, como la oposición a él; o mejor aún, no sólo lo expresan, sino que la expresión misma es una forma simbólica de satisfacción de aquello que fue reprimido.

Arriba hemos comentado: “lo que las pulsiones exigen, consiguen” y hemos agregado que en realidad la “fuerza” de la frase era demasiada, pues muchas veces, si no la mayoría, lo que exigen, está prohibido por la moral y en consecuencia, en el camino de su búsqueda, las pulsiones son reprimidas. Pero lo que ellas exigen, consiguen, aunque ello sea de un modo simbólico. Los sueños son, según Freud, una realización de deseos, y los síntomas los son también, aunque unos y otros se enfrentan a una censura que elabora, en un proceso secundario un “lenguaje de expresión” para unos y otros: sueños y síntomas.

Lo que las pulsiones exigen lo consiguen o bien, enfermamos y en los síntomas de la enfermedad, las demandas son cumplidas. (además de hacerlo de forma constante durante los sueños).

5.5.5 La Sublimación

Finalmente, el cuarto y último destino pulsional es el de la sublimación, sólo mencionado en la obra *Pulsión y destinos de Pulsión*, aparentemente, porque ya había escrito un ensayo sobre él, mismo que lastimosamente, no ha llegado a nuestros días.

Tenemos sin embargo, algunos esbozos sobre él en la obra “Introducción del Narcisismo” (1914) así, como un ejemplo en el ensayo biográfico sobre Leonardo da Vinci, siendo tales obras donde más encontramos del tema, no queda más que remitirnos a ellas, y en el caso de *Introducción del Narcisismo*, al hacerlo, regresaremos también al tema que recién hemos terminado: la Represión.

Dice Freud que la represión parte del yo, pero específica, lo hace de la estimación del yo, esto es del tipo de amor del yo que ama lo que una podría ser, esto es de la idealización del yo, y aquí Freud alerta (1992L, p. 91): “*La formación de un ideal del yo se confunde a menudo, en detrimento de la comprensión, con la sublimación de la pulsión.*”. La diferencia es que mientras la sublimación es un destino de pulsión la idealización del yo, es algo que ocurre con el yo en tanto que objeto.

La sublimación es, en términos simples la orientación hacia un fin diferente, apartado de la satisfacción sexual, mientras que la idealización del objeto, es su sobreestimación.

El yo-ideal, en tanto que destino de objeto, podemos entenderlo como la institución de la conciencia moral; una encarnación primero de la autoridad paterna y ulteriormente, de la autoridad de la sociedad.

5.5.5.1 *Leonardo da Vinci*

Sin abundar mucho en la biografía de Leonardo da Vinci, lo primero a destacar es la fecha de su publicación, 1910, es decir, cinco años anterior a *Pulsiones y Destinos de Pulsión y Sobre el Narcisismo*, y cinco años posterior a *Tres Ensayos sobre Teoría Sexual*, razón por la cual, no sin problema la integramos a una u otra de las teorías pulsionales.

Hecha tal aclaración, Freud deja al pintor florentino, narrar un sueño suyo:

Parece que ya de antes me estaba destinado ocuparme tanto del buitre, pues me acude, como un tempranísimo recuerdo, que estando yo todavía en la cuna un buitre descendió sobre mí, me abrió la boca con su cola y golpeó muchas veces con esa cola suya contra mis labios. (FREUD, S. 1992x, p. 77)

Después de análisis, se concluye que la cola representa tanto un órgano sexual masculino, como el pezón materno; es decir, es un sueño de realización de un deseo homosexual, a partir de la figura materna, lo que lleva a Freud a decir que su homosexualidad era más de actitud emocional, que de acción propiamente dicha; no obstante, lo que aquí tiene importancia más allá de la forma de la homosexualidad del florentino, es que con tal sueño de naturaleza sexual, Freud explica su posterior interés en el vuelo de las aves, y aún cuando en aquella obra no lo explicita, no deja de tener interés que el volar en simbología onírica es tener relaciones sexuales; simbología que si bien es uno de los procesos de elaboración de sueño, no es exclusivamente onírica, sino propia del inconsciente, y en este sentido, también de los síntomas neuróticos o aún (igualmente nunca explicitado) de los chistes, de todo aquello que provenga del inconsciente.

Profundizando un poco en la historia del pintor renacentista, Freud explica que la ausencia de su padre la reprodujo él, en su vida, y proyectando a su padre en sí mismo, él también fue indolente con sus creaciones a las que abandonaba, razón por la cual, dejaba obras inconclusas y manifestaba intereses científicos inconstantes. Intereses cognitivos que fueron, además la continuación, no interrumpida por la figura paterna, de sus investigaciones sexuales infantiles.

En la biografía que Freud hace de Leonardo da Vinci, encontramos la posibilidad en ningún otro texto mencionada, de la fijación en la fase de latencia, así, si una fijación en la

fase anal, tenía como resultado una neurosis obsesiva, y de una en la fálica se derivaba la histeria, así una fijación, mucho menos común, en la fase de latencia, cuando el período sexual parece dormido, parece un desenvolvimiento de tipo intelectual. La ciencia en este sentido es, de algún modo, consecuencia de la frustración tanto como la histeria y la neurosis obsesiva.

A la par que la vida sexual del niño alcanza su primer florecimiento, entre los tres y los cinco años, se inicia en él también aquella actividad que se adscribe a la pulsión de saber o de investigar. La pulsión de saber no puede computarse entre los componentes pulsionales elementales ni subordinarse de manera exclusiva a la sexualidad. Su acción corresponde, por una parte, a una manera sublimada del apoderamiento, y, por la otra, trabaja con la energía de la pulsión de ver empero, sus vínculos con la vida sexual tienen particular importancia, pues por los psicoanálisis hemos averiguado que la pulsión de saber de los niños recae, en forma insospechadamente precoz y con inesperada intensidad, sobre los problemas sexuales, y aun quizás es despertada por estos. (FREUD, S. 1992w, pp 176, 177)

El objeto ha mudado: ha dejado de ser sexual no obstante su origen lo sea. Contrariamente al hecho de una persona tornarse histérica u obsesiva consigue usar la libido y canalizarla para una actividad en beneficio de la humanidad sea ésta la ciencia, o bien, el arte.

6 LA TERCERA TEORÍA DE LAS PULSIONES

El corazón del tratamiento psicoanalítico, o su avenida principal era según Freud, la Interpretación de los sueños, pues tal era el mejor camino para llegar al inconsciente¹³. Los sueños tenían por objetivo la realización de deseos, aquello para disminuir las tensiones generadas durante del día, y evitar que dificultasen el descanso. Durante mucho tiempo tanto antes como después de la publicación en 1900 de *La Interpretación de los Sueños*, el padre de psicoanálisis estuvo enfocado en la tarea interpretativa de gran cantidad de sueños, y según relata, nunca encontró uno que negara su teoría, hasta los tiempos de la Primera Guerra Mundial.

En dicha época Freud encontró en los soldados, sueños que contradecían su postura; ellos habían tenido como es imaginable, experiencias traumáticas y en sus sueños revivían los duros acontecimientos. Aquello, más que una realización de deseos, parecía ser expresión del miedo; de modo que la función que Freud atribuía a los sueños, la de, por medio de la realización de deseos, funcionar como una válvula de escape al excedente de libido, había dejado de parecer satisfactoria. De igual forma, su postura relativa a las neurosis, como una lucha entre las pulsiones sexuales y el yo, que limitaba su satisfacción, se encontró en la necesidad de un cambio, y es que la Neurosis de Guerra tenía en su conjunto, otra dinámica.

Aquellas dificultades, así como el acercamiento que a partir de la teoría pulsional anterior habían tenido las sexuales con las de la autoconservación, derivó en su ulterior fusión bajo el nombre de *Pulsión de Vida* y necesidad de una nueva clase de pulsiones que explicando la guerra, completara la mancuerna: la *Pulsión de Muerte*.

6.1 Repetición

Si según la leyenda Arquímedes se sumergió en una bañera con agua, y aquellos despertó una de sus teorías lo que le hizo gritar “Eureka”; así también Freud elaboró su nueva teoría en un momento en que propiamente no lo buscaba: miraba él, apaciblemente, a un niño jugando.

El niño tenía un carretel de madera atado con un piolín. No se le ocurrió, por ejemplo, arrastrarlo tras sí por el piso para jugar al carrito, sino que. con gran

¹³ Es importante liberarnos de una confusión común en la idea popular que se tiene sobre Freud y el psicoanálisis: Los sueños no son el inconsciente. Si hago una aclaración que es por demás obvia entre conocedores de Freud, es porque no sólo escribo para una comunidad versada sino también para una que no lo está.

destreza arrojaba el carretel, al que sostenía por el piolín, tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo «o-o-o-o», y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carrete] de la cuna, saludando ahora su aparición con' un amistoso «Da» {acá está}. Ese era, pues, el juego completo, el de desaparecer y volver. [...] La interpretación del juego resultó entonces obvia. Se entramaba con el gran logro cultural del niño: su renuncia pulsional (renuncia a la satisfacción pulsional) de admitir sin protestas la partida de la madre. (FREUD, S. 1992j, p. 15)

Freud no podía suponer, que el juego infantil, representara tan sólo la renuncia a la madre. Que ella se fuese dejándolo solo: tal fue la bañera.

El Eureka de esta última teoría pulsional fue la percepción de que el niño adoptaba respecto de la partida de su madre, una posición activa, pues era él quien la arrojaba fuera, y él también que la traía de vuelta jalando el cordel. Fue entonces que reflexionó Freud: esto que sucedía con el infante, era también la causa detrás de los sueños de los soldados: una repetición en que se adopta un papel activo en una intención de control.

Así como el niño aventaba el juguete repetidamente sin soltar nunca la cuerda con la que lo traía de vuelta, controlando de esta forma tanto su partida como su regreso, así también los soldados mostraban una compulsión a la repetición, y, con base en sus observaciones, Freud concluyó que tal compulsión era una intento de eliminar el trauma en virtud de la adquisición de un control obtenido mediante su repetición, podemos entenderlo quizá más fácil, como un juego de video: La repetición continua de un nivel o escenario, nos proporciona los elementos para aprender y llegar el punto en que tal evento, deje de ser difícil. El trauma se diluye cuando se torna conocido, o bien, “zona de comfort”.

Por otro lado, la repetición es, según el psicoanalista austriaco, más elemental en el comportamiento humano, inclusive que el Principio de Placer, y puede ser observado tanto en los sueños traumáticos como en los juegos infantiles, y un tercer ejemplo proporcionado por Sigmund Freud, es el de padrón de conducta, en virtud del cual es muy común observar que las personas vivimos ciclos: es el caso por ejemplo, del empleado que comienza un trabajo y al cabo de unos meses, tiene algún problema con el patrón, renuncia y busca un nuevo empleo, que tendrá idéntico final; el hombre que sufre de traición por parte de uno de sus amigos, luego de otro, otro y otro más, a menudo, a veces sin llegar a percatarse de ello, o a veces sintiéndolo como un cruel juego del destino.

Relaciones laborales, emocionales, etc., todo sigue patrones específicos, incluso, detalles tan sencillos como los lugares por los cuales caminamos cuando nos dirigimos a un lugar habitual, los lugares que ocupamos en una sala de aulas o el sillón frente al televisor.

Por otro lado, no es la primera vez que Freud habla de la repetición en los actos, lo había hecho ya desde una obra tan primera como es *Psicopatología de la Vida Cotidiana*, manifestando una sospecha en contra de las “casualidades”.

Por supuesto, la época es otra y el contexto también, pero la sospecha continúa; aunque ella no se deba ya al “sentido oculto de nuestros deseos” sino que ahora es explicada como resultado de algo aún más básico: la compulsión a la repetición. Cabría sin embargo preguntar si las dos sospechas podrían mantenerse, esto es, si forzado a hacerlo, volvería Freud a explicar los olvidos repetidos, como lo hizo en 1901, si lo haría con el enfoque de esta nueva teoría inaugurada con *“Más allá del principio del placer”* (1920), o aún una tercera opción: si podría una explicación sobre la repetición estar subsumida en otra.

6.2 La comprensión de las pulsiones de vida y muerte

En *“Más allá del Principio del Placer”* (1920), Freud presenta un aparato de cuya existencia, de hecho, alberga dudas o peor aún, es más proclive a negar que a afirmar su existencia: *“Podría preguntárseme si yo mismo estoy convencido de las hipótesis desarrolladas aquí, y hasta dónde lo estoy. Mi respuesta sería: ni yo mismo estoy convencido, ni pido a los demás que crean en ellas.”* (FREUD, S. 1992j p. 57)

Ello claro, nos sorprende y genera en nosotros también una duda, pero más que sobre la existencia del aparato, (del que, en términos físico o anatómicos, no creemos) sobre la razón que tuvo Freud para proponerlo, pues si no es, ni siquiera una teoría probable, sino por el contrario, improbable y no tiene la intención de persuadir a nadie sobre su existencia, ¿cuál es entonces el motivo de su presentación?

Dicha descripción anatómica de la consciencia, da o pareciera dar continuidad a su obra prepsicoanalítica Proyecto para una Psicología, pues si bien el núcleo de aquella obra son las neuronas, término no retomado en ésta, en ambas pareciera estar presente la intención de proporcionar un aparato físico y no sólo una abstracción mental. Aunque claro, como planteamos ya, más que la presencia o ausencia del término neuronas: la principal diferencia entre uno y otro aparato es, la actitud del autor respecto de él. La creencia o no de su existencia.

Comparando uno y otro, aparato, diremos del primero:

En Proyecto de una Psicología, el psicoanalista austriaco presenta una explicación de la memoria valiéndose para ello de dos tipos diferentes de neuronas envueltas en aquella tarea. Mientras unas se liberan de su carga y están siempre listos para la recepción de nuevos estímulos (son permeables), otras conservan su carga en barreras de contacto (son impermeables). La memoria es la conexión presente entre las barreras de dichas neuronas.

...y del segundo

No hacemos sino apoyarnos en las impresiones que nos brinda nuestra experiencia psicoanalítica si adoptamos la hipótesis de que todos los procesos excitatorios de los otros sistemas les dejan como secuela huellas permanentes que son la base de la memoria. (FREUD, S. 1992j, pp. 24, 25)

Freud aquí se ocupa no sólo de la memoria, de la que dice que es más fuerte cuando es inconsciente que cuando consciente. Se ocupa también de las percepciones a las que presenta como si fuese una batalla entre fuerzas opuestas: por un lado los estímulos y por otro, un escudo que los evita. Tal escudo nace como una vesícula viva, cuya parte más externa, habiendo sido víctima de un impacto incesante de estímulos deviene finalmente una costra que evita que los estímulos pasen con su fuerza o intensidad original; es decir, el papel de dicha costra es el de disminuir la fuerza de los estímulos cuidando la salud del aparato perceptivo.

Posteriormente Freud presenta una “historia filogenética”

En el caso de los organismos superiores, hace ya tiempo que el estrato cortical receptor de estímulos de la antigua vesícula se internó en lo profundo del cuerpo, pero partes de él se dejaron atrás, en la superficie, inmediatamente debajo de la protección general antiestímulo. Nos referimos a los órganos sensoriales, que en lo esencial contienen dispositivos destinados a recibir acciones estimuladoras específicas, pero, además, particulares mecanismos preventivos para la ulterior protección contra volúmenes hipergrandes de estímulos y el apartamiento de variedades inadecuadas de estos. (FREUD, S. 1992j, p 27)

Esta vesícula también recibe influencia de los estímulos internos, aunque no tiene costra alguna que le permita disminuir su fuerza.

Ahora podemos entender las Neurosis de Guerra: no son como otras neurosis ocasionadas por la frustración de la libido, sino por un estímulo demasiado grande cuya fuerza no fue lo suficientemente disminuida por el escudo idóneo: el aparato entonces queda hecho un tumulto y los sueños son, como en la época anterior, también una válvula de escape, válvula que sin embargo funciona diferente: no mediante la realización de deseos, sino mediante la repetición, en un intento por controlar y regresar el aparato a su condición original. Esto que puede decirse de los sueños en lo particular, podría decirse de las Neurosis

de Guerra en general: repetición para obtener control, para regresar al status que antecedió al trauma.

Pero retomando nuestra duda, Freud reconoce que lo que está presentando es tan sólo una hipótesis; lo que extraña verdaderamente, es que dice que él mismo no está muy convencido y no pretende convencer a nadie; ¿Cuál es entonces su motivo para presentarlo? Tal es nuestra duda al respecto y no por supuesto la falsedad o veracidad del mismo, que en nuestros días no sería otra cosa que una anatomía ficticia.

Estamos ahora, nosotros también, en el terreno de las hipótesis, aunque claro, no como Freud, proponiendo posturas de las que no tengamos, al menos, una confianza superior a la mitad, una confianza que entonces, torne nuestra opinión, a nuestro juicio, en probable.

Nuestra respuesta es que para Freud dicho aparato es un esquema, una alegoría, una hipótesis que funge como condición de posibilidad.

Aparato que le permite: 1) recuperar viejas posturas en este nuevo enfoque y 2) presentar nuevas posturas, particularmente una que explique las neurosis de guerra en un modelo gráfico, situación a la que a juzgar por obras anteriores, Freud era proclive. Tal posibilidad, que el aparato es una hipótesis utilitaria, es reforzada cuando presenta la historia filogenética del aparato.

Si estamos frente a un aparato de cuya existencia se tienen dudas, podríamos imaginar alguna ambigüedad en su presentación, y Freud, muy distante de aquello, presenta una descripción detallada. Y detallada lo suficiente para hablar inclusive de fases evolutivas previas del aparato. Ahí vemos dos cosas: la conocida admiración por Charles Darwin, del que dijera que había asestado el segundo golpe al orgullo humano al proponer su teoría de la Evolución de las Especies¹⁴ y, más importante, la existencia de dicho aparato nos conecta con una visión de las pulsiones mucho más comprensiva.

Que Freud está hablando de las pulsiones cuando presenta su aparato, resulta evidente cuando habla de la costra perceptiva como un escudo contra la fuerza de estímulos externos, y a su incapacidad de fuga respecto de las pulsiones por ser internas: y aquí tenemos

¹⁴ En una Dificultad del Psicoanálisis Freud presentó tres golpes que había sufrido el orgullo humano: El primero fue el de Copérnico que con el sistema heliocéntrico destruyó el orgulloso ideal humano de ser él el centro de la creación, pues ¿cómo podía ser el centro, si la tierra, su casa, orbitaba alrededor del sol? El segundo golpe fue el de Darwin, pues a partir de él, el hombre pierde la dignidad de haber sido creado a imagen y semejanza divina y deviene como todos los otros animales, producto de un largo proceso evolutivo. Por último, el conocimiento del inconsciente es el tercer golpe.

dos implicaciones: 1) la recuperación de la diferencia entre estímulos y pulsiones 2) que al hablar de su aparato perceptivo, está hablando de su teoría pulsional.

Y de lo anterior se infiere que las pulsiones no son exclusivas de los seres humanos, sino inclusive de “animales inferiores”, pues es un aparato que compartimos, si bien el nuestro haya tenido alteraciones, con otros animales.

Tenemos en realidad una cadena de implicaciones a partir de una hipótesis en cuya veracidad Freud no confiaba. Tenemos entonces la pregunta sin respuesta: de ¿por qué no fue más claro? De, si es cierto y es una alegoría, ¿por qué juzgó Freud conveniente utilizar una alegoría en la creación de su nueva teoría pulsional? Ante tamaña incongruencia no podemos más que suponer, y suponer es lo que estamos haciendo...

La principal novedad de la teoría es el hecho de estar basada en la compulsión a la repetición, y no sólo desde una perspectiva psicológico, sino inclusive desde uno físico-material, Esto es, no válido solamente para seres humanos, sino para cualquier materia orgánica, y aún inorgánica.

Freud, nos presenta el nuevo par de pulsiones: Vida (Eros) y Muerte (Tánatos), ambas poseedoras de la misma base o fundamento: la compulsión a la repetición, a mantener el estado de cosas, a la permanencia, en cierto sentido, a la inercia.

Ante la reflexión de que la muerte es un cambio, cambio de un estado orgánico a uno inorgánico, cabe la pregunta por la pulsión de muerte.

Y la respuesta a ello, es que cuando hay cambio no es por cuenta de la tendencia a él, sino del retorno a un estado previo al cambio: las pulsiones, basadas en la repetición buscan mantener el estado de cosas, es así que podemos entender la muerte: aquello que tiene vida, en algún momento no la tuvo, de modo que la pulsión de muerte buscar el regreso a este estado inorgánico.

Si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones internas, no podemos decir otra cosa que esto: La meta de toda vida es la muerte; y, retrospectivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo. (FREUD, S. 1992j, p 38)

Pero esta respuesta nos dejó entonces otra pregunta, porque, si la pulsión en sí misma, de vida o de muerte, tiende a la repetición, el estado de cosas se conservaría, es decir,

lo que está vivo, permanecería vivo, y lo sin-vida, sin-vida: a ello la respuesta es que el cambio se recibe de forma pasiva: por decirlo de alguna manera, es la *historia de la tierra*, y las pulsiones, activas, obran en respuesta a este cambio, regresando (o tendiendo a ello) a su estado original.

Esta manera de concebir la pulsión nos suena extraña; en efecto, nos hemos habituado a ver en la pulsión el factor que esfuerza en el sentido del cambio y del desarrollo, y ahora nos vemos obligados a reconocer en ella justamente lo contrario, la expresión de la naturaleza conservadora del ser vivo. (FREUD, S. 1992j, p 36)

Es precisamente a esto a lo que se refiere Freud cuando expresa que la repetición es aún más fundamental que el Principio del Placer, pues mientras podemos suponer que el Principio del Placer, es exclusivo humano, o al menos, propio de animales superiores, incluyendo entre ellos quizá a los mamíferos. (Freud no lo establece, pero es muy dudoso que lo atribuyera, por ejemplo a las plantas.)

Por otro lado, si las pulsiones son conservación, e incluye inclusive la materia inorgánica, entonces ¿cuál ha sido la razón de primer cambio? Quizá la respuesta a ello, que Freud no plantea, es que la materia inorgánica está sometida a leyes físicas, siempre comportándose de manera pasiva hasta que “*en algún momento, por una intervención de fuerzas que todavía nos resulta enteramente inimaginable, se suscitaron en la materia inanimada las propiedades de la vida*”. (FREUD, S. 1992j, p. 38) Alguna mezcla fortuita de elementos y el otrora ente inanimado, tan pronto como adquiere vida, adquiere también pulsiones: vida y muerte.

Ello, y una anotación en el Yo y el Ello, texto tres años posterior al que de momento estamos analizando, parecen negar la posibilidad de que la materia inanimada sea también, poseedora de pulsiones, pues según especifica en la mencionada obra, “*con cada una de estas dos clases de pulsiones se coordinaría un proceso fisiológico particular (anabolismo y catabolismo); en cada fragmento de sustancia viva estarían activas las dos clases de pulsiones*”. (FREUD, S. 1992z, p. 42)

De esta forma, podríamos tener por origen del cambio, una “causa desconocida”, y mantener entonces para las pulsiones sus características de repetición. Tras el surgimiento de la vida “por causas desconocidas” surge entonces la Pulsión de Muerte, como la primera pulsión.

La Pulsión de Vida, que en los seres humanos corresponde a lo que ya anteriormente expresó Freud con el par de pulsiones de la teoría anterior: Pulsión de

Autoconservación y Pulsión Sexual; ambas son ahora, fundidas en una sola, bajo el sello distintivo de Eros.

En esta nueva concepción, esta pulsión, con estas características, se puede aplicar a muchos organismos, pero difícilmente a una bacteria, y aun cuando el sexo sea muy viejo en la historia de la vida, no estuvo presente en su origen, la Pulsión de Vida, debió entonces, originalmente, no incluir componente sexual alguno¹⁵ en esto Freud no es concluyente, asume que las pulsiones sexuales, probablemente tuvieron algún estadio anterior.

Ante esta concepción de pulsión como repetición, no queda sino recordar la razón por la que hemos preferido el término pulsión como traducción del término alemán, *Trieb*: habíamos identificado instinto como un comportamiento mecánico, tal como, por ejemplo, el de las migraciones de algunos peces. Es importante destacar que en alemán existe el término *Trieb* y el término *instinkt*. Tienen entonces, cada uno su correlativo: *Trieb* para el comportamiento humano (no mecánico); e *instinkt* para el comportamiento mecánico propio de otros animales inferiores, como los peces mencionados. No obstante, no sorprende demasiado que en este punto, Freud use el término *Trieb* indistintamente. Atrás ha quedado la diferencia entre uno y otro término, aunque claro no sería correcto usar ahora el de instinto, sino muy por el contrario, *Trieb* para todos los casos.

Atrás quedó la distinción, porque también atrás quedó aquella definición de la pulsión como “*Aprehendemos la pulsión como el concepto fronterizo de lo somático respecto de lo anímico, vemos en ella el representante {Repräsentant} psíquico de poderes orgánicos*” (FREUD, S. 1991f, p. 68) que se podría oponer a una definición etiológica de instinto.

Ahora, pulsión, es simple y llanamente, repetición. Tal es ahora el núcleo de su definición, en algún sentido, mecánica; esto es, quizá, si no un golpe al orgullo humano, sí al menos una cachetada.

Ésta es, por decirlo de alguna manera, la historia filogenética de las Pulsiones de Vida y Muerte.

La pulsión de vida entendida como la unión de las otras dos que la antecedieron, lo que dicho de otra manera es, tanto la generación de vida (antiguamente pulsión sexual) como su conservación (antiguamente pulsión de autoconservación). Por su parte la pulsión de muerte es el camino opuesto: llevar a vida a cumplir su último destino: la muerte, ello, tanto

¹⁵ Cabría preguntarnos, el porqué del cambio en el mecanismo de lo que se pretende conservador.

en un contexto microcósmico, por ejemplo, reproducción y muerte celular, como macrocósmico.

Tras larga vacilación y oscilación, nos hemos resuelto a aceptar sólo dos pulsiones básicas: Eros y pulsión de destrucción. (La oposición entre pulsión de conservación de sí mismo y de conservación de la especie, así como la otra entre amor yoico y amor de objeto, se sitúan en el interior del Eros.) La meta de la primera es producir unidades cada vez más grandes y, así, conservarlas, o sea, una ligazón (Bindung); la meta de la otra es, al contrario, disolver nexos y, así, destruir las cosas del mundo. (FREUD, S. 1992e, p. 146)

Tal es también el sentido de la carta que en 1932, Freud escribió a Albert Einstein, explicándole el porqué de la guerra y tras explicar que paralela a la pulsión de muerte, en aquellos momentos tan acentuada, corría la pulsión de vida, y tal era su esperanza.

Tal es, por decirlo de alguna manera la historia filogenética de la pulsión, así como su perspectiva de futuro: la lucha eterna de dos principios opuestos, tal como, y de hecho lo cita, lo planteara el filósofo griego Empédocles.

Aquí merece nuestro interés aquella doctrina de Empédocles tan próxima a la teoría psicoanalítica de las pulsiones que uno está tentado de afirmar que ambas serían idénticas, si no mediara el distingo de que la del griego es una fantasía cósmica, mientras que la nuestra se ciñe a pretender una validez biológica. (FREUD, S. 1991a, p. 247)

Tal su historia, pero en lo que respecta a su actualidad, aplicada a los seres humanos, no entonces en un sentido microcósmico que incluya células, ni macrocósmico que alcance sociedades, sino humanos, tenemos a las Pulsiones de Vida y Muerte como elementos que se presentan juntos. *“Sólo la acción eficaz conjugada y contraria de las dos pulsiones primordiales, Eros y pulsión de muerte, explica la variedad de los fenómenos vitales, nunca una sola de ellas.”* (FREUD, S. 1991a, pp. 244, 245)

Ahora, el par de opuestos del que mucho habló en la teoría pasada: amor-odio; o aquel otro de sadismo-masochismo; como la más tierna relación amorosa tienen una nueva explicación: la interacción de las pulsiones de vida y muerte. En el caso del amor y odio está claro: el sentimiento de amor a menudo no está muy distante de la crueldad, lo que se ve, por ejemplo en el sadismo, pero como hemos dicho, incluso a relación más tierna tiene una dosis de agresividad como condición de posibilidad, pues su ausencia, derivaría en impotencia, tanto como su exceso transformaría al amante en acosador sexual.

7 EL PAPEL DE LAS PULSIONES EN LA CONSTITUCIÓN DE LA MORAL

El término “moral” tiene por origen el vocablo latino “*mos, moris*” que significa costumbre. Y aunque no siempre el significado etimológico esclarece el uso común del término, en este caso lo hace en forma ideal, si entendemos a la moral como el conjunto de normas heterónomas que rigen el comportamiento en una sociedad, bien de forma efectiva o bien de forma abstracta.

La diferencia es importante porque la moral no sólo norma nuestra relación en el interior de una sociedad en un sentido real, sino en uno abstracto, es decir interiorizamos la sociedad en nosotros mismos, y actuamos, aún estando solos, como si estuviéramos en una sociedad. Por poner un ejemplo, si naufragáramos en una isla desierta, tal como Robinson Crusoe, aún entonces cargaríamos con nosotros los preceptos morales de relación con el otro, aún cuando no hubiera un “otro” con el cual interactuar. Continuaríamos haciéndolo en los recuerdos, en los deseos, en lo general, en los pensamientos, y ahí también, la moral regularía nuestros “actos”.

Por otro lado, si la moral es costumbre, o bien, si de la costumbre surgen como si fueran espontáneas, las normas que rigen la interacción en una sociedad, podemos imaginar un degradado cuyos extremos son la simplicidad y complejidad de las costumbres. En uno y otro extremo habría diferencias en las adaptaciones de las particularidades individuales a las sociedades a las que pertenecieran, pero podemos inferir, que aquellas sociedades con mayor cantidad de reglas implicaría también una mayor dificultad de adaptación por parte de una individualidad, pues las individualidades tendrían, podemos suponer, inclinaciones propias que no siempre coincidirían con las de la sociedad en que están sumergidas.

7.1 Moral sexual ‘cultural’ y nerviosidad moderna: Renuncia

Este es el escenario en la obra de Freud, “*La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna*” (1908). Una sociedad muy compleja implica muchas renunciaciones por parte de sus individuos, es decir, las pulsiones son limitadas, para plantearlo con términos freudianos, por una realidad excesivamente compleja obligando al Principio de Realidad (que si recordamos no es más que el Principio de Placer después de haber sufrido frustraciones por parte de la realidad y haber aprendido que es mejor negociar con ella para obtener satisfacciones un poco más estables y seguras) a recorrer innumerables meandros.

En una sociedad, mientras más complejas son las normas, más abundantes son las renunciaciones, y a menudo, dichas renunciaciones son excesivas y perjudiciales.

Como podemos imaginar por el título, las renunciaciones a las que Freud se refiere en el texto, son de carácter sexual, es decir, la sexualidad es fuertemente regulada por la sociedad provocando en sus individuos, desórdenes neuróticos.

Si recordamos lo expuesto en los anteriores capítulos, tanto en la época de la primera como de la segunda teoría y de ello no hemos mencionado nada en la tercera, la neurosis es resultado de la frustración de las pulsiones, de suerte que, en palabras de la primera teoría, aunque en otro texto del mismo año que los tres ensayos: “*Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de la neurosis*” (1906).

Hemos pasado inadvertidamente del problema de la causación de las psiconeurosis al de su naturaleza. Si uno quiere dar razón de lo aprendido mediante el psicoanálisis, no puede decir sino esto: La naturaleza de estas enfermedades reside en perturbaciones de los procesos sexuales, vale decir, aquellos procesos orgánicos que signan la formación y el empleo de la libido genésica. (FREUD, S. 1992m, p. 270)

Freud volverá sobre el tema, en otra obra posterior a los Tres Ensayos, y anterior a la formulación de la segunda teoría, “*Sobre los tipos de contracción de neurosis*” (1912), donde expresará: “*La frustración produce su efecto patógeno al estancar la libido y someter así al individuo a una prueba: ¿cuánto tiempo será capaz de tolerar este acrecentamiento de la tensión psíquica, y qué caminos seguirá para tramitarla?*” (FREUD, S. 1991g, p. 240)

La concepción de la neurosis como resultado de la frustración de las pulsiones es un tema constante en Freud; y es, por decirlo de alguna manera, el núcleo mismo de nuestra tesis y está presente según vemos, no sólo como el tercero de los destinos pulsionales, sino también en la época correspondiente a la primera teoría, y a juzgar por la carta a Fliess ya anteriormente citada, incluso desde la época prepsicoanalítica.

El texto que ahora nos ocupa, “*La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna*” (1908), presenta las causas y síntomas de una sociedad que ha enfermado debido a la renuncia excesiva. Nos muestra, es cierto, algunas ventajas que se pueden obtener de tal enfermedad así como su paliativo principal: la sublimación.

Comienza citando a un autor de nombre Von Ehrenfels, que distingue dos posibilidades consistentes en la contención de la sexualidad en límites definidos por la cultura, y por otro lado, en su aunque no total, mayor liberación, siendo la primera una

sexualidad “cultural”, y la liberada (o menos regulada), la natural. La cultural se caracteriza por una mayor producción cultural y la natural por una salud duradera. La cita realizada por Freud es una que además de referida es suscrita por él, es decir, comienza su ensayo apuntando a que la mayor represión de la sexualidad si bien nociva para la salud, deriva en una ventaja: la producción cultural.

En este sentido, la pulsión sexual se presenta como una posible fuente de energía para ser utilizada en la construcción de la sociedad en sus muy variadas y diversas producciones.

Pone a disposición del trabajo cultural unos volúmenes de fuerza enormemente grandes, y esto sin ninguna duda se debe a la peculiaridad, que ella presenta con particular relieve, de poder desplazar su meta sin sufrir un menoscabo esencial en cuanto a intensidad. A esta facultad de permutar la meta sexual originaria por otra, ya no sexual, pero psíquicamente emparentada con ella, se le llama la facultad para la sublimación. (FREUD, S. 1992L p. 168)

Aquí podemos hacer un pequeño paréntesis y referirnos a un ensayo histórico, dos años posterior, que hace sobre la figura de Leonardo da Vinci, de quien afirma que era un homosexual reprimido. El genio renacentista es el gran sublimador.

En tal obra, Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci, Freud dice que el pintor se vio afectado por una afección excesiva por parte de la madre, así como por un abandono por parte del padre, y que, como consecuencia de una y otra relación, devino finalmente, excelso artista, investigador e inventor. Da Vinci proyectaba hacia sus creaciones, frecuentemente inacabadas, el propio abandono que sufriera de su padre, y ¿cómo olvidar los matices andróginos de sus pinturas? Esta biografía, encierra además una curiosidad: la homosexualidad de da Vinci se corresponde maravillosamente con la obra que en este momento nos ocupa, pues es de hecho en los homosexuales donde es más común encontrar la sublimación.

Podemos ahora imaginar un primer conflicto: La naturaleza variada de las personas, de modo que no todas las personas tienen igual capacidad para sublimar sus frustraciones, tanto por las constituciones variadas de su manejo de libido frustrada, como por las diferentes necesidades por su mayor o menor tendencia a la esfera sexual.

La proporción entre sublimación posible y quehacer sexual necesario varía mucho, desde luego, de un individuo a otro, y aun entre las diversas profesiones. Un artista abstinentemente difícilmente sea posible; en cambio, no es raro un joven erudito abstinentemente. Este último acaso gane, por la continencia, fuerzas libres para sus estudios; en el caso del primero, es probable que su rendimiento artístico sea poderosamente incitado por su vivencia sexual. (FREUD, S. 1992L, p. 176)

Ni diferentes personas tienen constituciones iguales, como tampoco una misma persona en épocas distintas de su vida: por ejemplo, a los adolescentes se les dificulta más la sublimación; aún así, la moral no reconoce estas diferencias, dicho de otra forma: una moral sexual civilizada, somete a la humanidad a una homogenización no menos injusta que la de aquel posadero Proustes al que Teseo da fin¹⁶. Y aquellos que en virtud de sus diferentes constituciones, no consigan sublimar, habrán de devenir neuróticos.

Hemos dicho que estamos observando a la neurosis como una enfermedad de la sociedad y que el detonante, en lo general, es la frustración, pero son varios los casos o modelos de adquisición de la enfermedad: el más evidente es la simple frustración como consecuencia de mudanzas en el mundo externo: la pérdida de un objeto, o si se quiere, su constante negación.

Freud aborda estos diferentes tipos de modelos en su obra “*Sobre los tipos de contracción de neurosis*” (1912). El primer modelo es el que hemos visto ya, (mudanzas en el mundo externo) el segundo y tercero, son en realidad dos casos diferentes de un mismo modelo consistente en una pobre adaptación del sujeto a la realidad que lo envuelve.

La diferencia entre los dos casos de este modelo, radica en la voluntad en relación con la mudanza, es decir, mientras en un caso, el individuo busca adaptarse a una realidad para la que no está preparado, como por ejemplo, un campesino de modales rurales, que pretende adquirir hábitos urbanos, enfermando en el proceso.

[...] es motivo de reflexión para el médico observar que la nerviosidad aqueja justamente a los descendientes de padres que, oriundos de condiciones de vida campesinas, simples y sanas, criados en familias toscas pero vigorosas, llegan en tren de conquistadores a la gran ciudad y hacen que sus hijos en breve lapso se eleven hasta un nivel cultural alto. (FREUD, S. 1992L, p. 164)

Todos los que pretenden ser más nobles de lo que su constitución les permite caen víctimas de la neurosis; se habrían sentido mejor de haberles sido posible ser peores. (FREUD, S. 1992L, p. 171)

Y finalmente, en el segundo caso, el proceso de adaptación no es buscado, sino que inevitablemente llega a nosotros, por así decirlo, es pasivo respecto la mudanza; ella le adviene. Tal es el caso paradigmático de la adolescencia.

¹⁶ En la mitología griega Proustes era un posadero que a las personas a las que les ofrecía posada, luego les hacía acostarse en una cama. Si el viajero era alto, entonces le cortaba las piernas para que su altura y la de su cama fueran la misma; de igual forma, a los bajos los estiraba hasta, descoyuntándolos, que tuviesen también la altura prefijada por su cama.

Un posible ejemplo de uno, otro caso, o un poco de ambos es el cambio de la sociedad, su desarrollo; la sociedad en la época freudiana, había logrado importantes cambios tecnológicos.

los extraordinarios logros de los tiempos modernos, los descubrimientos e invenciones en todos los campos, el mantenimiento del progreso frente a la creciente competencia, sólo se han logrado mediante un gran trabajo intelectual, y sólo este es capaz de conservarlos. (FREUD, S. 1992L, pp. 164, 165)

Lo que, “*exige del individuo muy altos rendimientos, que puede satisfacer únicamente si apela a todas sus fuerzas espirituales.*” (FREUD, S. 1908/1992, p. 165)

Y, pues estamos haciendo un paralelo de las obras “*La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna*” (1908), y “*Sobre los tipos de contracción de neurosis*” (1912) vale la pena resaltar, que en este punto, la versión en portugués es más esclarecedora al utilizar en su traducción la palabra “crecimiento”, lo que puede parecer evidente pero queremos destacar: no es sólo que las exigencias hechas al individuo sean muy altas, sino que han crecido. Por otra parte, si en este punto en particular, mencionamos la versión portuguesa es por su mayor fidelidad a la original en este punto en particular, pues en la versión original “*Die Ansprüche an die Leistungsfähigkeit [...] sind erheblich gestiegen*”, establece la idea de “considerable aumento”, que según la obra de 1912, es uno de los tipos de contracción de neurosis.

De suerte que si la sociedad en general, nace bajo la supresión de las pulsiones, los tiempos modernos freudianos, más exigentes que los que le antecedieron, no hicieron sino incrementar los niveles y la frecuencia de los casos de neurosis. Menciona entonces, por ejemplo, la prisa y desenfreno que la mejora de los servicios de comunicación imponían a la sociedad. Cabe destacar que Freud se refería al teléfono y telégrafo, situación que llevada a nuestra época parecería irrisoria, pues si tales inventos revolucionaron el desenfreno de la sociedad, la aparición de los aparatos celulares, el Internet y las redes sociales es exponencialmente superior.

Entonces, en efecto, la sociedad enferma, tienen en la sublimación, un paliativo, y más aún, es inclusive una ventaja, pero tal ventaja es nimia si comparada con la desventaja de una sociedad en su conjunto, enferma de neurosis, por una libido obstaculizada.

7.2 Tótem y Tabú: Deseo y Culpa

Antes de continuar, debemos destacar que Freud fue siempre reacio a presentar un sistema moral de creencias, entendiendo moral como un manual de conducta sea de normas específicas, sea de normas generales; no es la suya una obra que pudiera recibir el adjetivo de teleológica¹⁷, eudaimonista, hedonista o menos aún, deontológica.

Destaca Goldenberg (1994, p 13) que Freud buscó siempre apartarse de las reflexiones filosóficas a las que consideraba como una “lamentable pérdida de tiempo”; paralelamente, a la filosofía de la época, la idea freudiana de un pensamiento inconsciente le resultaba extraña, contradictoria; o tal era la idea que nuestro psicoanalista tenía de la filosofía, en este sentido su obra no puede ser una obra ética, en tanto que filosofía moral, ni tampoco una obra moralista en un sentido simple del término, porque Freud en realidad no presentó axiología alguna; lo que él aportó es una descripción sin juicios de valor adheridos a ella. Por otro lado, si entendemos “moral”, no en un sentido de lo que es correcto sino siguiendo un poco más el origen etimológico de la palabra y nos remitimos con ella, a las costumbres del ser humano, esto es, a sus hábitos, entonces sí podríamos usar el término “moral” como descriptivo de la obra freudiana.

Freud nos presenta una radiografía de lo que es el hombre, o mejor, de los intereses que éste tiene en su vida, esto es, nos proporciona un “esqueleto psicológico”, donde el Principio de Placer y el de Realidad, así como los impulsos, sea los del primer dualismo (Sexuales y de Autoconservación) o los del segundo (Vida y Muerte) son la columna vertebral. El psicoanálisis, si al menos en alguna medida se toman como ciertas las doctrinas psicoanalistas, es entonces un punto de partida que podrían fortalecer un sistema ético, de manera que el famoso “conocete a ti mismo”, en nuestra perspectiva, no puede continuar, sin paralela a la reflexión filosófica, una indagación psiconalítica, o bien, sin una reflexión filosófica que tuviera siempre presente las premisas oriundas del psicoanálisis, tal vez no todas y tal vez no como verdades absolutas, pero siempre presentes.

¹⁷ Forzados a elegir una mayor cercanía de Freud con algún tipo de moral griega, esta sería, según hemos planteado arriba: la teleológica. Las pulsiones, hemos dicho en el capítulo de la neurosis, tienden a su satisfacción, el autoerotismo a la hegemonía genital, la frustración a la neurosis, el narcisismo primario, en un desarrollo considerado ‘normal’, al secundario. En ese momento identificamos dos sellos de la obra freudiana: el de su teleología y el del “conflicto”. No obstante, el concepto de teleología, en su rigidez aristotélica, establece como el bien, el punto al cual todas las cosas tienden, y tal no es el caso en la obra freudiana. Su teleología, no metafísica no implica necesariamente el concepto de bien, es meramente descriptiva.

Regresando por otro lado, a la obra de Sigmund Freud, si bien no encontramos ninguna axiología, hallamos una descripción de los procesos de las relaciones humanas en los puntos mismos en los que es probable la discordia; ello en cualquiera de las épocas que aquí hemos destacado (prepsicoanalítica, la primera, segunda y tercera teoría de las pulsiones).

Hemos dicho “ninguna axiología”, sin embargo, es preferible sublimar que devenir neurótico o histérico; contribuir a la producción cultural de la sociedad es preferible a la producción de síntomas que complicarán las relaciones personales, así como aquellas que se tienen con uno mismo: estancando la productividad y felicidad. La salud es mejor que la enfermedad; entonces quizá “ninguna axiología” no es enteramente cierto; y si bien la obra arriba comentada, es donde la moral tiene una presencia más evidente, su existencia está implícita en la existencia misma de un tratamiento psicoanalítico, cuya finalidad era “regresar” a la persona su capacidad para llevar su vida y relaciones personales: ello establece la axiología dicha: mejor salud que enfermedad, y ello en términos también humanísticos, es decir, no sólo en un sentido médico, sino social.

La *Renuncia* fue el núcleo de la primera época; para la segunda época, Goldenberg agrega dos distintivos: El *Deseo* y la *Culpa*. Es difícil, no obstante, afirmar que estos elementos hayan estado ausentes y luego, en la segunda época hecho su aparición. Sobre todo el deseo, pues la sublimación, en tanto que destino pulsional, es en cierto sentido, un deseo. Deseo al que luego se renuncia pero cuya energía deviene motor de tantas formaciones culturales.

Respecto de la Culpa podemos encontrar un símil con las razones por las cuales Elisabeth pierde la movilidad de sus piernas: porque reprueba su propio deseo. (FREUD, S. 1992f). Lo más nuevo, sin embargo, en esta nueva postura moral, es su similitud con un “contrato social” al estilo de Locke, Rousseau o Hobbes. Nos referimos a la obra “*Tótem y Tabú*” (1913), donde Freud presenta una especie de contrato del que no se tiene una conciencia clara; que sirve para regular las relaciones de las personas, y que no corresponde propiamente a un suceso histórico, es decir: es sobre todo, un ejercicio de abstracción.

El texto es la recopilación de cuatro ensayos todos alrededor de las costumbres de unos pueblos australianos: en el primero nos presenta sus costumbres religiosas y de comportamiento social. Su religión es totémica, es decir, es basada en la identificación que tienen sus integrantes con la figura de una planta, fuerza natural o animal, principalmente este último y sobre todo, de un animal grande o peligroso, al que se le tiene miedo, respeto y al

que se le considera su protector. Su carne, por causa de todo lo anterior es estrictamente prohibida al consumo, salvo en rituales ceremoniales.

La sociedad de dichos pueblos es de esta forma dividida en varios clanes que son macrofamilias, donde el parentesco es, no entre dos individuos específicos, sino entre el individuo con la sociedad.

Según la expresión de L. H. Morgan [1877], pertenecen al «sistema clasificatorio». Esto significa que un hombre llama «padre» no sólo a quien lo engendró, sino a cualquier otro hombre que de acuerdo con los estatutos tribales habría podido casarse con su madre y de ese modo ser su padre; y llama «madre» a cualquier mujer, no sólo a la que lo dio a luz, sino a todas las que sin violar las leyes tribales habrían podido serlo. Llama «hermano» y «hermana» no sólo a los hijos de sus verdaderos padres, sino a los hijos de todas las personas nombradas, que mantienen con él una relación parental de carácter grupal, etc. (FREUD, S. 1991h, p. 16)

Las reglas de las que aquí se habla, son todas ellas basadas en una principal: la obligatoriedad de la exogamia, es decir, la sociedad es dividida de la manera descrita, en clanes donde cada clan se corresponde con un tótem (la identificación con el animal sagrado) y las uniones sexuales son por fuerza, siempre con alguien de otro tótem, mismo que es transmitido por línea materna

Así, es desde el primer capítulo que se abren las dos preguntas que serán el hilo conductor de toda la obra: el porqué de la identificación totémica y el porqué de la exogamia.

En lo relacionado al segundo punto, la exogamia implica una interdicción del incesto, en lo que, tales sociedades y la nuestra no parecen estar muy alejadas, la diferencia sin embargo, radica en la intensidad con la que tal prohibición es observada, a partir de reglas que a nuestra sociedad les parecerían excesivas, como por ejemplo, la absoluta restricción que tienen algunas de dichas sociedades, no sólo al contacto sexual sino a cualquier contacto, inclusive visual. Llegado un momento, los hermanos no podrán verse más y cuando necesario, deberán realizar complejos mecanismos para evitarse.

Posteriormente, el segundo ensayo presenta el esquema del tabú, y diferentes ejemplos suyos, como es el tabú a los muertos, a los reyes, los enemigos, etc. Con el objeto de no profundizar demasiado en las sutilezas, pues ellos nos alejaría de nuestro tema, no haremos más que señalar que la nota distintiva del tabú es su ambivalencia: el tabú es deseo de lo prohibido y protección respecto de ello, recordando mucho el esquema de los síntomas neuróticos.

La concordancia más inmediata y llamativa entre las prohibiciones obsesivas (en los neuróticos) y el tabú consiste, pues, en que ellas son igualmente inmotivadas y de enigmático origen. Han surgido alguna vez y ahora es preciso observarlas a consecuencia de una angustia irrefrenable. No hay menester de amenazas externas de castigo porque existe un reaseguro interno (una conciencia moral); es que la violación conllevaría una desgracia insoportable. (FREUD, S. 1991h, p. 35)

Como en el caso de los síntomas, el tabú, que es prohibición, implica también un fuerte deseo de su realización, aunque, mientras la prohibición es consciente y claramente manifiesta, el deseo es inconsciente, y un ejemplo, el mejor de ellos, lo profundiza Freud en el último de los cuatro ensayos de la obra que ahora analizamos: el del horror/deseo por el incesto. Un punto que no podemos dejar pasar del tabú, es la idea de contacto. El tabú, por decirlo de alguna manera, “contamina” a la persona. Un asesino, aún cuando haya sido en un contexto de guerra está “sucio” y debe pasar por procesos de limpieza antes de poder retomar la vida en sociedad, y aún si él quisiera saltarse dicho proceso, no encontraría nadie dispuesto a tener el más mínimo con él, pues él mismo, se ha convertido en tabú y “contaminaría” a cualquiera que lo tocara.

El tercer ensayo, es una exposición de la génesis o fase que tienen las religiones: pasando por una etapa animista, hasta llegar a la religión que posteriormente cede paso a la científica. Por aquello de la fase animista, hay también algunas reflexiones sobre la magia, de la que distingue tres tipos: magia imitativa, magia de asimilación y de contagio.

Donde la magia imitativa busca lograr algún efecto en la naturaleza, a través de una imitación que se hace de ella; así por ejemplo, la lluvia se consigue mediante ceremonias en las que se representa un barco que navega en las aguas, al tiempo que se vierte agua a través de un cedazo; la fertilidad de la tierra en un cultivo se consigue al mantener relaciones sexuales en los días en los campos previo a los días de floración. De particular interés será para nuestra tesis será la magia por analogía, donde, por ejemplo, se asimilan las propiedades de aquello que se come, de manera que por ejemplo, respecto de los enemigos existía un canibalismo pues se buscaba de esta manera, adquirir sus cualidades, o igualmente, evitar las embarazadas, consumir carne de animales considerados cobardes pues el niño podría nacer con estas características. Por último, para presentar un ejemplo de la magia por contacto, es precisamente la concepción misma del tabú como contagioso. O la de una mujer que se lastima un pie con un clavo, y entonces, a manera de cura, limpia el clavo cuidadosamente, suponiendo que lo que ella está haciendo con el clavo, sucede también consigo misma.

Por último, el ensayo que más nos importa en relación con la moral, es el cuarto, donde responde a las dos preguntas planteadas arriba sobre el porqué de la religión totémica y finalmente el porqué de la prohibición del incesto.

Presenta varias teorías previas a la suya propia que dan también explicación a la religión totémica: para la nominalista, por ejemplo, la identificación con el tótem sería un resultado fortuito del uso de la escritura; signos gráficos grabados en las armas que con el tiempo, generaron la idea del parentesco con el tótem. En otra hipótesis, el totemismo derivaba del título de animales que algunos antepasados heroicos, habían recibido en virtud de su semejanza con ellos, y posteriormente, heredaron tal título a sus descendientes deviniendo un parentesco.

Para algunas posturas sociológicas, el totemismo derivaría de una organización económica, donde mientras algunos grupos se dedicarían a determinadas labores, otros grupos tendrían asimismo, otras tareas. Cada tótem tendría asignada una tarea diferente...; o no labor diferente sino alimento diferente.

El problema sin embargo con unas y otras teorías es que explicaban, el porqué del totemismo, pero no su abrumadora importancia, y de igual forma, tampoco explicaban el horror del incesto, respecto del cual, también presenta Freud varias explicaciones previas a la suya, por decir algunas: la contemplación del horror incesto como algo arraigado en nuestra naturaleza pulsional, bien como pernicioso pues produce malformaciones genéticas.

Una dificultad de la primera explicación aquí planteada, a saber, el arraigo en nuestra naturaleza pulsional, es la circularidad. Cita Freud a Westermack, quien dice que la familiaridad continua despierta aversión al contacto sexual, pero responde Freud, pero ello, destaca Freud, es una petición de principio, y es que, en efecto, *“es evidente que para explicar el horror al incesto no basta con invocar una repugnancia instintiva {instinktiv} hacia el comercio sexual entre parientes consanguíneos, o sea, el hecho mismo del horror al incesto.”* (FREUD, S. 1991h, p. 124)

Respecto a la segunda explicación, aquella de las malformaciones genéticas, ello no podría aplicarse a los pueblos australianos estudiados, pues carecían del más mínimo conocimiento sobre genética.

Otras hipótesis como el rapto de mujeres tornado costumbre y ulteriormente ley, podría ciertamente explicar la frecuencia de la exogamia, pero no el horror a la endogamia.

Finalmente la suya repasa todas las otras respuestas: en donde el horror al incesto es o bien fuertemente arraigado o bien pernicioso y en tal sentido, indeseable: y en ambos casos, la pregunta que sigue al parecer de Freud, es ¿por qué prohibirlo?

«No se entiende bien por qué un instinto humano de profundas raíces necesitaría reforzarse por medio de una ley. No existe ley alguna que ordene a los seres humanos comer y beber, o les prohíba meter sus manos en el fuego. Los seres humanos comen y beben, y mantienen sus manos alejadas del fuego, instintivamente, por angustia ante unas penas naturales, y no legales, que se atraerían si violaran esas pulsiones. La ley sólo prohíbe a los seres humanos aquello que podrían llevar a cabo bajo el esforzar {Drängen} de sus pulsiones. (FREUD, S. 1991h, p. 126)

Así, en la concepción freudiana, el incesto estaría prohibido no porque su horror estuviera fuertemente arraigado en nuestra naturaleza, sino por el contrario, porque su deseo lo estaba.

Finalmente presenta Freud su postura, que como hemos dicho, es una abstracción teórica y no responde a un momento histórico, y así narra un mito según el cual en una comunidad el hombre dominante, o en términos actuales, el “macho alfa” gozaba de todas las hembras de la tribu impidiendo a los otros, que a la sazón serían sus hijos, de relacionarse con ellas, a ellos, llegada una edad en que podrían convertirse en rivales, los expulsaba de la horda.

Ulteriormente, “Los hermanos expulsados se reunieron un día, mataron al padre y devoraron su cadáver poniendo así un fin a la existencia de la horda paterna”. Lograron con su unión lo que individualmente no hubieran podido, la parte interesante viene después: los hermanos no sólo odiaban al padre, aunque inadvertidamente también lo amaban, y así, posterior al parricidio sobreviene en ellos un sentimiento de culpa, y lo que siguió fue la desautorización del propio acto, respetando al padre a través de una figura sustituta: el tótem. He aquí, entonces, la explicación a la primera pregunta.

El tótem es la representación del padre, siendo entonces objeto del máximo respeto y estableciendo con él lazos de parentesco, posteriormente pues en el proceso de magia por asimilación, se adquieren las propiedades de lo comido, todos los hermanos tienen las características del padre al que devoraron, aunque, y aquí radica el núcleo de la obra: para evitar que uno de ellos pretenda tomar la vacante que dejó el padre tratando a todo el resto con la misma crudeza, hacen un pacto: restringirán todo contacto sexual con las hembras de la tribu. Imponiéndose de esta manera, paradójicamente, las mismas limitaciones que los habían hecho sublevarse.

Por eso a los hermanos, si querían vivir juntos, no les quedó otra alternativa que erigir —acaso tras superar graves querellas— la prohibición del incesto, [...] Así salvaron la organización que los había hecho fuertes y que podía descansar sobre sentimientos y quehaceres homosexuales, tal vez establecidos entre ellos en la época del destierro. (FREUD, S. 1991h, p. 146)

Esta nueva sociedad, de esta forma limitada con la misma voluntad con la que se admitía la égida de un tirano para Hobbes, o un gobierno civil para Locke presenta Freud su “contrato”. La sociedad descansa entonces primeramente, en el deseo por las mujeres de la horda, y posteriormente; se puede suponer, en sentimientos homoeróticos nacidos durante el exilio de los hermanos. Tras el parricidio, la sociedad se sostiene en la culpa que prohíbe la endogamia por temor al fratricidio, así como por la asimilación de todos con el padre; por decirlo de alguna manera, la razón por la que son hermanos unos con otros, es que todos son hijos del mismo padre.

Sabemos ya que en épocas posteriores toda comida en común, la participación en la misma sustancia que penetra en el cuerpo, establece un lazo sagrado entre los comensales; en épocas más antiguas, parece que ese valor se atribuía sólo a la participación en la sustancia de una víctima sagrada. El sagrado misterio de la muerte sacrificial se justifica, pues sólo por ese camino es posible establecer el lazo sagrado que une a los participantes entre sí y con su dios. (FREUD, S. 1991h, pp. 139, 140)

No obstante para Freud la comida ceremonial sea una conmemoración, cabría un recuerdo de la teoría de Mircea Eliade sobre el rito, que más que una celebración es una reactualización del suceso primigenio, de forma que las comidas ceremoniales sería la renovación del contacto con el padre.

Por último, como hemos dicho, Tótem y Tabú no sólo explica el surgimiento de la sociedad con la imposición del tabú del incesto, sino también da razón del totemismo, que si bien es la religión de los pueblos australianos, lo es también de gran parte del mundo, y es que el parricidio y posterior canibalismo no es un momento histórico, sino una abstracción que si tal vez no universal, sí tiene aplicación en el mundo occidental. El totemismo es religión, la religión del padre.

En realidad, Freud es categórico, y no hace distinción entre unas y otras.

La religión totemista había surgido de la conciencia de culpa de los hijos varones como un intento de calmar ese sentimiento y apaciguar al padre ultrajado mediante la obediencia de efecto retardado. Todas las religiones posteriores demuestran ser unos ensayos de solucionar el mismo problema, que varían según el estado cultural en que se emprenden y los caminos que se escogen; pero todos ellos son reacciones de igual meta ante el mismo gran episodio con que se inició la cultura. (FREUD, S. 1991h, pp. 146,147)

En el caso del Cristianismo, hay una variación: la religión del hijo sustituye a la del padre a través de la figura del sacrificio, que carga de esta manera el pecado de todos los hermanos y nos redime de él. Como signo de esta sustitución se retoma la antigua comida ceremonial a través de la figura de la comunión.

Finalmente podemos acabar el presente capítulo con una nota:

Así, para concluir esta indagación que hemos realizado en apretadísima síntesis, querría enunciar este resultado: que en el complejo de Edipo se conjugan los comienzos de religión, eticidad, sociedad y arte, y ello en plena armonía con la comprobación del psicoanálisis de que este complejo constituye el núcleo de todas las neurosis. (FREUD, S. 1991h, p. 107)

La religión, la moral, la sociedad, el arte son en este sentido, un destino pulsional tanto como lo es la represión y dentro de ella, todas las neurosis.

7.3 La moral en el marco de la última etapa. (1920 - 1939)

De la primera etapa, saltamos a la tercera, que tiene lugar entre los años 1920 y 1939, es decir, hasta muerte de Freud.

La razón de dicho brinco es porque del período que va de 1914 a 1920 es poco lo que podemos agregar, sin embargo, si bien hubo cambios en la teoría pulsional, razón de hecho de distinguirla como una etapa definida, tales cambios no son tales que quiten vigencia a lo que se planteó en la etapa previa, de modo que de esta época no haremos más que destacar la actualización de la anterior.

Hasta el momento hemos hablado de las pulsiones en su relación con la sociedad, la moral, el arte, la religión bajo el sello distintivo de la frustración; cuando tocamos el texto “*Tótem y Tabú*” (1913) agregamos el elemento de la culpa en la proyección del padre primigenio en el Tótem y de esta forma, en la religión.

Y si ya hemos anunciado que es en la etapa final donde se concentra la mayor parte de las obras freudianas relacionadas con la cultura; podríamos tener mucha expectativa de las innovaciones que en tal tema traerá el nuevo dualismo: Pulsión de Vida y Pulsión de Muerte.

Lo que podemos encontrar, sobre todo en una carta dirigida a Albert Einstein, fechada el año de 1932, es decir, en el período de entreguerras, con la figura de Hitler en rápido ascenso político, popularidad conseguida con acciones como el repudio al Tratado de Versalles, que había finalizado la Primera Guerra y promoviendo el pangermanismo.

En tal marco histórico el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual organizó un intercambio epistolar entre intelectuales, y Einstein fue una de las primeras figuras a ser elegidas, él a su vez, sugirió a Freud, para quien dirigió una carta cuya respuesta es la que interesa a nuestra tesis. En realidad la carta escrita por Einstein sirvió de prólogo para la respuesta que dio Freud, no sólo por ser ésta una respuesta para aquella, sino porque en la redacción misma de la pregunta de Einstein está, si bien con menor detalle y con terminología diferente, mucho de la tesis freudiana, de forma que ambas cartas son en este sentido, similares.

Einstein le pregunta a Freud, ¿qué se puede hacer para evitar la guerra? y plantea específicamente por la utilidad de un organismo internacional al cual las diferentes naciones se sometieran aceptándolo como juez. Se pregunta, asimismo, por la violencia y la corrupción; pareciera, dice, como si dentro de nosotros hubiera un apetito destructivo: como veremos en la respuesta de Freud, tal “apetito” es precisamente la Pulsión de Muerte.

Freud comienza explicando que la violencia, en su sentido original servía para establecer relaciones de dominio y propiedad, en que, la imperaba la ley del más fuerte, no obstante el concepto de “más fuerte” ha tenido mudanzas, siendo primero más fuerte quien tenía mayor masa muscular y posteriormente, producto de la evolución tecnológica, quien tenía las mejores armas. Posteriormente, el transcurso del imperio de la mayor fuerza al estado de derecho debió haber ocurrido mediante la unión, esto es, de una manera que recuerda la inversión de valores en la moral, planteada por Nietzsche en su obra “Genealogía de la Moral”, Freud encuentra en la unión de los débiles, el modo como estos tienen de defenderse del fuerte, buscando de esta forma, instituciones que le protejan de aquellos más fuertes y voraces de poder.

He ahí, pues, el estado originario, el imperio del poder más grande, de la violencia bruta o apoyada en el intelecto. Sabemos que este régimen se modificó en el curso del desarrollo, cierto camino llevó de la violencia al derecho. ¿Pero cuál camino? Uno solo, yo creo. Pasó a través del hecho de que la mayor fortaleza de uno podía ser compensada por la unión de varios débiles. «Union fait la force». La violencia es quebrantada por la unión, y ahora el poder de estos unidos constituye el derecho en oposición a la violencia del único. (FREUD, S. 1991e, pp. 188, 189)

Este es un esquema general: la agrupación de los débiles para encarar al fuerte, y en tanto que esquema general, tiene aplicaciones variadas, de forma que explica tanto el surgimiento de las hordas como el de las naciones, y aún alianzas entre ellas. Esto es, de hecho, la base de la propuesta de Einstein: una alianza entre naciones que protegiera a todas en contra de la mayor fuerza y voracidad de una u otra nación poderosa.

Tal es el esquema mediante el cual tuvo lugar la unión entre los hermanos que se defendieron en contra del padre primigenio y finalmente le dieron muerte, y es el esquema, asimismo, de las masas de las que habla Freud en su obra “*Psicología de Masas y Análisis del Yo*” (1921)

Las personas en dicho ensayo, han dejado de serlo para convertirse en integrantes de un colectivo, perdiendo en el camino todas sus características individuales, adoptando otras, usualmente más relajadas, pertenecientes a la masa: volubilidad, extremismo, violencia, tendencia a la acción irreflexiva, poca inteligencia, y sobre todo, quizá principalmente, susceptibilidad al contagio de emociones y acciones por parte de los parceros de multitud: al grito de uno le sigue el grito, irreflexivo, de todos.

La obra ahora analizada tiene por tema central a la masa, esto es, a una multitud, más que una sociedad en sí misma, y sin embargo, presenta características que no son exclusivos de la masa, como por ejemplo, el contagio histérico, que en la Interpretación de los sueños fue explicado como el mecanismo mediante el cual los pacientes presentan los mismos síntomas de otras personas; importante destacar: no propiamente una copia de síntomas sino una asimilación. Como ejemplo, presenta el de un médico que en una sala de hospital encuentra a una paciente que padece de convulsiones y poco después, encuentra el mismo síntoma en otras pacientes.

Se dirá, simplemente: «Las otras la han visto y la han imitado; es una infección psíquica». Sin duda, pero esa infección psíquica procede, por ejemplo, así: Por lo general, las enfermas saben más unas de otras que el médico de cada una de ellas, y se afligen unas por otras cuando está por llegar la visita médica. A una le ha sobrevenido su ataque; las otras enseguida tornan conocimiento de que la causa ha sido una carta de su familia, el reavivamiento de una cuita de amor, etc. Esto despierta su compasión, y se cumple en ellas un razonamiento que no llega a la conciencia: «Si por una causa así puede una tener tal ataque, puede sobrevenirme a mí también, pues tengo iguales motivos». (FREUD, S. 1991c, pp. 167, 168)

En la Interpretación de los Sueños (1900), explicitó también la mayor propensión al contagio histérico, con aquellas personas con las que se habían tenido relaciones sexuales, así, como con aquellas que las habían tenido con un parceros en común.

Tal característica tiene también el contagio histérico que Freud presenta como el núcleo mismo de las masas, formándose de esta forma, vínculos sexuales: los individuos pertenecientes a las masas están embelesados con su líder, dicho de otra forma: “*Una masa primaria [...] es una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el*

lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo.” (FREUD, S. 1992r, pp. 109, 110).

Embelesados con su líder y en la creencia de que son amados por él de igual manera y medida, lo que convierte a la horda en su totalidad, en los hermanos de la horda primigenia.

Por otro lado, hay alguna variedad en las masas: las hay unas efímeras y otras duraderas, en algún sentido, estables; estas masas a las que Freud da el nombre de artificiales requieren, además de la circunstancia que ha unido y homogenizado al grupo, de un elemento de organización constante. Los ejemplos que Freud presenta son, según hemos visto, la Iglesia y el Ejército, y en el deseo por lograr la paz mediante la unión, o bien, por llegar a un estado de derecho que depositara en la unidad la posibilidad de violencia restándosela a las diversas individualidades¹⁸.

De cualquier manera, masas naturales, o artificiales, efímeras o duraderas la seguridad crece conforme el lazo se fortalece, y de forma análoga, si este se disuelve, todo el valor desaparece siendo inmediatamente sustituido por el pánico.

Cuando los individuos, dominados por la angustia pánica, e ponen a cuidar de ellos solos, atestiguan comprender que han cesado las ligazones afectivas que hasta entonces les rebajaban el peligro. Ahora que lo enfrentan solos, lo aprecian en más. (FREUD, S. 1992r, p. 92)

No es difícil encontrar la aplicación de esta obra a nuestro tema sobre la moral en lo general, como génesis de la sociedad en tanto que formación de grupos, tanto efímeros como lo puede ser una multitud que reclama por algún problema social o económico, como también, la sociedad misma, la feligresía, el ejército, la nación.

La Iglesia y el ejército son los dos ejemplos paradigmáticos de un tipo especial de masa que Freud llama “artificial”, donde sea Cristo o el general en sus respectivos casos, la representación del padre primigenio.

En la Iglesia (con ventaja podemos tomar a la Iglesia católica como paradigma), lo mismo que en el ejército, y por diferentes que ambos sean en lo demás, rige idéntico espejismo (ilusión), a saber: hay un jefe —Cristo en la Iglesia católica, el general en el ejército— que ama por igual a todos los individuos de la masa. (FREUD, S. 1992r, pp. 89, 90)

¹⁸ No está demás aquí, recordar la obra de Hobbes, el Leviatán, en donde los ciudadanos abandonan voluntariamente su poder en beneficio de un único habitante, respecto del cual, temen la violencia, pero es la violencia de uno y no la de todos. El gobierno, como un mal necesario.

Tampoco es difícil encontrar la aplicación de esta teoría¹⁹, en el tema del cual nos hemos desviado: la respuesta de Freud a la carta de Einstein, donde el físico propone un organismo internacional encargado de fungir como árbitro, frente al cual, las diferentes naciones cedieran un poco de su autonomía.

La carta a Einstein, que retoma la teoría de Psicología de Masas y Análisis del Yo, publicada nueve años antes, retoma también la ilusión planteada en la obra “*Futuro de una Ilusión*” de cinco años antes, donde presenta una ilusión: la formación de masas inteligentes, o bien, de individuos que no obstante sean partes integrantes de masas, conserven sus atributos racionales individuales, pero ello, cabe decir, Freud no lo veía como un futuro cercano; y en lo que a nuestra época respecta, debo decir que esa esperanza no sólo no se ha conseguido sino que parece más distante que nunca. No por la mayor o menor violencia de una época respecto de otra, sino por una aparente menor racionalización fruto de la tecnologización de la sociedad que ha tornando en alguna medida arcaico, el trabajo de pensar por cuenta propia, pues siempre hay alguna máquina que lo hace más rápido y mejor, aunque también, más irreflexivo. Por otro lado, la integración a las masas están al alcance ahora, de personas solitarias desde una pantalla de computadora,

Por otro lado, entrando en materia de épocas: explica Freud que, a medida que las agrupaciones son mayores, por ejemplo, pasando de una horda a una nación, pues los grupos son más (al estar congregados en células más pequeñas) la frecuencia de las guerras disminuye, no obstante, su poder de devastación aumenta. No hay más que pensar en las guerras entre las polis griegas y compararlas con las guerras mundiales, cuando las naciones ya están más formadas. De manera que la fórmula de la unión en búsqueda de la paz, si bien es real, no está sin contraargumentos.

Asimismo, la formación de una organización, a menudo se consigue mediante la fuerza, de forma que una paz duradera, bien podría ser resultado, paradójicamente, de un momento de violencia, y así, Freud trae a la memoria por ejemplo, el Imperio Romano: debió conquistar pero hecho esto, Europa vivió en paz durante mucho tiempo, en este sentido, al

¹⁹ Podemos agregar, una reflexión: el ser humano que según Freud tiene valores individuales muy distintos a aquellos que posee en tanto que parte integrante de una masa, es homogenizado por ella perdiéndose a sí mismo en el proceso, esto, que no es tocado por Freud, es el proceso de la aculturación con tintes posmodernos; el sometimiento a un “narcisismo cultural”. No uso, en este momento, el término narcisismo en contexto freudiano, sino más bien en el contexto extraído de la obra “*El Corazón del Hombre*” (1964) de Erich Fromm, en que la adhesión a la propia cultura nos impide valorar las virtudes de una cultura ajena. Es esta, claramente, una visión negativa y pesimista, no obstante inevitable de la sociedad.

margen de lo cruel y estúpida que pueda parecer una guerra: ella forma parte tanto de la destrucción como de la construcción.

Por último, Freud le confirma a Einstein, sobre el llamado “apetito” para la destrucción, o bien, en terminología freudiana, la pulsión de muerte.

La diferencia entre el segundo dualismo respecto del primero es su comprensión; mayor en el caso del segundo, es decir, Vida y Muerte son más generales que Sexualidad y Autoconservación, que permanecen, de hecho, como elementos perteneciente a la Pulsión de Vida, y así, más englobantes, no extraña encontrar su participación en la moral también en un sentido más general.

La pulsión de Vida se encarga de la creación, y su compañera, de la destrucción, ello a nivel celular, individual y social. De manera que, en su esfera social, toda obra de arte como todo vestigio que los antepasados han dejado detrás suyo son manifestaciones de la Pulsión de Vida, (donde está vigente el antiguo dualismo); en contraparte toda guerra, o la destrucción que presentando razones religiosas se ha hecho de importantes obras artísticas como son estatuas de Buda o bien, la quema de la biblioteca de Alejandría; todo ello es obra de la Pulsión de Muerte, o siendo más exacto, pues dichas pulsiones nunca se presentan individuales: creación y destrucción son resultado de las pulsiones donde es una u otra la Pulsión dominante.

Como hemos tenido oportunidad de destacar cuando hablábamos de la guerra: ella en sí misma, también produce paz. Las guerras se libran para destruir, y para proteger; lo que se puede decir tanto de aquellas que ocurren en absoluta defensa, como por ejemplo, la nación que responde la guerra defendiendo su territorio de un invasor, como de aquella que se emprende en miras a la conquista, pues lo hace buscando unidades mayores en las cuales pueda imponer su propia paz. Las pulsiones de vida y muerte no se presentan solas.

Fuera de este esquema general (destrucción/construcción) el segundo dualismo no aporta más en relación con el tema moral; ello claro, extraña puesto que hemos anteriormente que es en este período donde se concentra la mayoría de las obras culturales de Freud, y no sólo en relación con el tema moral, sino aún con el clínico individual podría parecer que las pulsiones han perdido primacía cediendo el lugar a la segunda tópica. Podría decirse, también, que la segunda tópica es otro enfoque pulsional, de forma que si por ejemplo las neurosis, en tanto que modelos de represión, son resultado de la frustración de las pulsiones sexuales, en

esta etapa lo son de la relación que tienen las personas psíquicas entre sí. El Yo, el Ello y el Superyó dominan esta nueva época, y la producción cultural será enunciada en términos suyos.

7.3.1 La Segunda Tópica y la Teoría de las Identificaciones.

Como hemos dicho, no las Pulsiones de Vida y Muerte sino la segunda tópica fue la marca de la última época freudiana, tal como Strachey manifiesta en una introducción que hace a la obra según podemos encontrar tanto en la versión de las obras completas en español como en las de portugués.

El yo y el ello es la última de las grandes obras teóricas de Freud. Ofrece una descripción de la psique y su operación que a primera vista es nueva y aun revolucionaria; y, en verdad, todos los escritos psicoanalíticos posteriores a su publicación llevan su impronta inconfundible —al menos en lo tocante a la terminología—. Pero como tan a menudo sucede con Freud, es posible rastrear el origen de estas ideas y síntesis aparentemente novedosas en trabajos suyos anteriores, a veces incluso de mucho tiempo atrás. (STRACHEY. Introducción in: FREUD, S. 1992s, p. 4)

Hemos hecho varias páginas atrás una historia del Yo, encontrando su origen desde la época psicoanalítica, las otras dos personas hacen ahora su aparición, y podríamos ahora hacernos la pregunta del porqué de su surgimiento, que, a decir de Fernandes (2002) es la inclusión del inconsciente en el Yo.

Uma outra razão para a mudança da primeira para a segunda tópica se dá devido à consideração, cada vez maior, das defesas inconscientes, o que não permite coincidir os pólos do conflito com os sistemas definidos, ou seja, não permite que o recalcado coincida com o Icc e o ego com o Pcc/Cc. (FERNANDES, 2002, p. 10)

Es decir, en la terapia psicoanalítica encontró Freud que no sólo en el Ello había ideas inconscientes, sino también en el mismo Yo, haciéndose entonces necesaria una nueva tópica que pudiera reflejar esto, y esta es llevada a cabo precisamente en “*El Yo y el Ello*” (1923)

En un decurso histórico de la personalidad de cada individuo, la primera persona en aparecer, es el Ello, la residencia del Principio de Placer y en este sentido, donde se albergan originariamente las pulsiones, posteriormente, a partir del contacto con el mundo externo, esto es, a través del sistema perceptivo consciente, según ha quedado manifiesto en el “*Proyecto de Psicología*” (1950[1895]). Expresado en una obra propia de la época que ahora nos ocupa, el paulatino surgimiento del Yo es también el de la sustitución de los principios según destaca Freud (1992s, p. 27): “*se empeña en hacer valer sobre el ello el influjo del*

mundo exterior, así como sus propósitos propios; se afana por remplazar el principio de placer, que rige irrestrictamente en el ello, por el principio de realidad.”

Y en 1940, es decir, diecisiete años después de la publicación de *El Yo y el ello*, Freud volverá sobre el asunto, en *Esquema del Psicoanálisis*.

Una visión retrospectiva sobre la historia de desarrollo de la persona y su aparato psíquico nos permite comprobar un sustantivo distingo en el interior del ello. Sin duda que en el origen todo era ello; el yo se ha desarrollado por el continuado influjo del mundo exterior sobre el ello. (FREUD, S. 1992e, p. 160)

A diferencia del Ello, que es original, el Yo deberá formarse. Ha nacido con la intención de controlar al ello del cual surgió, en algún sentido, como su representante. Es decir, Yo y Ello no son antagónicos, sino que el Yo, hará uso de todo su poder con la intención de satisfacer al ello, aunque, usando sin embargo, la prudencia. El yo intentará dar placer al ello siempre que el Principio de Realidad lo permita. Claro, si bien el Yo es prudente, el Ello no y exige su satisfacción, obligando al Yo a someterlo. “*Así, con relación al ello, se parece al jinete que debe enfrenar la fuerza superior del caballo*”. (FREUD, S. 1992z, p. 27)

El ello es original, mientras que el Yo realiza un proceso de formación que tiene lugar, desde el nacimiento en que se vive en una *perfección narcísica*, en que el yo está fundido aún con el mundo externo, en particular con la madre de quien comienza un proceso de “separación” o individuación.

El lactante no separa todavía su yo de un mundo exterior como fuente de las sensaciones que le afluyen. Aprende a hacerlo poco a poco, sobre la base de incitaciones diversas. Tiene que causarle la más intensa impresión el hecho de que muchas de las fuentes de excitación en que más tarde discernirá a sus órganos corporales pueden enviarle sensaciones en todo momento, mientras que otras —y entre ellas la más anhelada: el pecho materno— se le sustraen temporariamente y sólo consigue recuperarlas berreando en reclamo de asistencia. (FREUD, S. 1992i, pp. 67, 68)

Dicho proceso es además, el punto inicial en el intercambio de los principios, y, también, de la más importante de las frustraciones, es decir, aquella que acaba con el Complejo de Edipo. Tomemos esta oportunidad para explicar un poco, recordando tan importante complejo en lo que respecta a la teoría freudiana.

Como sabemos, el amor por la madre es el inicial y la perfección narcísica no se puede mantener. De manera que llega el punto álgido en que el niño entiende que no tiene la posesión de su madre y comienza la rivalidad que por causa de ella surge con su padre, al que entonces odia.

Sin embargo ni el amor por su madre es absoluto como tampoco lo es el odio por su padre, pues si algo hemos aprendido en el psicoanálisis es que los sentimientos son ambivalentes. Respecto de su madre comienza a sentirla traicionera, y cuando la batalla finaliza, con su indefectible (y benéfica) derrota; el sentimiento negativo crece, llegando a manifestarse, por ejemplo, en la consideración de su madre como una mujer reprobable según será proyectado en otras mujeres. Esto, es materia de un ensayo de 1910, “*Sobre un tipo particular de elección de objeto en los hombres*”.

Cuando ya no puede sostener esa duda que reclama para sus padres una excepción respecto de las odiosas normas del quehacer sexual, se dice con cínica corrección que a pesar de todo no es tan grande la diferencia entre la madre y la prostituta, pues ambas en el fondo hacen lo mismo. [...] No perdona a su madre, y lo considera una infidelidad, que no le haya regalado a él, sino al padre, el comercio sexual. (FREUD, S. 1992u, p. 164)

La cita anterior corresponde a una época antigua (1910), posteriormente en Pulsiones y Destinos de Pulsión (1915) explica el mecanismo de transformación del amor en odio como consecuencia de la frustración del primero. Y en la tercera época describe, en Sobre la Sexualidad Femenina, que como consecuencia del Complejo de Castración, en los hombres se concibe a la madre como castrada y por ello se le desprecia; paralelamente, la mujer, para quien también la madre es su objeto primero, llegará a tener para con ella un resentimiento por no haberla hecho hombre.

Además de la ambivalencia en torno al sentimiento por la madre, está presente también, y de forma aún más clara, aquella orientada al padre: el niño odia al padre pero también lo ama, y también esto es teoría presente en textos tan antiguos como “*Análisis de la fobia de un niño de cinco años*” (1909), como posteriormente en “*Tótem y Tabú*” (1913), y en la época que ahora nos ocupa, podemos encontrar tal ambivalencia en el texto “*Dostoievski y el Parricidio*” (1927)

La relación del muchacho con el padre es, como nosotros decimos, ambivalente. Junto al odio, que querría eliminar al padre como rival, ha estado presente por lo común cierto grado de ternura. Ambas actitudes se conjugan en la identificación-padre; uno querría estar en el lugar del padre porque lo admira (le gustaría ser como él) y porque quiere eliminarlo. (FREUD, S. 1992d, p. 181)

Tal es el Complejo de Edipo, cuya disolución está destinada a ser la estocada más fuerte al Principio de Placer en favor de su sustituto, el de Realidad. Debemos destacar que esto es el proceso deseable en el desarrollo de la sexualidad. En un esquema supuesto como

normal, el principio de Realidad mantendrá siempre el control, con la excepción de los momentos en que dormimos. En lo sueños dominará el Principio de Placer.

Expresando el mencionado Complejo con la terminología de la segunda tópica: La inevitable disolución del Complejo de Edipo es el mayor reforzamiento que recibe el Yo, formándose a partir suyo un Superyó. De esta forma podríamos decir que el Superyó es el heredero del Complejo de Edipo.

El Yo seguirá teniendo deseos pero ahora su padre no es su único rival, sino también la introyección del padre en sí mismo, esto es, el Superyó, de modo que el Yo debe interrelacionarse ahora con dos personas: *“Vemos a este mismo yo como una pobre cosa sometida a tres servidumbres y que, en consecuencia, sufre las amenazas de tres clases de peligros: de parte del mundo exterior, de la libido del ello y de la severidad del superyó.”* (FREUD, S. 1992z, p. 56)

Aquí podemos recordar aquella alegoría del alma tripartita que Platón presenta en el diálogo El Fedro, sobre un auriga y los dos corceles, uno blanco y dócil que representa a la razón, y otro negro e indómito que alegoriza los deseos. El auriga debe guiar el carro intentando controlar al caballo negro que funge como motor, con ayuda del caballo blanco.

No hay ningún problema en asociar al caballo negro con el Ello y al auriga con el Yo²⁰. La figura del caballo blanco ya nos presenta algún conflicto; ciertamente el Superyó pareciera más calmo, pero su calma no es resultado de su mansedumbre, sino muy por el contrario, de su indiscutible autoridad, pues como hemos esbozado líneas arriba: es la figura del padre introyectado, de forma que tan autoritario (o lenitivo) como era el padre para con el hijo, así también lo será el Superyó para con el Yo, según expresa nuestro autor en su obra *“Dostoievski y el Parricidio”* (1927)

La llamamos entonces el superyó y le atribuimos a ella, la heredera del influjo parental, las más importantes funciones. Si el padre fue duro, violento, cruel, el superyó toma de él esas cualidades y en su relación con el yo vuelve a producirse la pasividad que justamente debía ser reprimida. El superyó ha devenido sádico, el yo deviene masoquista, es decir, en el fondo, femeninamente pasivo. (FREUD, S. 1992d, p. 182)

²⁰ Quizá esto pueda objetarse y decir que para Platón, ni la parte concupiscente ni el auriga son material inconsciente. No obstante, en realidad, tal planteamiento es anacrónico, de cualquier manera, mantenemos la alegoría.

El superyó es autoritario aunque, por otro lado, antes de condenarlo con tal adjetivo, agreguemos que es también una instancia civilizatoria y en tal sentido creadora, tal como estableció Freud en *“Introducción del Narcisismo”* (1914), bajo el concepto de “Ideal del Yo” (identificado como concepto antecedente del superyó). Tal concepción permanece vigente según se muestra en la obra *“El porvenir de una Ilusión”* (1927)

Este fortalecimiento del superyó es un patrimonio psicológico de la cultura, de supremo valor. Las personas en quienes se consume se transforman, de enemigos de la cultura, en portadores de ella. Mientras mayor sea su número dentro de un círculo cultural, tanto más segura estará esa cultura y más podrá prescindir de los medios de compulsión externa. (FREUD, S. 1992p, p. 11)

Sin embargo no debemos dejar pasar por alto la concepción del Superyó en el Malestar de la Cultura. Esta nos muestra una aparente contradicción, pues mantiene respecto de él dos concepciones diferentes (FREUD, S. 1992i, p. 133):

Por un lado: *“es la mera continuación de la energía punitiva de la autoridad externa, conservada para la vida anímica”*, es decir el heredero del Complejo de Edipo según lo hemos presentado arriba; pero por otro, es la agresión propia orientada hacia el interior. La contradicción como hemos señalado, es aparente: pues el Superyó, es, efectivamente la introyección del padre (y toda la cadena de ascendientes, así como de las figuras de autoridad, que devienen “ecos” de las figuras parentales) en la propia persona, que funge como organismo castigador, y, el modelo de dicho castigo, la culpa, como veremos más adelante, está basado en la pulsión de muerte orientada hacia uno mismo,

Sea este nuestro vínculo con la obra *“El malestar en la Cultura”*, pues es en dicha obra presenta al Superyó como detentor de la Pulsión de Muerte orientada a la propia persona.

El malestar en la Cultura fue escrito en 1930, es decir, dos décadas posterior al texto ya analizado por nosotros: *“Moral Sexual Civilizada y Nerviosidad moderna”* (1909). Y ahora evocamos el primero, porque en realidad, ambos textos guardan muchas similitudes, en algún sentido, El Malestar en la Cultura es una reactualización del más antiguo de Moral Sexual Civilizada, aunque como es de esperar, el Malestar en la Cultura tiene temas adicionales, siendo la inclusión de la Pulsión de Muerte el más importante de ellos.

El Malestar en la Cultura, en su capítulo segundo, en el tema de la felicidad, tema, que si recordamos, fue aquél con el que dimos comienzo a la presente tesis.

Dijimos en la introducción: *“tal vez la humanidad se vanaglorie más de lo que debería, pues pudiendo ser ella [la civilización] una escalera rumbo a una vida libre y feliz,*

se ha tornado en vez de ello, en vehículo a una vida enferma.”; la razón de ello, según argumentamos (tanto en la introducción como cuando abordamos el texto referido de 1909), es que la civilización impone una renuncia excesiva a las pulsiones. Según agregamos, si bien tal renuncia es entendida como algo bueno, pues es renuncia de pulsiones de agresión e incesto, y en lo general, a pulsiones que nos harían imposible la vida en comunidad, es, por otro lado, a menudo mucho más fuerte de lo necesario o aconsejable, sometiendo, por ejemplo a todos los espíritus a una homogenización en el tema sexual: imponiéndoles a todos, las mismas conductas morales sin importar las diferentes constituciones entre las personas.

En el malestar en la Cultura, Freud vuelve sobre el tema de la felicidad y la renuncia.

Respecto de la felicidad, dice Freud, hay varios caminos para alcanzarla. Desde el más burdo consumo de estupefacientes, hasta el que en algún sentido podríamos llamar más elevado que es la sublimación, o el escape de algún sufrimiento o penuria. No obstante, la felicidad es mejor expresada como la satisfacción de las pulsiones, lo que claro, la cultura a menudo limita. Asimismo, es importante destacar que: *“Una satisfacción irrestricta de todas las necesidades quiere ser admitida como la regla de vida más tentadora, pero ello significa anteponer el goce a la precaución, lo cual tras breve ejercicio recibe su castigo”* (FREUD, S. 1992i, p. 77)

La razón de la infelicidad, es en la primera obra, la renuncia excesiva a la satisfacción pulsional. En la segunda obra, de forma muy general es la cultura. En realidad ambas ideas son sinónimas con un poco de desarrollo.

Dice Freud: *“gran parte de la culpa por nuestra miseria la tiene lo que se llama nuestra cultura; seríamos mucho más felices si la resignáramos y volviéramos a encontrarnos en condiciones primitivas.”*. (FREUD, S. 1992i, p. 85) Lo que sigue es la respuesta a la pregunta: ¿Qué es cultura?

Las definiciones que se suelen dar sobre cultura tienden a ser muy extensas y da la impresión, de que Cultura lo es todo. La definición freudiana no difiere mucho de esto: y es que cultura es todo aquello que contribuye en la tarea de instituir a la naturaleza, al servicio del ser humano, el resguardo y protección de la naturaleza, es decir, las construcciones que nos dan cobijo. En este mismo tenor, cultura es, también, la disposición de lugar que en sentido estricto no tienen otra utilidad que la del embellecimiento del paisaje, tales como

pueden ser jardines; u obras cuyo mérito consiste en el retrato de la naturaleza a partir de las propias manos, como puede ser por ejemplo, una pintura o escultura. Cultura es, igualmente las obras del intelecto como lo es la ciencia, la tecnología y en este ámbito de cosas, cultura es, por ejemplo, el ensanchamiento de nuestras capacidades naturales: los lentes que mejoran nuestra vista, la cámara fotográfica y el gramófono que auxilian a nuestra memoria, así, como, por supuesto, los medio de locomoción que consiguen hacer al mundo un lugar pequeño, haciendo posibles largas travesías que anteriormente eran sólo soñadas. En otro género de definiciones, cultura es asimismo, el orden y la limpieza, así como todos los elementos que se utilizan para ello, como es, por ejemplo, el jabón. Cultura es la regulación de la conducta entre los seres humanos, es decir, las legislaciones civiles y morales.

El motivo aducido de infelicidad, en la obra de 1909: La renuncia excesiva a las satisfacciones sexuales, está presente también en la obra de 1930.

Se descubrió que el ser humano se vuelve neurótico porque no puede soportar la medida de frustración que la sociedad le impone en aras de sus ideales culturales, y de ahí se concluyó que suprimir esas exigencias o disminuirlas en mucho significaría un regreso a posibilidades de dicha. (FREUD, S. 1992i, p. 86)

Es decir, en aras de la cultura, tiene lugar la frustración de sus pulsiones; dicho de otra forma, está obligado a renunciar a ellas. Por otro lado, si recordamos que las razones de desencadenamiento de la neurosis es la poca adaptabilidad y que a juicio de Freud era difícil una adaptación una sociedad con cambios tecnológicos tan vertiginosos como los suyos, y así, los avances tecnológicos, productores sí, de ventajas pero también de “prisa”, son también detonadores de infelicidad.

Acá, según hemos visto, la tecnología está presente en su definición de Cultura, a la que en general culpa de la miseria de los seres humanos. Entonces profundiza: claramente poder escuchar la voz de un hijo no obstante more cientos de kilómetros de distancia, o la posibilidad de averiguar sin contratiempos la llegada de un amigo que ha efectuado un viaje largo, son, ciertamente motivos de dicha; ¡y lo son!, pero si no hubiera adelantos tales, probablemente su hijo no viviría tan lejos ni su amigo emprendería un viaje largo. La tecnología “acorta” las distancias porque primero las “alarga”. Por decirlo de alguna manera, la tecnología produce una enfermedad y su vacuna, y aunque sea “*difícil formarse un juicio acerca de épocas anteriores para saber si los seres humanos se sintieron más felices y en qué medida, y si sus condiciones de cultura tuvieron parte en ello.*” (FREUD, S. 1992i, p. 88) Freud parece ser de esta opinión, aunque en esta obra no aduzca el cambio vertiginoso y la poca adaptabilidad como razón de neurosis.

Para cerrar el tema de la felicidad en el Malestar en la Cultura, es importante destacar que aquí encontramos que en el desarrollo individual de los hombres hay dos aspiraciones que interfieren la una con la otra: egoísta y altruista. Donde la primera nos empuja a la satisfacción de nuestras pulsiones, y en ese sentido, a la felicidad de un modo directo, mientras que el segundo nos impele al contacto con los otros seres humanos, esto es, a la sociabilización y adaptación a la cultura.

Según dijimos, en el desarrollo individual el acento principal recae, las más de las veces, sobre la aspiración egoísta o de dicha; la otra, que se diría «cultural», se contenta por lo regular con el papel de una limitación. Diversamente ocurre en el proceso cultural; aquí lo principal es, con mucho, producir una unidad a partir de los individuos humanos; y si bien subsiste la meta de la felicidad, ha sido esforzada al trasfondo; y aun parece, casi, que la creación de una gran comunidad humana se lograría mejor si no hiciera falta preocuparse por la dicha de los individuos. (FREUD, S. 1992i, p. 86)

Ahora podemos regresar al punto a partir del cual ingresamos al análisis de la obra “*El Malestar en la Cultura*”. La aparente contradicción de lo que es el superyó: según una definición la introyección de padre punitivo en el propio yo, que fortalecido, recibe el nombre de superyó; según otra definición es la pulsión de muerte orientada hacia el yo; según hemos adelantado, el modelo punitivo del superyó es el de la culpa.

Antes de entrar en materia de la culpa, profundicemos un poco, la primera de estas dos explicaciones, ya que, según el mismo Freud, ambas parecen contradictorias. Veámoslas entonces, sumariamente y libremos la contradicción.

La primera postura presenta al superyó como heredero del Complejo de Edipo; o bien, como la introyección del padre, ascendientes, y ecos del padre en el propio Yo, dicho de otra forma, como la introyección de la tradición y normas de la sociedad en una parte del Yo, que así fortalecida, deviene superyó. Falta ahora, explicar cómo es que la introyección ha tenido lugar, tal es la “Teoría de las identificaciones”, es decir, el origen del superyó.

Podemos rastrear el origen de la así llamada Teoría de las Identificaciones en la obra “*Psicología de Masas y Análisis del yo*” (1921), o, en vez de ello, hacerlo “*Fragmento de Análisis de un caso de Histeria*” (1905). Lo que nos llevaría a tal obra, es la redacción del del síntoma histérico de una paciente llamada Dora, del que Freud se servirá para ejemplificar la teoría de las Identificaciones en *Psicología de Masas*.²¹ Dejaremos de lado la obra de 1909,

²¹ Podríamos incluso, regresar hasta *La Interpretación de los Sueños*, donde presenta un ejemplo del Contagio Histérico, que podemos tomar como antecedente de la llamada “Teoría de las Identificaciones”.

pues sería un desvío innecesario teniendo la posibilidad de encontrar el mismo síntoma histérico ya enmarcado en la teoría que nos importa.

En Psicología de Masas Freud nos dice:

El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal. (FREUD, S. 1992r, p. 99)

Aunque la cita anterior es la de un hijo que pone a su padre como ideal, no es éste el único ejemplo posible, sino también el enamorado el que imitará al amado. Freud nos presenta el ejemplo de una paciente histérica que, como uno de sus síntomas, sufría de accesos de tos, accesos que eran muy similares a los de la esposa de un hombre en la que ella (la paciente) había invertido su líbido, aunque con alguna correspondencia, no obstante nunca concretado el deseo. La misma mujer era, además, presuntamente amante de su padre. Y la tos, era, también, similar a la de su padre mismo. ¿Qué significaba dicha tos?

Presentado el ejemplo, e introducido el tema de la identificación, abandonaremos la obra Psicología de Masas y Análisis del Yo e ingresaremos en otra obra, dos años posterior donde está presente de forma sintética el esquema de funcionamiento de la identificación. Nos referimos a “*El Yo y el Ello*” (1923).

Cuando el Yo se ve obligado a renunciar a un objeto, tiene lugar una transformación del Yo, que podría ser descrita como una instalación del objeto, al interior del propio Yo, es decir, una asimilación, en palabras del padre del psicoanálisis: “*Cuando el yo cobra los rasgos del objeto, por así decir se impone él mismo al ello como objeto de amor, busca repararle su pérdida diciéndole: «Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto. . .».*” (FREUD, S. 1992z, p. 32)

Esta identificación, es una transformación pues marca un antes y un después en la historia del Yo, aunque claro, de las diferentes transformaciones que sufrirá el Yo a lo largo de su vida, no todas tienen el idénticos niveles de importancia. Huelga decir que aquella transformación resultado de la identificación con el Padre como resultado de la disolución del Complejo de Edipo, es la más importante y definitoria.

La Transformación Erótica es por otro lado, un mecanismo por cuyo medio, el Yo busca dominar al Ello, pero además de esto, es también el proceso mediante el cual surge el Superyó, es decir, la primera Transformación Erótica obra un poco diferente que las que le

han de suceder, pues además de ser la interiorización del objeto en el Yo, es la reacción enérgica contra tal elección, esto es, para ponerlo claro, además de ser la Madre (en tanto que objeto) en el yo, es la reacción contra tal elección: el Padre proyectado en una parte del Yo que deviene entonces Superyó y que como tal, es la continua introyección de sus normas. Planteado nuevamente, el Superyó es el heredero del complejo de Edipo, el padre de nosotros, son sus normas y aquí tenemos algo interesante:

El Superyó es el modelo educativo paterno, y en este sentido, no es el Yo del padre el que es interiorizado en el yo del hijo, sino la reproducción del Superyó paterno (y materno) en el Superyó del hijo. La transmisión de las normas culturales de nuestra cadena de ascendientes.

El niño crece y el Superyó aumenta su poder con el refuerzo que representa cada figura de autoridad. *“En el posterior circuito del desarrollo, maestros y autoridades fueron retomando el papel del padre; sus mandatos y prohibiciones han permanecido vigentes en el ideal del yo y ahora ejercen, como conciencia moral, la censura moral.”* (FREUD, S. 1992z. p. 38)

Tal es la primera explicación del Superyó: la herencia del Complejo de Edipo, o dicho así: la interiorización de un otro en el yo. Simultáneamente está presente otro argumento en que el Superyó no proviene de lo externo sino de lo interno: la interiorización de la pulsión de muerte.

Hemos dicho líneas arriba que la relación de la Pulsiones de Vida y Muerte con la moral son en términos generales: Construcción y Destrucción, de forma que todo interés erótico que une a las personas, sea por lazos libidinales, sea por lazos libidinales coartados en su meta (amistad) o por lazos cualesquiera: es Eros el que coordina la acción, si bien Tánatos siempre estará presente, y es que tales pulsiones nunca se presentan aisladas. De igual forma, toda guerra tiene en Tánatos a su guía, no obstante Eros esté siempre a un lado, pues, como dijimos, la guerra tanto destruye como construye, y al menos una pequeña dosis de agresión es necesaria para consumir los deseos eróticos.

Por otro lado, en las relaciones humanas del día con día, al margen de los casos extremos de guerra, las pulsiones de Vida y muerte también están presentes. Digámoslo con las palabras de otro autor; decía Kant que los seres humanos vivimos en una “insociable sociabilidad” lo que, en Freud, sería, vivimos en una sociedad, no obstante somos egoístas y

vemos en el otro el peligro de frustración de nuestros deseos, ¿Cómo conseguimos vivir en comunidad? ¿Cómo conseguimos calmar nuestros ánimos destructivos? La respuesta que da Freud es que orientamos hacia el propio yo la pulsión agresiva, a manera de “Culpa”. Culpa, que será el arma con la que el Superyó castigue al yo.

Y aquí, detengámonos un poco. Hemos identificado al Superyó como el heredero del Complejo de Edipo, huelga decir, entonces, que es posterior a él. Ello nos presenta un problema: ¿Hay alguna diferencia entre el modelo mediante el cual limitamos nuestras pulsiones destructivas antes y después del origen del Superyó?

La respuesta es que sí: Previo al Superyó, el Yo temía la pérdida de amor, o temía el castigo paterno, temía entonces, en lo general, ser descubierto, razón por la cual, más que culpa (conciencia de culpa) antes del Superyó sólo podría hablarse de angustia y arrepentimiento, y sobre todo este último, remite al acto realizado. Dicho de otra forma se siente arrepentimiento de aquellos actos que llevamos a cabo, mientras que la culpa se siente, no sólo de los actos realizados sino aún de aquellos solamente deseados. Pues al Superyó, siendo parte nuestra, no le son desconocidos nuestros deseos y pensamientos.

Es exigida la renuncia a la satisfacción de las pulsiones, y aún habiendo renunciado, la culpa permanece, con tanta dureza como severa fue nuestra educación, por el mero hecho de haber abrigado tales deseos. El sadismo con el que el superyó castiga al Yo es resultado de la pulsión de muerte proyectada hacia uno mismo.

Resta sólo hablar, con mucho cuidado de un grupo de similitudes; Con mucho cuidado porque el mismo Freud así lo sugería, y es que es tentador, ante la vista de tantas semejanzas querer dar un brinco y plantearlas como lo mismo, a decir verdad, debo reconocer de yo mismo haber cometido este error no obstante su posterior prudente corrección. Me refiero a las similitudes entre el análisis de los individuos y el de las sociedades. Tema sugerido por Freud hechas las advertencias ya referidas:

Yo no sabría decir si semejante ensayo de trasferir el psicoanálisis a la comunidad de cultura es disparatado o está condenado a la esterilidad. Pero habría que ser muy precavido, no olvidar que a pesar de todo se trata de meras analogías, y que no sólo en el caso de los seres humanos, sino también en el de los conceptos, es peligroso arrancarlos de la esfera en que han nacido y se han desarrollado. (FREUD, S. 1992i, p. 139)

No obstante la advertencia de Freud no podemos sino marcar las similitudes, en el entendido de que son eso, y siguiendo su advertencia, y no queriendo alejarnos de la teoría freudiana, caminemos cuidadosamente entre citas.

Recordemos, el Complejo de Edipo en el psicoanálisis: el niño tiene para su madre con un amor sexual, y en consecuencia mantiene una rivalidad para con su padre, de forma que lo odia no obstante y de forma ambivalente, también lo ame. Los sentimientos de hostilidad pueden ser posteriormente separados y proyectados en algún elemento respecto del cual se adquiere una fobia. De cualquier forma, el niño crecerá en medio de esta rivalidad al tiempo que descubre su propia sexualidad en proceso de desarrollo, en algún momento, su interés por su propio órgano sexual, tendrá por resultado una reconvención en la forma de una “amenaza de castración” que, a menudo, no recibirá crédito sino hasta el momento de descubrimiento del otro sexo, y así, percibiendo a la mujer como “castrada”, el niño, atemorizado, abandonará su rivalidad.

En relación con el análisis de comunidades: en 1913 Freud nos presentó a unos hijos limitados en su sexualidad por un padre primigenio que mantenía para sí, el comercio sexual con todas las hembras de la tribu. El deseo sexual por madres y hermanas estimuló en los hermanos una posterior unión (es imaginable que también ayudó una liga homosexual entre ellos) y cometieron ulterior parricidio. La similitud con el Complejo de Edipo es notable, no obstante, a diferencia de ambos es que en éste la rivalidad desemboca en parricidio y en el Complejo de Edipo se reconoce la derrota. Destacando entonces las similitudes, y sin afirmar que ambos casos corresponden a un mismo esquema: diremos que el deseo sexual hacia una figura de autoridad está presente como motor tanto en individuos como en sociedades según la teoría expresada en *“Tótem y Tabú”* (1913) y *“Psicología de Masas y Análisis del yo”* (1921)

Herederero del Complejo de Edipo, según el psicoanálisis, es el Superyó. Él es la normatividad del padre (así como de ecos y ascendientes suyos) introyectada en una parte del yo. Hemos dicho, igualmente, que este proceso tiene lugar como una “identificación” que transforma al individuo. El Superyó, es de hecho, la primera y más importante de todas las “transformaciones eróticas”.

También en la obra de 1913, *Totem y Tabú* el padre, es introyectado en la cultura, imponiéndole sus normas, utilizando para ello, el Tótem. Tal es, según Freud, el esquema de

todas las religiones: la introyección de un padre primigenio. Posteriormente, vuelve sobre el tema en “*El Malestar en la Cultura*” (1930).

El superyó de una época cultural tiene un origen semejante al de un individuo: reposa en la impresión que han dejado tras sí grandes personalidades conductoras, [...] La analogía en numerosos casos va más allá todavía, pues esas personas [...] han sido en vida escarnecidas, maltratadas y aun cruelmente eliminadas por los demás: tal y como el padre primordial sólo mucho tiempo después de su asesinato violento ascendió a la divinidad. Justamente la persona de Jesucristo es el ejemplo más conmovedor de este encadenamiento del destino. (FREUD, S. 1992i, p. 137)

Freud se remite a Jesucristo, al que identifica como el mayor de los ejemplos, mas no el único. Nueve años posterior al *Malestar en la Cultura*, Freud escribe un ensayo histórico de la figura de Moisés, que fungió, igualmente, como un padre primigenio. Análogamente nosotros mismos podemos pensar otros grandes ejemplos: Sócrates y Julio César. Cada una de esas figuras modificaron la sociedad porque respecto de todas ellas, las personas se consideraron sus hijos, efectuaron el parricidio y se identificaron posteriormente con él: de uno surgió el cristianismo, de otro el judaísmo, del tercero, la filosofía y del cuarto, la República Romana aceptó su mudanza al Imperio Romano.

Podrá decirse que es demasiado atrevido llamar a Sócrates “padre de la filosofía”, pues anterior a él fueron Heráclito y Parménides, los sofistas, de entre ellos, Protágoras particularmente; los milesios, y hay algunos que en tal lista incluirían a Homero; en realidad no importa. En ese sentido llamar a Moisés el padre del judaísmo es igual de inválido, pues la historia de Abraham es de seis ascendientes anterior. Abraham fue padre de Isaac, que fue padre de Jacob, que fue padre de Levi, que fue padre de Kohath, que fue padre de Amram que fue padre de Noé. Pero todo ello poco importa porque la paternidad de la que se habla puede ser compartida; al final, la civilización tiene muchos padres y a través de cada uno de ellos, se modifica marcándose un antes y un después, esto es, se efectúa una transformación erótica.

Tras la llegada de Moisés, (según la heterodoxa versión freudiana) el pueblo hebreo comienza la práctica de la circuncisión, así como se prohíbe el consumo del cerdo. La figura de Cristo, además de modificar la visión política convirtiéndonos a todos en hermanos, dejó como ningún otro, una marca indeleble de su presencia a través del cómputo calendárico. A partir de Sócrates, por su parte, hubo un cambio en el interés filosófico creciendo el interés

por la ética²², y es indudable su influencia en pensadores como lo es Platón, y otros muchos, menos conocidos como son los megáricos y los cirenaicos.

Y, como bien resaltó Freud, es común que los mencionados “padres”, tal como el primigenio, fueron asesinados por sus hijos, en el caso de nuestros ejemplos, Jesucristo fue crucificado, Moisés murió, probablemente, en el curso de una rebelión, Sócrates obligado a tomar cicuta, y Julio Cesar asesinado por la propia guardia pretoriana.

7.3.2 Los procesos de defensa del Yo

Cuando tuvimos oportunidad de hablar de la segunda teoría pulsional vimos que un destino de las pulsiones era el de la represión, y ahí estaban incluidas las diferentes neurosis; ahora en la tercera teoría pulsional, cuando Freud ha introducido las pulsiones de vida y muerte, ellas no son utilizadas como explicación. Ahora tal papel lo tendrán las personas psíquicas, es decir: Yo, Ello y Superyó.

De esta manera identificará tanto a las neurosis como las psicosis en conflictos entre el Ello, el Yo, y el mundo real.

Ahora bien: en conexión con una ilación de pensamiento inspirada desde otro lado, y cuyo asunto era la génesis y prevención de las psicosis, me acudió una fórmula simple sobre lo que quizás es la diferencia genética más importante entre neurosis y psicosis: La neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y su ello, en tanto que la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior. (FREUD, S. 1992n, p. 155)

Esto es teoría pulsional aun cuando las pulsiones no estén siendo mencionadas, pues el Ello es por decirlo de alguna manera, el representante de las pulsiones, y si en el pasado identificamos a la represión como uno de sus principales destinos, aquí también, la encontramos en términos de relación entre las tres personas: “*el yo, cuando emprende la represión, obedece en el fondo a los dictados de su superyó, dictados que, a su vez, tienen su origen en los influjos del mundo exterior real*” (FREUD, S. 1992n, p. 156)

7.3.3 El porvenir de una Ilusión

En la introducción he abierto la presente disertación con una denuncia a la razón como vehículo a una vida de poca libertad y felicidad, siendo una excesiva y forzada renuncia a las pulsiones, la causa de ello.

²² No obstante podamos encontrar antecedentes de la ética en Heráclito y los sofistas, Protágoras particularmente.

Tal es, de hecho, tanto la investigación objeto de la presente disertación, como la que tengo como personal en mi vida: la máxima helénica “conócete a ti mismo” como el camino para la formulación de una ética personal que no descuide el papel constitutivo de las pulsiones, dándoles un lugar en la antropología filosófica, no inferior al que la filosofía suele adjudicarle a la razón, que, tanto para mí como para Freud, es un instrumento al servicio de las pulsiones.

En dicha ética, como la pienso, el psicoanálisis es una de las principales herramientas, razón por la cual me he sumergido en las teorías pulsionales de Freud, y aunque de forma menos exhaustiva, algún tiempo atrás lo hice, y haré de nuevo más adelante, en las de Fromm, y saliendo del psicoanálisis formal, de otros psicólogos como lo es Abraham Maslow.

Aprovechemos este pequeño paréntesis para mencionar a Erich Fromm, quien en el *Corazón del Hombre* (1964) nos presenta una tesis en que las pulsiones consideradas violentas son reactivas. El hombre, opina Fromm, busca construir, “dejar su huella en el mundo” y enferma cuando no puede hacerlo, encontrando entonces en la destrucción una forma alterna de “dejar huella”. Encontramos similar opinión en la obra de Maslow, quien en *“Motivación y Personalidad”* (1991). Es la de estos dos autores una visión de las pulsiones positiva en un mayor grado que para Freud.

Para Freud, la frustración de las pulsiones derivaba o bien en represión manifestada en algún tipo de neurosis, bien en sublimación; para Fromm y Maslow, la frustración de las pulsiones derivaba en violencia, mientras que su satisfacción, sobre todo para Maslow es el modelo mediante el cual el individuo puede decirse sano. Tristemente la satisfacción de las pulsiones, o usando la terminología maslowiana, de la pirámide de necesidades, en todos sus niveles es algo que acontece, si acaso, en muy raras ocasiones, enfermando la mayoría de las personas que así lo hacen, por la poca satisfacción en las necesidades de afecto (sexualidad).

Es también digno de nota que el individuo sano, esto es, el que consigue satisfacer su pirámide de necesidades en todos sus niveles es llamado de “autorealizado” y entre una de sus características es su relación con la moral: a la que entiende como útil en la relación con el mundo, pero que perfectamente puede deshacerse de ella cuando en algún momento, le resulta un estorbo para una acción por él deseada, claro, ello no significa una acción perniciosa para la sociedad.

La investigación según la concibo en mi vida futura es entonces la búsqueda de una manera de manejar la renuncia a las pulsiones, previo conocimiento de la teoría freudiana, y encontramos en Freud, dos textos que en este respecto son interesantes.

En 1908 escribe *Moral Sexual Civilizada y Nerviosidad Moderna*, del que ya hemos hablado, y que resumiendo aquí, denuncia: la sociedad moderna exige de sus miembros un nivel de renuncia tal, que los enferma, y no obstante gracias a tal renuncia la civilización crezca a partir de la sublimación que consiguen algunos y otorguen a la civilización, un sinnúmero de obras culturales. La sublimación es la gran ventaja de la renuncia pulsional, beneficio tal, que sobre ella descansa la cultura, no obstante, el costo de ello, parece demasiado alto: una sociedad enferma.

Posteriormente, escribe *“El porvenir de una ilusión”* (1927). Ahí encuentra en la civilización dos tendencias: por un lado la sabiduría del ser humano, así como toda su tecnología, y todo aquello que en lo general, a pesar de ser un animal en alguna medida más desvalido que la mayoría, (pues no es ni tan rápido ni tan fuerte, ni vuela, y en lo general sus sentidos no son tan agudos, como por ejemplo, el olfato de un perro o la vista de un águila) es claramente, el amo y señor de su entorno y ha producido gracias a su inteligencia superior, una sociedad muy compleja que lo guarece de la naturaleza; por otro lado, la vida en esta sociedad le exige que domine su propia naturaleza; que refrente sus deseos egoístas en beneficio de una sociedad.

Es notable que, teniendo tan escasas posibilidades de existir aislados, los seres humanos sientan como gravosa opresión los sacrificios a que los insta la cultura a fin de permitir una convivencia. Por eso la cultura debe ser protegida contra los individuos, y sus normas, instituciones y mandamientos cumplen esa tarea. (FREUD, S. 1992p, p. 6)

El individuo y la sociedad, son entonces enemigos y las instituciones de la segunda tienen por objetivo, limitar las egoístas manifestaciones pulsionales del primero, haciéndose necesario entonces un gobierno para tal función, pues así como los animales forman manadas, los seres humanos nos juntamos en masas informes en las que, como ya había destacado en *Psicoanálisis de Grupo y Análisis del yo* (1921) en ellas el ser humano pierde sus características de superioridad: se vuelve manipulable, voluble, dispuesto a la acción irreflexiva. Líderes que contengan tales masas, se hacen indispensables, pero es la suya una ilusión: líderes que sepan introducir la razón en el tumulto, esto es, que consigan regresarles sus características humanas y tengamos de esta forma “masas inteligentes”.

La ilusión de Freud no es sólo el de una masa ordenada, sino el de una sociedad más libre de represiones que aquella en la que vive. Es importante señalar, no una satisfacción desenfrenada que conduciría al caos, sino una sociedad cuyas renunciaciones sean efectuadas por un proceso racional, de modo que no conduzcan a la frustración, pues habiendo razonado la dificultad de sus mandatos, habría respecto de ellas, una aceptación racional.

Sé lo que se objetará a estas puntualizaciones. Se dirá que el carácter de las masas de seres humanos, tal como lo hemos descrito, está destinado a probar que la compulsión al trabajo cultural es indispensable; pero ese mismo carácter no es sino la consecuencia de normas culturales deficientes, que enconan a los hombres, los vuelven hoscos y vengativos. Nuevas generaciones, educadas en el amor y en el respeto por el pensamiento, que experimentaran desde temprano los beneficios de la cultura, mantendrían también otra relación con ella, la sentirían como su posesión más genuina, estarían dispuestas a ofrendarle el sacrificio de trabajo y de satisfacción pulsional que requiere para subsistir. (FREUD, S. 1992p, p. 8)

Su ilusión es, también, la de una sociedad en cuyas renunciaciones se detectara una evolución. Para explicar esta evolución, podemos remitirnos al canibalismo, que es considerado por Freud como una pulsión innata tanto como lo es el deseo de incesto o el de matar. El canibalismo, que se presenta, por ejemplo, durante la fase oral del desarrollo, parece en lo posterior, enteramente erradicada.

En este sentido la ilusión de Freud es la de una sociedad que evolucionada, no se viera necesitada de una renuncia forzosa sino razonada, y ante la evolución de nuestras pulsiones evolucionadas, renuncia casi apenas padecida.

Menciona en el texto que ahora analizamos, al Superyó como un vehículo civilizatorio, y respecto de la religión, cuyas prácticas en un texto anterior las encontró similares a los síntomas neuróticos, en este texto la presenta sorprendentemente como útil en tanto que principio ordenador; incluso afirma que aún si tuviese los elementos para derrumbar la religión, probablemente lo idóneo sería mantenerla, pues ante su pérdida, sobrevendría una pérdida de sentido, y es que aún cuando ilusión, la religión rinde un beneficio civilizatorio muy grande.

Según Freud estamos en espera, del tiempo en que podamos “superar la religión”, tiempo, que quizá no esté muy lejano. Quizá haya llegado la hora de sustituir las ilusiones en tanto que principios organizadores por un pensamiento racional que tenga mayor éxito civilizatorio.

Como ya se puede percibir, el tono de esta obra es claramente distinto de todas las demás, pues aquí nos presenta, aunque sólo como ilusión, la posibilidad de una sociedad no

frustrada; se podrá objetar, quizá, que en realidad Freud, no fuera ingenuo y no albergara tales quiméricas fantasías, de hecho, como si diera un paso atrás en sus ilusiones, presenta oposiciones a sus ilusiones, reconociendo, en el tono que en todas sus otras obras lo hiciera, la pernicie que implicaría la no superación de la religión, o mejor dicho, que ella no es guarde utilidad alguna, ante lo cual responde: “*admitiré la posibilidad de que también yo persiga una ilusión.*” (FREUD, S. 1992p, p. 47)

...Y lo hacía, ahora con la retrospectiva del tiempo, Freud perseguía claramente una ilusión, pero no por la utilidad o inutilidad de la religión, sobre lo cual era el debate hipotético.

Sobre lo que Freud perseguía una ilusión es sobre la sociedad en general y el aparato psíquico que describe a los seres humanos que formamos parte de ella. Sobre si el psicoanálisis es válido, es tema de debate, en lo personal, no creo en todo lo propuesto por Freud, aunque sí en mucho de ello, y sin embargo hay un punto que no podemos dejar pasar que es la evolución de la sociedad. Un punto, que se extiende y forma una línea infinita; evolución que de hecho, Freud en su época consideró una causa de neurosis, pues la sociedad había aumentado las demandas hechas a los individuos en virtud de sus notables avances. Ante ello, en un tono irónico cabe preguntarnos: ¿Y ahora?

Los cambios en nuestra sociedad son exponenciales, no tenemos más que pensar que actualmente los niños (aún los niños de familias de pocos recursos) tienen más capacidad en sus juguetes, de lo que hace sólo algunas décadas la tenían los gobiernos de las potencias mundiales: comparando por ejemplo los teléfonos celulares que están al alcance de los niños, con las computadoras de la NASA en sus orígenes.

Yo, con sólo treinta y cinco años, recuerdo aún los teléfonos de marcación con un disco, y ahora he visto el origen de la telefonía celular, de la Internet, de las redes sociales. Aquellas son invenciones que han modificado profundamente la argamasa de la sociedad.

Freud por ejemplo, presentó dos tipos de libido: la narcísica y la objetal, donde la narcísica era, resumidamente, la orientación sexual retraída hacia el yo mientras que la objetal, aquella orientada hacia el exterior. Cabe ahora la pregunta de si las relaciones cibernéticas son exteriores o interiores, es decir, narcísicas u objetales, y claro, la consecuente pregunta por las implicaciones que ello tendría.

Cabe por último, la reflexión por la vigencia de la obra freudiana, de cara a tantas y tan variables modificaciones en la sociedad. Presentemos, a manera de ejemplo, el Complejo de Castración y las teorías sexuales de los niños, ahora el bombardeo de información que es resultado de la Internet, tira por la borda la inocencia infantil. ¿Qué sentido tendría ahora el esclarecimiento sexual de los niños? y sus teorías infantiles, ¿por cuánto tiempo se mantendrían vigentes?

Simultáneamente al despertar temprano de la sexualidad, se percibe también, paradójicamente, una disminución en la intención sexual humana, al juzgar por sociedades como la japonesa, donde el interés económico, y la sobrepoblación influyen en la modificación de sus intereses.

La apertura de la diversidad sexual, la temática de género son dos ejemplos de temas muy presentes en nuestra sociedad que están modificando fundamentalmente nuestra sociedad, y no incluyo aquí juicios de valor, es decir, si dichas modificaciones son buenas o malas es asunto en el que no deseo ingresar, sin embargo, el hecho innegable es que hay un cambio sustancial en la sociedad y cabe la pregunta por la vigencia de la obra freudiana de cara a este hecho. Estamos asimismo en un presente de susceptibilidades fácilmente lastimadas. En un presente, donde, manipulados por las redes sociales, somos más propensos a las masas.

No ha llegado entonces la masa que Freud esperaba con optimismo: la masa inteligente; en su lugar han llegado las redes sociales, los ‘memes’ y videos que se viralizan y nos encadenan en masas informes, fuertemente cohesionadas, donde no hay sin embargo, padre primigenio, es decir, no hay el más mínimo control; y donde, no obstante seamos masa, somos también, multitudes solitarias, con aparente poco interés en el mundo fuera de la pantalla del propio teléfono celular.

Es mi intención, desarrollar en el futuro estos temas a la luz del psicoanálisis así como de otras teorías psicológicas (Maslow), en un diálogo constante con Sartre que reconocía y simultáneamente hacía escarnio del psicoanálisis; y, claramente, con la escuela de Frankfurt que al interés por el psicoanálisis me ha conducido.

Este, de hecho, era el tema original de mi tesis: pero considerándolo demasiado extenso, no sólo para una disertación de maestría, sino quizá inclusive para una tesis doctoral,

busqué ingresarme en lo que se habrá de convertir en tan sólo un prólogo a una posterior investigación.

8. CONCLUSIÓN

Un punto muy importante a destacar en la obra de Freud como un todo, es la evolución de su pensamiento, pero no sólo en las diferencias que van surgiendo de una época a otra, sino sobre todo, a sus similitudes internas, esto es, a cuánto de lo que cambia es forma y cuánto fondo.

Llegada la época de la última teoría de las pulsiones, ¿cuánto permanece de las anteriores, y así, sin temor a equivocarnos podemos afirmar que la diferencia básica entre estímulo y pulsión, esto es, lo que se refiere a su origen, mantiene su vigencia a lo largo de toda la obra freudiana.

En una vista panorámica, sintetizando o haciendo un sincretismo aventurado de las diversas épocas podríamos definir a las pulsiones en un dualismo básico: el de Vida y Muerte, cuyo modelo de actuación es el de conservación de un estado original, explicando entonces el cambio como un regreso a lo que fue alterado, de manera que lo que está vivo pretende regresar a un pasado inanimado, y, por otro lado, lo que está vivo, pretende mantener su vida, tanto a nivel individuo como a nivel especie, de forma que el segundo dualismo, podría ser no sustitución del primero sino su complemento: una visión macro, donde, al interior de la pulsión de vida, mantuviera su vigencia la segunda teoría de las pulsiones: aquella del dualismo entre las pulsiones sexuales y las del yo.

Esta segunda teoría, es por otro lado, si bien con algunas correcciones, fundamentalmente un complemento de la primera, donde las pulsiones del yo prácticamente no tenían mención. Dicho de otra forma, podemos ver las sucesivas teorías pulsionales como complementos de aquellas que les precedieron; quizá el mayor cambio sea el que ocurre entre la primera y la segunda donde opera una oposición, pues las pulsiones que estaban separadas, se entrelazan complicadamente a partir de la obra *“Introducción del Narcisismo”* en 1914.

En relación con la importancia de las pulsiones en la producción cultural hemos visto que como resultado la libido puede ser frustrada y encauzada en la producción de obras culturales, así como, en general, del engrandecimiento de la sociedad; esto es, sublimación, esto en la época de la primera teoría pulsional.

Pero, para hacer la reflexión sumaria de las teorías pulsionales, reviste especial interés *“Tótem y Tabú”* (1913) en donde el deseo incestuoso -homosexual- permite la unión de los hermanos que tienen idéntica meta común: el asesinato del padre; debido a la culpa que

posteriormente ello les genera, proyectan al padre en el tótem y es tal, el esquema, afirma Freud, no sólo de la religión totémica sino de toda religión, asimismo tanto por respeto a la norma previamente impuesta por el padre, como por la prevención de la ascensión de un nuevo padre y una probable fratricidio, se prohíbe el incesto previniendo el fratricidio.

De esta forma, si bien no decimos que el Complejo de Edipo sea la fuente de la sociedad, de su religión, sus normas, valores, sí sin embargo, que lo es el deseo sexual. No decimos Complejo de Edipo, siguiendo el consejo del propio Freud relacionado con el cuidado de convertir el psicoanálisis en una psicología de culturas. Hay similitudes pero, de momentos, son sólo similitudes. Por otro lado, por la vía de la sublimación, la energía sexual es nuevamente productora, ahora, del gran cúmulo de obras culturales.

De forma que pensamos la teoría pulsional freudiana como el motor de la moral, sea en su legislación, sea en sus obras de belleza y engrandecimiento, ello a través, de la frustración que deriva en neurosis y cultura o través, de la inhibición de las metas, su desplazamiento y así, sublimación.

El mismo Complejo de Edipo, que fue entonces tan importante para la primera teoría de las pulsiones, lo es para la tercera, cuando es identificado, como la primer “Transformación Erótica” sufrida por el Yo y progenitora del Superyó (el padre interiorizado) esto en un aspecto individual, y así, debido a la suma de los individuos, en lo social.

Cuando decimos “suma de individuos” y consecuentemente en lo social, no estamos identificando a la sociedad en una mirada individual, es decir, el Complejo de Edipo en tanto que generador del superyó en cada uno de los individuos, instila en cada uno de ellos, el organismo encargado de interiorizar la pulsión de muerte permitiéndoles controlar sus pulsiones agresivas, dejándoles así, formar la sociedad. De igual manera, en el supuesto de que el Superyó de cada uno de los individuos tendrán constelaciones de antecedentes similares, formará un “nexo cultural” entre ellos. La distinción entre “lo social” y “la suma de individuos y consecuentemente lo social” es importante porque en la primera opción, “lo social” ello es contemplado como un organismo individual, donde, si bien no podemos pensar en un Complejo de Edipo, sí nos es permitido, identificar a la sexualidad como motor de cambio; también nos es permitido, y Freud lo hace, presentar aquí: diversos superyós.

Dichas personalidades, ubicados en el pedestal de líderes, dan origen a las modificaciones sociales que han tenido lugar, moldeando la sociedad, es decir, a través de la

mediación del Superyó, o bien, de la teoría de las identificaciones, la pulsión sexual es la fuente de la creación original y continua de la sociedad, de su religión de sus normas (podemos pensar en Moisés y la religión mosaica) y valores.

Como vemos, en una y otra época, llegamos a un mismo resultado, haciéndonos pensar que las diferencias entre unas teorías pulsionales y otras, son principalmente de terminología, no obstante haya cambios, y ellos sean innegables.

Finalmente, terminamos una cita que por todo lo dicho en esta conclusión, parece tener validez para la totalidad de la obra freudiana:

La experiencia analítica nos ha convencido sobre el pleno acierto de la tesis, a menudo formulada, según la cual el niño es psicológicamente el padre del adulto, y las vivencias de sus primeros años poseen una significación inigualada para toda su vida posterior. (FREUD, S. 1992e, p. 187)

REFERÊNCIAS

- ADORNO, T. HORKHEIMER, M. **Dialéctica de la Ilustración**, Madrid: Trotta, 1998. 303p
- FERNÁNDEZ, E. **Narcisismo**. Trabalho de Bacharel (Psicologia), Brasil: Centro de Educação e Ciências Humanas, UFSC, 2002. 116f
- FREUD, S. **Análisis de la fobia de un niño de cinco años**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992g. 276p (Obras Completas X)
- FREUD, S. **Análisis terminable e interminable**, Buenos Aires: Amorrortu, 1991h. 333p (Obras Completas XXIII)
- FREUD, S. **Bosquejos de la Comunicación preliminar**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992a. 487p (Obras Completas I)
- FREUD, S. **Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992k. 389p (Obras Completas XIV)
- FREUD, S. **Dostoyevski y el parricidio**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992u. 290p (Obras Completas XXI)
- FREUD, S. **Esquema del psicoanálisis**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992z. 333p (Obras Completas XXIII)
- FREUD, S. **Estudios sobre la histeria**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992c. 342p (Obras Completas II)
- FREUD, S. **Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico**, Buenos Aires: Amorrortu, 1991c. 405p (Obras Completas XII)
- FREUD, S. **Inconsciente**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992n. 389p (Obras Completas XIV)
- FREUD, S. **Interpretación de los sueños I**, Buenos Aires: Amorrortu, 1991a. 343p (Obras Completas IV)
- FREUD, S. **Interpretación de los sueños II**, Buenos Aires: Amorrortu, 1991b. 747p (Obras Completas V)
- FREUD, S. **Introducción del Narcisismo**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992l. 389p (Obras Completas XIV)
- FREUD, S. **Malestar en la cultura**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992w. 290p (Obras Completas XXI)
- FREUD, S. **Más allá del principio del placer**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992q. 303p (Obras Completas XVIII)
- FREUD, S. **Moisés y la religión monoteísta**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992y. 333p (Obras Completas XXIII)
- FREUD, S. **Moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992f. 253p (Obras Completas IX)
- FREUD, S. **Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de la neurosis**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992e. 314p (Obras Completas VII)

- FREUD, S. **Neurosis y Psicosis**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992t. 334p (Obras Completas XIX)
- FREUD, S. **Perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992j. 255p (Obras Completas XI)
- FREUD, S. **¿Por qué la guerra?** Einstein y Freud, Buenos Aires: Amorrortu, 1991g. 263p (Obras Completas XXII)
- FREUD, S. **Porvenir de una ilusión**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992v. 290p (Obras Completas XXI)
- FREUD, S. **Proyecto de Psicología**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992b. 487p (Obras Completas I)
- FREUD, S. **Psicología de las masas y análisis del yo**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992r. 303p (Obras Completas XVIII)
- FREUD, S. **Pulsiones y Destinos de Pulsión**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992m. 389p (Obras Completas XIV)
- FREUD, S. **Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia** (Dementia Paranoides) descrito autobiográficamente, Buenos Aires: Amorrortu, 1991d. 405p (Obras Completas XII)
- FREUD, S. **Represión**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992o. 389p (Obras Completas XIV)
- FREUD, S. **Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa**: Contribuciones a la psicología del amor I, Buenos Aires: Amorrortu, 1992i. 255p (Obras Completas XI)
- FREUD, S. **Sobre la sexualidad femenina**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992x. 290p (Obras Completas XXI)
- FREUD, S. **Sobre los tipos de contracción de neurosis**, Buenos Aires: Amorrortu, 1991e. 405p (Obras Completas XII)
- FREUD, S. **Tótem y Tabú**, Buenos Aires: Amorrortu, 1991f. 278p (Obras Completas XIII)
- FREUD, S. **Tres ensayos sobre teoría sexual**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992d. 314p (Obras Completas VII)
- FREUD, S. **Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992h. 255p (Obras Completas XI)
- FREUD, S. **Una dificultad del psicoanálisis**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992p. 299p (Obras Completas XVII)
- FREUD, S. **Yo y el ello**, Buenos Aires: Amorrortu, 1992s. 334p (Obras Completas XIX)
- GARCÍA, L. **Introdução à Metapsicologia Freudiana**: Artigos de Metapsicologia. 7a Ed., Rio de Janeiro: Zahar, 2004. 295p
- GARZÓN, M. **Nihilismo y fin de siglo**, México: Torres Asociados, 2000. 147p
- GARZÓN, M. **Romper con los dioses**, México: Torres Asociados, 2002. 87p

GOLDENBERG, R. **Ensaio sobre a moral de Freud**, Brasil: AGALMA, 1994. 119p

GONZÁLEZ, J. **Ética y Libertad**, México: UNAM, 1997. 345p

HORKHEIMER, M. **Crítica de la Razón Instrumental**, Madrid: Trotta, 2002. 192p

KANT, I. **Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres**, México: Tomo, 2004. 170p

MEZAN, R. **Freud, Pensador da Cultura**, São Paulo: Ed. Brasiliense, 1986. 684p

MONTENEGRO, M. **Sobre a Introdução do Narcisismo e a Noção de Sujeito na Teoria Freudiana**.
Dissertação (Mestrado em Psicologia Clínica), Brasil: Departamento de Pós Graduação em Psicologia,
Pontifícia Universidade Católica de Campinas, 1990. 131f

MONTENEGRO, M. **Pulsão de Morte e Racionalidade no Pensamento Freudiano**, Fortaleza: Editores
UFC, 2002. 311p

THOMPSON, C. **Evolução de Psicanálise**, Rio de Janeiro: Zahar, 1969. 200p

VENDETTE, S. **Le Concept de Narcisisme dans la psychanalyse freudienne: Problèmes d'applications
dans la sociologie de Christopher Lasch et Giles Lipovetsky**, Quebec: Université du Québec à
Montreal, 2009. 122f